

**GARCÍA DE SAURA**

*¡Huyamos,  
ahora que podemos!*



**VOL. 1**

*¡Huyamos,  
ahora que podemos!*

VOL. 1

**GARCÍA DE SAURA**



¡Huyamos, ahora que podemos! (Volumen 1).

1ª Edición

Copyright © 2019 García de Saura

Todos los derechos reservados.

© Imagen de cubierta y contracubierta: Pixabay y Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Más información: [www.garciadesaura.com](http://www.garciadesaura.com)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

# Sinopsis

Cuando Iris y Ana fueron a las fiestas de Villa Despelúcame el Ovejo, el pueblo de al lado, no imaginaron que terminarían la noche huyendo del lugar del crimen. Por un despiste y una mala decisión, acabaron cargándose a Don Pepino, patrón del pueblo, principal reclamo de peregrinación e ingresos, y con él... varios siglos de historia.

Convertidas en prófugas de la justicia, harán todo lo posible por despistar a los vecinos que, de forma incesante e incluso bajo recompensa, buscarán a los culpables.

Pero el destino les pondrá en su camino a dos desconocidos y seductores forasteros, que acabarán siendo sus mayores aliados. ¿O será solo lo que ellas quieren creer?

Descubre esta apasionante historia cargada de intriga, romance, morbo y mucho humor, donde nada es lo que parece y todo parece lo que es.

Dedicado a mis Gamberras, a mis lectores, y a las  
personas con verdadera capacidad de amar y ser  
amadas

## Prólogo

Cuenta la leyenda, que en una comarca al este de España había dos pequeños pueblos rivales y hermanados entre sí. Su hostilidad se remontaba a siglos atrás, cuando Fernando VI reinaba el país. Mientras este se esforzaba por mantener la paz y la neutralidad frente a Francia e Inglaterra, en Villa Pepino y Villa Despelúcame el Ovejo se desataba la batalla. La confraternización que había entre ellos comenzó a desquebrajarse, afectando a familias enteras, al comercio y a la economía en general de ambos pueblos.

Todo comenzó cuando sobrevinieron los extraños sucesos. Y no hablo de los nombres de sus habitantes, algo a lo que ya estaban acostumbrados y era motivo de orgullo para ellos, sino de algo insólito que sucedió. Era mediados del Siglo XVIII. La natalidad de Villa Pepino, el municipio situado más al sur, empezó a crecer de forma desmesurada. Casi al mismo tiempo, las mujeres quedaban embarazadas de forma simultánea. Lo que al principio aparentaba ser motivo de alegría para los vecinos, pronto se convirtió en una pesadilla. Los niños que nacían se parecían demasiado unos a otros, y las sospechas y el temor de que pudieran proceder del mismo padre se extendió como la pólvora. Varios fueron los hombres señalados como causantes de la masividad demográfica, pero nadie pudo demostrar la culpabilidad de ninguno de ellos. Fueron años muy difíciles, en los que las mujeres eran mal miradas y los hombres vigilados. La incertidumbre y la desconfianza se apoderó de todos y cada uno de ellos. Hasta que un día, alguien entró en la taberna de Villa Pepino afirmando saber quién había sido el culpable: Policarpo, un vecino de Ovejo. Aquel individuo, del que hasta entonces no se había sospechado lo más mínimo, pasó a convertirse en el mayor objetivo de los vecinos de Pepino. Un buen número de ellos se congregaron y acordaron vigilarlo para poder constatarlo. Al cabo de unas semanas, tras perseguir a aquel hombre sin descanso hasta casi acosarlo, comprobaron que era cierto: el parecido entre los bebés y aquel habitante de Despelúcame el Ovejo era desmesurado. Las rencillas no se hicieron esperar, y los maridos de Villa Pepino acabaron

prohibiendo a sus mujeres salir del pueblo. Aquello levantó verdaderas ampollas entre ambos municipios, lo que obligó a muchos de ellos a emigrar a otras ciudades por el temor a que media aldea fuesen primogénitos de un mismo padre, lo que podría provocar la extinción de su especie.

Con el paso de los años, el trato entre ambos pueblos fue mejorando. Pero para que nadie olvidase lo ocurrido y la historia permaneciese en la memoria de los vecinos, don Sinforiano, un alcalde que estuvo en el cargo durante dos candidaturas a principios del siglo XIX, mandó construir a un artista ilustre de la provincia una escultura que colocó en la plaza del pueblo, frente al ayuntamiento. La estatua de piedra, pagada con el presupuesto de las fiestas de aquel año y con la recaudación que los habitantes aportaron durante meses, y convertida en la más costosa de la historia toda la comarca, estaba representada por la figura de un hombre desnudo con un enorme pepino en la mano.

El día de su colocación se hizo tal celebración, que en el Pleno siguiente se aprobó por unanimidad que aquella fuese la nueva fecha para celebrar las fiestas locales. Del mismo modo, se acordó que Don Pepino pasase a convertirse en el auténtico y único patrón del pueblo, desbancando así a San Judas, cuya imagen aún preside en el altar de la iglesia. Esta última decisión no sentó nada bien al párroco del pueblo, ni a los que le siguieron, hasta el punto de que, a día de hoy, la diócesis sigue intentando que San Judas vuelva a recuperar el lugar que, según ella, le corresponde.

La fama y la veneración hacia Don Pepino, pese a que su rostro recuerde al Ecce Homo de Borja, pues su creador tenía más de reconocido que de artista, pasó de generación en generación. Lo que antes era un sencillo y desconocido pueblo, tras lo ocurrido, se convirtió en un lugar de peregrinaje para turistas y visitantes venidos de diferentes puntos de España. Y aunque a día de hoy la villa es conocida por su importante comercio de peletería o por albergar la cárcel de máxima seguridad del país, la leyenda sigue viva, y las mujeres siguen visitándolo porque, según ellas, aseguran quedarse encinta... tras tocarle el pepino al patrón.



# Capítulo 1

ANA

## La Fiesta

—Aún no me puedo creer que por fin haya llegado el sábado—me comentó Iris, mi compañera y mejor amiga.

—Tía, yo estoy igual —respondí mirando el reloj. Estábamos en la trastienda, en nuestros quince minutos de descanso—. A ver si esta noche conocemos a alguien nuevo, para variar.

—¿Crees que veremos a nuestros ex?

—¡Espero que no! —contesté poniendo cara de espanto al tiempo que recogía mi táper de fruta—. Son unos cazurros y ya sabes cómo odio su forma de vestir.

—Ya salió la *Tami* —se quejó refiriéndose a Tamara Falcó, mi modelo de referencia y por excelencia.

—Pues sí. Un hombre no solo tiene que ser guapo, también tiene que aparentarlo —aseguré.

—¿Y qué pasa si no lo conoces vestido?

—¡Qué imaginación tienes! ¿Dónde voy a conocer a un tío desnudo? Y menos aquí, en el pueblo —solté haciendo una mueca.

—¡Nunca se sabe! —dijo alzando las cejas con cara picarona. A Iris le gustaba provocarme para echarnos unas risas.

—¡Chicas, no os entretengáis, que tengo la tienda llena! —irrumpió Arcadia, dando un par de palmadas.

—¡Ya vamos, jefa! —respondió Iris, estrujando el papel de aluminio del bocadillo que acababa de comerse.

—Tú al despacho —ordenó señalándola—, que tienes que mandar un pedido a fábrica.

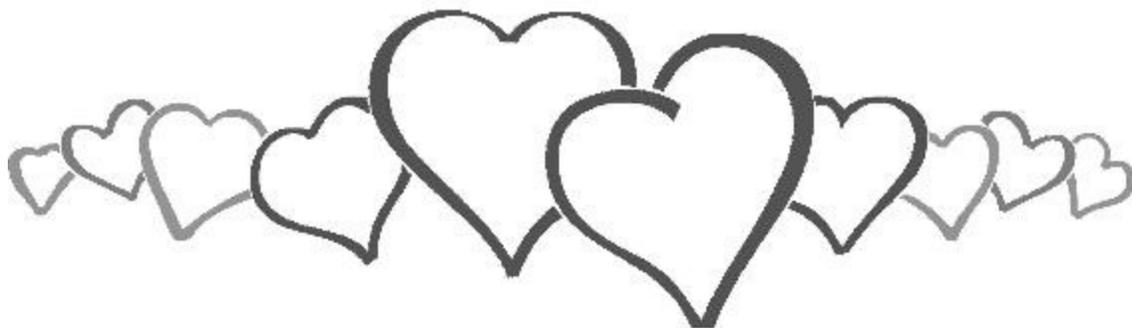
Iris hizo un mohín, que solo yo pude ver antes de marcharme.

Arcadia era nuestra jefa y la dueña de un sólido negocio de peletería. Llevaba años regentándolo y supo convertirlo, con el paso del tiempo, en un referente. Lo que comenzó siendo un pequeño taller, donde pasaba los días frente a una máquina de coser para posteriormente vender a los turistas, acabó convirtiéndolo en la empresa más importante de toda la comarca. Además de

la enorme fábrica que tenía en el polígono de las afueras, era dueña de la tienda donde trabajábamos. Esta era enorme y la más famosa de la zona. Tenía más de doscientos metros cuadrados, estaba en el centro del pueblo y nos daba empleo a la mitad de vecinos y parte de los de alrededor. Su fama traspasaba los límites de la provincia, llegando incluso a extenderse por todo el país, donde vendía de forma online. La expansión del negocio era imparable, avalada por la buena calidad del género y su bajo coste.

Yo adoraba trabajar allí. Y, aunque no se trataba de primeras marcas, me encantaba rodearme de complementos y artículos de alta calidad. Siempre era la primera en probarme los bolsos cuando llegaban directamente de fábrica. Me enamoré de tantos, que mi madre ya no sabía dónde meterlos. «¡Si luego nunca los usas!», se quejaba cada vez que aparecía por casa con un nuevo bolso. Y no le faltaba razón. Solo había estrenado una cuarta parte de los que había comprado, pero es que... ¡eran tan monos!

Recuerdo que un día se plantó delante de mí y me puso un ultimátum. Por aquel entonces mi armario había perdido su nombre para convertirse en una leonera a punto de estallar. «¡Elige, tus cosas o tú!» me gritó con los brazos en jarras. Lo tuve claro desde el principio y ese mismo día me mudé al cuarto de la plancha. Mi nuevo dormitorio era demasiado pequeño, apenas había espacio para una cama de noventa, la tabla de planchar y la montaña de ropa que, cada noche, amenazaba con derrumbarse sobre mí. Pero todo eso no era nada comparado con lo que sentía al entrar en mi antigua habitación, desde ese día convertida en mi nuevo vestidor. Era el paraíso, el sueño de cualquier mujer y el lugar donde solía recibir a Iris cuando venía a visitarme.



Al finalizar la jornada y pasar por casa para arreglarnos, fui a recoger a

Iris a la suya. Esa semana me tocaba a mí llevar el coche; nuestros sueldos no eran muy altos, y aquella era nuestra forma de poder economizar. Las dos llevábamos años ahorrando para poder independizarnos de nuestros padres y del pueblo, y todo cuanto pudiéramos hacer por conseguir nuestro objetivo era bien acogido.

—Qué guapa vas —dijo al verme.

—Tú también.

No me costó devolverle el piropo. Lo cierto es que esa noche íbamos impresionantes. Eran las fiestas de Despelúcame el Ovejo, todo un acontecimiento si tenemos en cuenta el lugar donde vivíamos. Estábamos en primavera, y la buena temperatura que hacía nos permitió ponernos nuestras mejores galas.

Iris no era tan pija como yo, he de reconocerlo, pero sabía sacarse el máximo partido a sí misma. Era más bajita, tenía el pelo rubio liso y unas curvas de infarto que envidiaba. No solía cuidarse mucho, podía comerse un bocadillo de jamón serrano y no engordar ni un gramo. Yo, sin embargo, engordaba con solo mirar uno. Comiese lo que comiese todo me iba a parar al mismo sitio: al pandero y a las cartucheras.

En el pueblo todos nos conocían. A pesar de señalarnos como la morena y la rubia de la tienda, éramos de las pocas solteras que quedábamos. Entiéndase el sarcasmo con el que digo la palabra «solterona», pues solo éramos dos chicas de veinticinco años que aún no se habían casado, como mandaba la tradición. No tener marido a nuestra edad no estaba bien visto en Villa Pepino. Bueno, ni allí, ni en toda la comarca entera. Y no teníamos novio, no porque fuésemos muy exigentes, que también, sino porque no había mucho donde elegir. Tras la ruptura con nuestros ex, a los que pillamos «de visita» en el único puticlub de la zona, en Villa Híncala Arriba, el pueblo situado más al norte, no habíamos tenido la oportunidad de conocer a nadie más. Así que esa noche nos arreglamos con la esperanza de que ocurriera un milagro. Era sábado, Ovejo estaba en fiestas y nosotras íbamos espectaculares... ¿qué más podíamos pedir?

—¡Esto está muerto! —comenté al ver las mismas caras de siempre y la improvisada pista vacía.

—¿Una copa? —sugirió Iris.

—O dos. A ver si viendo doble pudiera parecer que el ambiente mejora.

La verbena se celebraba en la plaza principal del pueblo. Como cada año, había un escenario donde una banda local con una solista al frente del grupo

amenizaba la velada. Nadie se había animado a bailar; aún era pronto para hacerlo. La gente charlaba alrededor de la pista, a la espera de que alguien diese el primer paso.

—Dos *gin tonic*, por favor —pidió Iris a nuestra llegada a la barra, ubicada a un lateral de la plaza.

—Tía, eso es de viejos. A mí póngame un *White Label* con naranja —le demandé al camarero, un hombre de mediana edad con barriga cervecera, rostro repleto de arrugas y un desmesurado bronceado fruto de largas jornadas en el campo.

—Eres pija hasta para emborracharte. Pónganos dos —le indicó mostrándole los dedos.

—No digas eso porque por mí le pediría un *manhattan* —susurré inclinándome hacia ella, al tiempo que cogí dos pajitas de un vaso de plástico.

—Dudo que sepa cómo hacerlo —comentó de igual modo.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Tras un brindis y su pertinente trago, algo llamó mi atención.

—¿Has visto a esos dos? —formulé señalando al otro lado de la plaza.

Eran dos hombres altos a los que no logramos ver de frente. Parecían estar charlando con alguien, aunque debido a su gran tamaño y corpulencia, no pudimos comprobar de quién se trataba. No parecían de allí, eso sí que lo supimos al instante, y eso nos animó. ¡Por fin íbamos a tener algo con lo que entretenernos!

—¡Como para no verlos! —soltó sin quitarles ojo—. ¡Menudas espaldas tienen!

—¿Tú qué dices? ¿Tres palmos? —pregunté entre sorbo y sorbo. Ambas lo hacíamos.

—¿Con esa anchura? Yo apostaría a que cuatro. Madre mía, como tengan la cara igual que la retaguardia...

Pese a que hablábamos con la pajita en la boca, nos entendíamos a la perfección.

—Lo que está claro es que no son de aquí —apuntillé.

—Me has leído el pensamiento.

—Y yo te lo confirmo. Esas chaquetas no son habituales por estos lares.

—Tú, como siempre, fijándote en la ropa —me soltó con tono de burla.

—Y tú en el culo —me defendí.

—Por eso nos compenetramos —dijo antes de que ambas chocáramos nuestras manos—. ¿Nos acercamos?

—Ya sabes que no me gusta ir detrás de ningún tío.

—Por si se te había pasado por alto, están de espaldas a nosotras, y si no nos ven, va a ser difícil que vengan.

Su mofa se ganó mi mirada asesina. Ella sabía de sobra que yo odiaba ir tras un hombre. Pero tenía razón, y tal vez aquella era la oportunidad que llevábamos semanas, por no decir meses, esperando. ¿Qué probabilidad había de encontrar a unos hombres con aquella planta en un lugar remoto y perdido como este?

—Venga, vamos. ¿Qué tenemos que perder? —insistió.

—No sé, tía. No lo veo claro.

—A ver, petarda, ¿cuánto tiempo llevamos sin mojar?

—Yo también te quiero —me quejé.

—Sí, sí, yo también. Pero respóndeme.

—Sabes tan bien como yo que seis meses —confesé.

—¡Exacto! Y por eso debemos ponerle remedio.

—¿Qué has hecho con mi amiga Iris y su recatamiento? —me pitorreé.

—Hay que pasar página, y me da que esos dos nos van a venir al pelo para mojarnos el dedo.

—¿Qué dices? —No entendía nada. Ella no era así.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé. Deberías controlarte porque me da que el señor *Label* está hablando por ti.

—El señor *White Label* puede decir lo que quiera. Pero tú y yo vamos a darnos una alegría, que nos la merecemos. Venga, colócate las tetas y vamos a por ellos.

Iris tenía razón, había llegado el momento de pasar página y de deshacernos de tabúes. Pero yo odiaba tener que ir detrás de un tío. Tengo que reconocerlo, era una chapada a la antigua; detestaba ser yo quien diera el primer paso. Era de la idea de que la mujer debía ser conquistada y no al revés, de que debía ser la cazada y no el cazador. Nunca se lo confesé a ella, pero siempre pensé que debía haber nacido en otra época; una en la que los caballeros luchasen por conseguir a una dama. Muchas de las cualidades de tiempos remotos se habían perdido en la actualidad; lo cual a mi parecer era un retroceso en lugar de un avance. En pleno Siglo XXI ya nadie solía ceder el paso a una mujer, abrirlle puertas o esperar a que ella fuese la primera en tomar asiento. Ahora todo era muy distinto. «¿No queréis igualdad?» solía escuchar cuando un hombre se excusaba por su falta de caballerosidad. «¿Qué

tendrá que ver la igualdad salarial con los valores y la educación?», solía cuestionarle yo. ¡La hidalguía había muerto! Y mi raciocinio también, porque pese a mis ideales, acabé aceptando su proposición y cruzando la plaza con ella.

—¿Dónde están? —pregunté al llegar a donde segundos antes estaban y no verlos.

—Estaban aquí hace un momento —se quejó Iris quien, al igual que yo, no dejaba de mirar hacia todos lados.

—Dime que no eran fruto de nuestra imaginación.

—Que no, que yo también los he visto. Además, ya sabes que el alcohol no me afecta como a ti.

No había ni rastro de ellos. Era como si de pronto la tierra se los hubiese tragado. Pero eso mismo deseamos cuando, sin quererlo, nuestra búsqueda acabó pasándonos factura.

—¿Nos estáis buscando? —soltó con prepotencia y chulería Aniceto, mi ex.

—No tengo otra cosa mejor que hacer —me quejé. Era la última persona a la que deseaba ver.

—Nos vemos en los mejores sitios —añadió Gumersindo, el ex de Iris, a la que miraba con desdén.

—Si tú lo dices —respondió ella intentando hacerse la fuerte.

—¿Has venido corriendo desde Pepino? —me preguntó Aniceto.

—¿Qué? No, ¿por qué? —No entendía a qué venía aquello. No iba sudada ni nada por el estilo.

—Porque te veo más delgada —contestó mirándome de arriba abajo.

«¿Se podía ser más idiota?». Ya os lo digo yo: NO.

—Bueno, tenemos que irnos —anuncié mirando a Iris para que cogiera la indirecta directa.

Pero ella parecía estar demasiado ocupada escuchando lo que quiera que el sinvergüenza de su ex le estuviese diciendo al oído.

—Tú siempre con tus adulaciones —comentó sonrojada.

—No sé qué es eso, pero saliendo de tu boca, suena bien.

—Si me lo repites, igual te lo explico —le pidió coqueta.

¿Se le había caído un tornillo por el camino o qué? ¿Cómo podía flirtear con el tío que le había roto el corazón?

—Al menos tu amiga tiene educación —me recriminó Aniceto.

—Yo no tengo nada que escuchar de ti, si es a lo que te refieres —me

defendí sin mirarlo.

—Te conozco. Y sé que por mucho que te hagas la dura, sigues sintiendo algo por mí.

«¿Aparte de asco? Lo dudaba».

—¿Eso crees? —inquirí sabiendo que necesitaría varias vidas para conocerme. Y ni con esas.

—No solo lo creo. Lo sé —aseguró.

—Me alegro por ti —solté con desdén.

Pero cuando iba a llevarme a Iris de allí para alejarnos lo máximo posible de ellos, Aniceto se me adelantó.

—Ha sido un placer veros y saber que seguís enamoradas de nosotros, pero debemos irnos. Nuestras chicas nos esperan.

Y se largaron sin más.

Iris no pudo ni cerrar la boca de la cara que se le quedó. Yo, en cambio, casi acabé quebrándome los labios de la fuerza con la que los apreté. Allí paradas, y sin saber muy bien qué decir o hacer, nos quedamos contemplando cómo nuestros ex cruzaron la pista hasta llegar a la barra, donde se reunieron con dos féminas, cuyos rostros nos eran familiares. Si nuestro encuentro con ellos ya había sido de mal gusto, aún lo fue más averiguar que aquellas dos mujeres, a las que se habían referido como «sus chicas», eran nada más y nada menos que las propietarias del puticlub de Híncala Arriba.

Cabreada como pocas veces en mi vida, enfadada porque la noche no estaba saliendo precisamente como habíamos planeado, y enojada por descubrir quiénes eran las causantes de que Iris y yo llevásemos una cornamenta que a buen seguro sería la envidia de cualquier ciervo que se preciara, la agarré del brazo y la arrastré hasta ellos.

—¡Hola! —nos saludó el tonto del pueblo apareciendo de pronto, interponiéndose entre nosotras y lo que iba a ser mi mayor arrebató—. Sé bailar salsa —anunció.

—Me alegro. Enhorabuena. Hasta luego —dije pretendiendo esquivarlo.

Pero él no se dio por enterado, y siguió insistiendo sin apartarse.

—Sé bailar salsa.

—Ya nos lo cuentas otro día. Es que... tenemos que irnos —anunció Iris uniéndose a mí en un vano intento por deshacernos de él.

El pobre no tenía culpa, pero, además de feo, su cabeza era tan grande que no lográbamos ver nuestro objetivo. Ni siquiera con ella delante lográbamos que las luces altas de la plaza nos dieran en la cara.

—¿Sabes qué sale si cruzas un chucho con un minino? —nos preguntó sin la menor intención de dejarnos. Todo el mundo sabía que cuando le daba por alguien no lo soltaba ni con agua caliente—. ¡Un chumino! —se respondió a sí mismo, gritando y riendo de forma escandalosa, llamando la atención de cuantos nos rodeaban.

—Tía, deshazte de él —le cuchicheé a Iris.

—Eso intento, coño.

—Sé bailar salsa —insistió el tonto volviendo a la carga. Debió aprender la frase aquella misma tarde porque no dejó de repetirla.

—Vale, vale, nos hemos enterado —protesté harta de escuchar siempre la misma cantinela. Lo más impresionante era que no nos dejaba avanzar ni un paso.

—¿Tú sabes bailar salsa? —le preguntó a Iris.

—Y merengue —mascullé entre dientes.

—¡Merengue! —gritó loco de contento—. A mí me gusta el merengue. ¡Merengue bueno!

—Buena cosa le has dicho —me riñó ella en un susurro.

—No esperaba que lo oyera, joder.

—Es tonto, pero no sordo.

—Ya lo veo.

—¡Mi mamá me da merengue! Me hace tartas cuando me porto bien.

—Así que te gusta el merengue —comentó Iris.

—¿Qué haces? Tú dale coba que no salimos de aquí ni cuando amanezca.

—¿Sabes quién tiene mucho merengue y te puede dar todo el que quieras? —le preguntó con sonrisa picarona

—¿Quién? —Al pobre se le salían los ojos de las órbitas de la emoción.

—Mira. ¿Ves a aquellos cuatro que están al final de la barra? —dijo señalando a nuestros ex y a sus dos «chicas»—, tienen un montón guardado. Ellos te dirán que no tienen, pero tú no te lo creas. Lo tienen guardado en los pantalones y ellas en el bolso.

Para mi asombro, su idea funcionó, y el tonto del pueblo se fue directo hacia donde ella le había indicado. En segundos, se montó un buen espectáculo cuando el hombre comenzó a meterles mano y a toquetearles por todas partes en busca del merengue.

En otro momento nos hubiésemos partido de risa, e incluso Iris lo hubiese grabado para subirlo a YouTube, pero ambas nos moríamos por largarnos de allí. Así que, satisfechas por habérsela devuelto a nuestros ex, nos dirigimos

hacia el extremo opuesto de la barra de donde ellos estaban, y llamé al camarero.

—Una botella de whisky, por favor.

—No vendemos botellas, señorita.

—¿Cuánto quieres por una y tu silencio??

—¿Qué haces? —murmuró Iris con disimulo—. Va a creer que somos de la mafia.

—Me da igual lo que crea —dije de igual modo—. ¿Treinta euros le parece bien? —le pregunté al hombre, sacando la cartera del bolso.

—No quiero problemas —anunció el camarero mirando de soslayo a su alrededor.

—No te los daremos —aseguré—. Si nos la vendes, te doy mi palabra de que nos iremos.

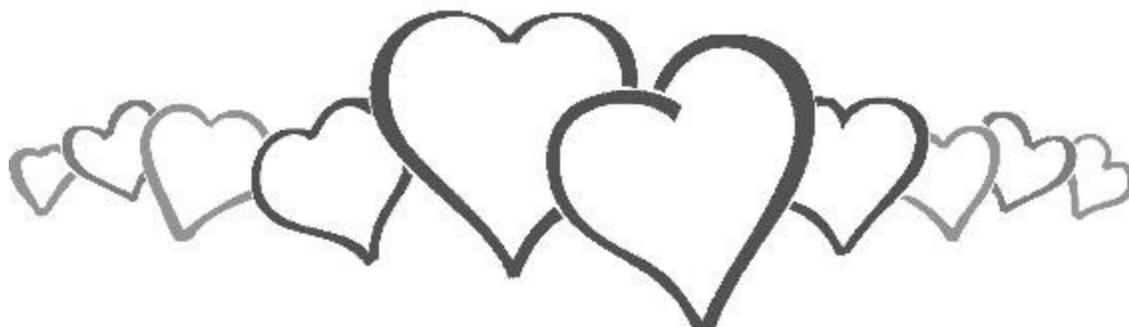
—Te guardaremos el secreto —añadió Iris, uniéndose una vez más a mí.

El hombre se lo pensó durante un instante, hasta que, finalmente, se giró tras él, cogió una botella que introdujo en una bolsa, y nos la entregó.

—Largaos antes de que me arrepienta.

—No nos has visto. ¿Entendido? —Iris se vino arriba, y le señaló con el dedo al más puro estilo de Al Capone.

—¡¡Será posible!! —refunfuñó el camarero tras coger el dinero y marcharse hacia la otra punta de la barra negando con la cabeza.



—¿Y ahora qué? —me preguntó Iris pasándome por enésima vez la botella.

Estábamos dentro del coche, en un descampado a una distancia prudencial de la fiesta. De fondo se veían las luces de la plaza y se escuchaba la música

de la banda.

—¿No queríamos ponernos ciegos? Pues ya lo tenemos, ¡hala! —respondí dándole un trago que bien me hubiese hecho perder mi mote. Vamos, que la chupé como si no hubiese un mañana.

—No era así como quería hacerlo —balbuceó. La media botella de whisky que llevábamos en el cuerpo ya se nos empezaba a notar en el habla.

Sus palabras eran ciertas. Ninguna de las dos habíamos planeado acabar la noche de aquel modo, aunque aún era pronto para regresar a casa, y preferimos seguir ahogando nuestras penas en alcohol.

—¡Nos pusieron los cuernos con ellas! —farfullé, necesitando desahogarme, al cabo de un rato.

—Lo sé —Iris estaba igual de hundida que yo.

—Y nosotras creyendo que se trataba de una cana al aire.

—¡Son unas putas! —soltó con desprecio, dirigiéndose hacia las luces de la plaza.

—Sabes que no, colega. Ellas son las dueñas del *puti* —le aclaré.

—No sé qué jode más.

Iris me quitó molesta la botella de las manos, tomó aire, y dio un trago de esos que te hacen arder la garganta antes de devolvérmela.

—¡¡¡Dios, necesito salir de aquí!!! —gritó a pleno pulmón, bajando la ventanilla.

—¡Tía, avisa antes! Me has dado un susto de muerte —farfullé llevándome la mano que tenía libre al corazón.

—Lo siento, pero es que tenía que soltarlo.

—Tranquila, si lo más gracioso es que tienes razón. Yo también estoy deseando largarme de aquí. Por suerte, ya queda menos.

Creo que dije eso más para auto-convencerme que porque lo creyese realmente.

—Necesito irme a Estados Unidos —anunció dejándose caer sobre el asiento.

—¿No podrías escoger un sitio más cercano? Como Madrid, por ejemplo.

—La capital te la dejo a ti. Yo quiero largarme ¡lo más lejos que pueda!

—No necesitas cruzar el charco —gruñí dolorida por la sola idea de acabar tan separadas la una de la otra—. Podríamos irnos a la capital y alquilar un piso. ¡Ay! ¿Te imaginas? Viviríamos juntas y pasearíamos cada tarde por la calle Serrano.

—Sí, claro. Y en lugar de vivir en un pequeño apartamento, viviríamos

rodeadas de lujo y ropa de marca —se burló.

—Tú ríete, pero yo tendré todo eso algún día.

—¡Claro que sí, guapi! Y serás la nueva Preysler, y te llamarán para anunciar *Porcelanosa*.

—¡A ver, lista! ¿Y tú? —pregunté pasándole de nuevo la botella—. ¿Para qué te quieres ir a Estados Unidos? ¿Para ser Oprah Winfrey?

—No, prefiero seguir siendo rubia —afirmó apartándose una guedeja de pelo para beber.

—Vale, entonces, ¿quién te gustaría ser?

Habíamos tocado este tema varias veces, pero nunca me había dicho en quién le gustaría convertirse.

—Me gustaría ser Bill Gates —anunció de pronto limpiándose la barbilla tras un último trago no muy acertado.

—¿Bill Gates? —pregunté incrédula.

—Sí.

—¿No te habrás equivocado? —insistí.

—No, ¿por qué?

—¡Pero si es un tío! —grité partiéndome de risa mientras le quitaba la botella de las manos.

—Coño, ¡qué lista!

—¿Por qué quieres transformarte?

—Tía, ¿cuánto has bebido?

—Lo mismo que tú, ya lo sabes —dije empinándomela una vez más—. Y no cambies de tema. Dime, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a operarte?

—¿Quién ha dicho de operarme? —A Iris le costaba acabar bien una frase sin atrancarse.

—No quiero que te operes. Los tíos son una mierda.

—¡Que no voy a operarme! —repitió alzando la voz.

Pero yo pasé de escucharla. El whisky hablaba por las dos, y así seguimos hasta que la última gota atravesó su garganta.

—Ya no queda —anunció volcando la botella boca abajo.

—Pues no pienso volver a por más.

—Yo tampoco.

—Por cierto —dije alzando un dedo—, ¿quién de las dos va a conducir hasta Pepino?

—Yo estoy muy mal de lo mío, tía —me respondió negando con la cabeza.

—¡Mira la lista! ¿Y cómo te crees que estoy yo?

—Pues pasamos aquí la noche —propuso mirando a nuestro alrededor. Solo había campo, maleza y unos pocos árboles.

Me tomé mi tiempo en responder. Mi cabeza iba a su propia velocidad, vamos, más lenta que un caracol cuesta arriba. Al cabo de un rato, y tras sopesarlo muy mucho, caí en la cuenta de que su idea no era tan descabellada como en un principio me pensaba. Al fin y al cabo, teníamos lo necesario para dormir: dos asientos y el cielo cubierto de estrellas sobre nuestras cabezas.

Aceptada su propuesta, me dispuse a buscar la ruedecilla para echar hacia atrás el respaldo cuando, de pronto, se levantó una brisa que truncó nuestros planes y nos hizo cambiar de opinión.

—¡Mierda! —gritó Iris tapándose la nariz.

—¡Joder, no hay quien lo aguante! —le seguí.

De todos los sitios y rincones que tenía Despelúcame el Ovejo, habíamos ido a parar a un bancal lleno de estiércol.

—¡Arranca, tía, por dios! —me gritó.

—¡Será si encuentro la llave! —No la encontraba por ninguna parte.

—¡Pero si están puestas, petarda!

El hedor era tan intenso, que me costaba hasta respirar. Conteniendo la respiración todo lo que me daba de sí, logré girar la llave y encender el motor. Pero cuando metí la marcha, me di cuenta de que el coche no avanzaba.

—Esto no va —anuncié cubriéndome media cara.

—¡Sal de aquí, por tu madre! —No era fácil entenderla con la mano tapándole la boca.

—¡Eso intento, pero te digo que no funciona!

El olor era cada vez más intenso y ya no sabía qué hacer.

—Se habrá roto —añadí buscando alguna luz roja de avería en el salpicadero.

—Tía, ¿los árboles andan? —me preguntó Iris mirando por la ventanilla.

—Primero te quieres convertir en un tío y ahora ves visiones. ¡Haz el favor de no beber más!

—¡Si no queda!

—Vale, perfecto. ¡Joder, no puedo con este olor, y el coche no va! —me quejé. Empezaba a ponerme nerviosa de verdad.

—Tía, tú dirás lo que quieras, pero este árbol antes estaba allí —anunció mirando por la ventanilla.

No entendía la manía que le había dado con el dichoso arbolito, aunque mi parte maruja me hizo mirar hacia el lugar donde ella señalaba. Cuando me di

cuenta de lo que pasaba, pisé el pedal del freno con todas mis fuerzas. En lugar de meter primera, había metido la marcha atrás. No caí en la cuenta de avisarla, y de la inercia de la frenada, acabó estampándose contra la guantera del coche.

—¡Eh, toro! —soltó al separarse y regresar a su posición en el asiento.

—¡No fastidies! ¿Dónde? ¡Ay, no, por favor, lo que me faltaba! —grité presa del pánico.

Me encantaban los animales, excepto los que sobrepasaban la altura de mi cintura.

—¿Dónde está quién? —preguntó mirándome como si me faltasen media docena de tornillos.

—¿A mí me lo preguntas? Tú sabrás. ¡Si has sido tú quien lo ha visto!

Estaba muerta de miedo, el corazón me latía con fuerza y yo no dejaba de mirar hacia todos lados en busca del dichoso bicharraco. Necesitaba dar con él, ubicarlo para saber en qué dirección huir. Iris, en cambio, me observaba más pancha que la alfombra de un oso pardo.

—Tranquila —dijo con voz suave, pasándome la mano por la cabeza como si fuese un gato y ella mi dueña.

—¡No me pidas que me calme que eso me pone aún más nerviosa! —dije apartándole la mano.

—Si supiera qué te pasa, igual...

—Iris, ¡joder! ¡¡¡Dime dónde está el puto toro que podamos largarnos de aquí!!!

—¿Qué toro? —preguntó alzando los hombros sin entender nada.

Una nueva brisa, esta vez mucho más intensa que la anterior, hizo que el hedor nos llegase con más intensidad. Aquello me hizo reaccionar, y sin importarme si lo atropellaba o le hacía un simple rasguño al animal, logré sacar el coche del descampado y conducirlo hasta la carretera.

—Ve despacio y no pasará nada —me aconsejó Iris en un vano intento por calmarme.

—¡No me digas lo que tengo que hacer después de haber pasado de mí! —me quejé, aún con el susto en el cuerpo.

—¿Yo? ¿Cuándo he pasado yo de ti? —Iris se hacía la sorprendida, y eso me cabreaba aún más.

De camino a Villa Pepino, Iris me explicó que había sido solo una expresión, que no había ningún toro, y que lamentaba haberme asustado.

—Ha sido sin querer. Lo siento —se disculpó por enésima vez al

adentrarnos en el pueblo.

—Ven aquí —le pedí alargando el brazo para que me abrazara.

—Tía, vas conduciendo.

—Yo controlo, no te preocupes. Me conozco esto como la palma de mi mano. Además, mira, no hay nadie por la calle —dije ojeando a ambos lados.

—Tienes razón. ¡Ay, que te quiero, mi Tami! —gritó abalanzándose sobre mí.

—¡Y yo a ti, mi Bill Gates!

El abrazo sellaba así nuestra pequeña rencilla. El cariño que había entre nosotras era mucho más importante que cualquier disputa que pudiéramos tener. Pero aquella muestra de afecto, sumado al alcohol que corría por nuestras venas, provocó que acabara estampando el coche contra algo.

—¡Joder, joder, joder! —Repetí una y otra vez abriendo los ojos de golpe. Apenas los había cerrado unos segundos.

Iris me miraba con la cara desencajada. El estruendo había sido enorme, demasiado para la velocidad a la que íbamos.

—¿Estás bien? —le pregunté queriendo asegurarme de que estaba de una pieza.

—Yo sí —respondió en un hilo de voz. No sabía cuál de las dos estaba más nerviosa—. ¿Y tú?

—Sí, sí. Yo también —dije tocándome para comprobar que no me faltaba nada.

Ambas parecíamos estar bien. Pero dejamos de estarlo en cuanto miramos hacia delante y nos dimos cuenta de contra qué habíamos chocado.

—¡¡¡¿Qué has hecho?!!! —grité enloquecida.

—¡¡¡¿Yo?!!! ¡Pero si has sido tú!

—¡Yo estaba con los ojos cerrados! —me justifiqué.

—Y yo, ¿qué creías que hacía? ¿Contar ovejas?

—¡Confíaba en ti! —despotriqué.

—¡Mal hecho, chata! ¿A quién se le ocurre?

El corazón se me iba a salir por la boca. Podía sentirlo bombeando en mi garganta. Me temblaba todo el cuerpo y no fui capaz ni de salir del coche. Dudaba del aguante de mis rodillas si lo hacía.

—Y, ¿ahora qué hacemos? —pregunté en un manojito de nervios.

—¡Huyamos, ahora que podemos! ¡Arranca el coche y vámonos!

—¿Cómo vamos a irnos con lo que hemos hecho?

—Precisamente por eso. Mete la marcha atrás y larguémonos.

—¿Y si nos ha visto alguien?

Sin necesidad de decir nada más, las dos nos apresuramos a mirar por las ventanillas. Lo hicimos hacia todos lados, delante, detrás, por los espejos retrovisores, e incluso en el interior del coche, por si acaso.

—No hay nadie. Están en Ovejo. ¡Arranca! —repitió.

—¡Está bien, está bien! —grité metiendo la marcha.

Y así fue como, tras una noche que parecía ser prometedora, se convirtió en el principio de una auténtica pesadilla. Por una muestra de afecto, por una tonta confusión, por culpa del estiércol, o simplemente por capricho del destino, Iris y yo acabamos cargándonos a Don Pepino, el mismísimo patrón del pueblo, y con él... varios siglos de historia.



## Capítulo 2

**IRIS**

## Necesitamos un plan

Mientras Ana conducía, yo intentaba asimilar lo que había ocurrido. Creo que hasta ese instante no fui consciente en realidad de lo que habíamos hecho. Acabábamos de cargarnos la estatua de la plaza del ayuntamiento. Literalmente, le arrancamos el pepino al patrón, le amputamos el brazo, la pierna derecha, y con ella cierto «pepinillo» situado en el centro del cuerpo.

—¡Joder, vamos a acabar con la natalidad! —solté en cuanto caí en la cuenta.

—No me digas eso, que hace que me sienta más culpable de lo que ya me siento.

—¿A dónde vas? —inquirí al ver que se adentraba en mi calle.

—A tu casa —dijo tan pancha—. No querrás que te deje aquí tirada.

—De eso nada. Busca un descampado o algo así.

—¿Un descampado? ¿Para qué?

—Tú hazme caso.

—¿Vas a meterme mano?

Su pregunta me resultó tan fuera de lugar que le respondí con una mirada de esas que te hacen replantearte hasta tu existencia.

—¿Qué? No me mires así —se defendió—. Primero me dices que quieres ser un tío y ahora me propones ir a un descampado. ¡A ver cómo me como eso!

—¡Para el coche! —le exigí de pronto.

—¿En qué quedamos? Tía, en serio, ¿te has propuesto volverme loca?

—¡Que pares, te digo!

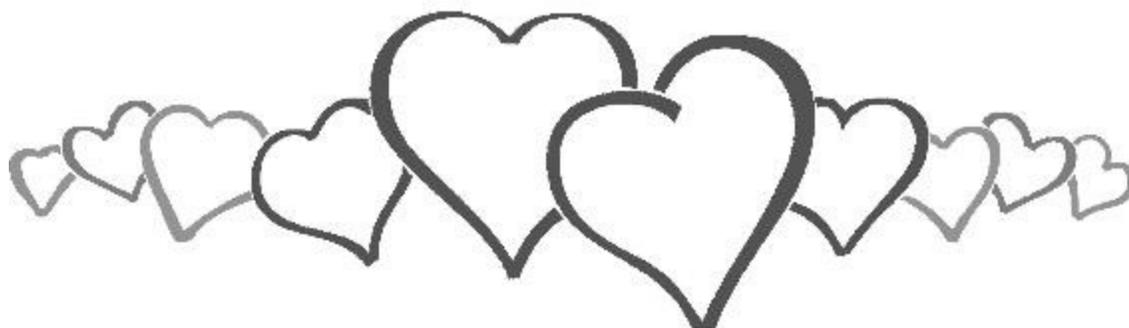
Alcé la voz, lo reconozco, pero al menos conseguí que me hiciese caso. En cuanto se detuvo salí disparada para sustituirla. De camino miré la parte delantera... no estaba tan mal como esperaba. Aquel carro viejo era más duro que las piedras, nunca mejor dicho.

—Sal, yo conduciré —dije abriendo su puerta y ofreciéndole la mano para que no se pegase un tortazo al bajar.

—Tú dirás lo que quieras. Un tío, un descampado y ahora me abres la puerta... ¡Tú quieres algo!

Resoplé por no ahogarla allí mismo. Empezaba a hacer frío, el típico que anuncia la entrada de la madrugada, y corríamos el riesgo de que alguien nos pillara. Me incliné hacia ella y la obligué a salir del coche. Casi tuve que

tomarla en brazos. Menos mal que se cuidaba, porque de pesar un kilo más, fijo que me hubiese provocado una hernia discal. Una vez sentada en el asiento del copiloto y tras asegurarme de que no corría peligro, regresé al otro lado. Metí la marcha y conduje hasta el primer solar solitario que vi. Era el de Hipólito, el cerrajero del pueblo. Aparqué, paré el motor, y esperé hasta que a Ana se le pasara un poco la mona. La mía debió esfumarse con la dichosa adrenalina.



—Necesitamos un plan —dije al cabo de un buen rato. Puede que media hora después, no lo tengo claro—. Tenemos dos opciones —añadí—. Uno es ir a la policía, y el otro...

—¿Te has vuelto loca? —me interrumpió. Ya estaba mucho mejor. Lo supe por la forma en que me gritó—. ¡Ni de coña pienso ir a la policía!

—No somos delincuentes, Ana.

—Iris, se trata de don Pepino, podrían caer varios años de cárcel.

El tema era serio, ambas lo sabíamos porque solo nos llamábamos por nuestros nombres cuando eso ocurría.

—Pues por eso mismo —manifesté—, porque se trata del patrón del pueblo, debemos dar parte y decir que ha sido un accidente.

—Iris, llevamos alcohol hasta en las uñas. ¿Crees que nos dejarían libres por nuestra cara bonita? No —dijo alargando la vocal—. Yo te diré lo que pasaría: nos detendrían, nos meterían en el calabozo, y después nos iríamos de cabeza a la cárcel.

—Pero tu padre trabaja allí, tal vez pueda...

—Pues precisamente por eso te digo que no debe enterarse nadie. Iris —dijo volviéndose hacia mí—, hay algo que tú no sabes.

—Uy, qué mal suena eso. Me estás asustando, ¿sabes?

—¿Y cómo te crees que estoy yo?

—Vale. Cuéntamelo.

—Prométeme que esto no va a salir de aquí.

—Mañana lo subo a Instagram —me mofé. Ella me reprochó con una mueca—. Venga, dímelo de una vez. ¿Qué es?

—Prométemelo.

—Te lo prometo —solté con desgana.

—No te lo he dicho antes porque son cosas que no se deben contar, ya me entiendes —Asentí—. Ayer a mediodía, cuando mi padre llegó a casa tras su turno, nos contó que por la mañana hubo una movida en «chirona» —Así era como llamábamos a la cárcel de Pepino—. Y no una cualquiera, sino una de las gordas —añadió.

Por su cara pude ver que se trataba de algo serio.

—¿Qué pasó?

—Al parecer hay dos bandas muy peligrosas que son las que dominan todo el cotarro. Llevaban semanas provocándose, y ayer fue el día elegido para la reyerta. La mayoría se habían hecho cuchillos con los mangos de los cepillos de dientes y la cosa acabó con varios en enfermería.

La prisión Pepino era de máxima seguridad, y albergaba a los reos más conflictivos y peligrosos de todo el país. Nadie quería trabajar allí, ni siquiera el padre de Ana quien, por más que lo intentó, se vio obligado a hacerlo. Fue hace muchos años. Robustiano, que así era como se llamaba el hombre, era oriundo del pueblo y uno de tantos jóvenes que emigraron a la ciudad en busca de oportunidades y de una nueva vida. Allí conoció a Josefa, la madre de Ana. Se casaron al poco tiempo de formalizar su relación. Por aquel entonces Robustiano aprobó las oposiciones a funcionario de prisiones. Y por caprichos del destino, fue destinado de vuelta a Villa Pepino cuando su madre aún estaba embarazada de ella. Aquel traslado afectó a su padre, quien se juró que haría todo lo posible por protegerla de las costumbres del pueblo, empezando por el nombre. De ahí que Ana sea de las pocas en toda la comarca en tener un nombre común y corriente.

—¿Tu padre y sus compañeros están bien? —pregunté preocupada.

—Sí, por suerte sí.

Resoplé. La idea de una pelea de tal calibre como las que se ven en las películas me ponía los pelos de punta.

—Menudo trabajo tiene el pobre —comenté.

—Ya ves. Y por si no fuera poco, aquí va la noticia bomba.

—¿Aún hay más?

—Están terminando las obras del nuevo pabellón porque por primera vez van a meter también a mujeres.

—¡Joder, joder! —solté al imaginarme allí entre toda aquella gente.

—¿Me comprendes ahora? Mi padre nos cuenta cosas que ni imaginarías. Trabajar en esa cárcel es duro, pero te aseguro que ser preso en ella es aún peor. Creo que nadie es consciente de cómo es ese sitio hasta que no lo vive por sí mismo. Y te aseguro que yo no necesito hacerlo para saber que es el último lugar al que quiero ir. Iris, nadie debe saber lo que hemos hecho y menos aún permitir que alguien nos descubra. En serio, soy capaz de cualquier cosa antes que acabar poniendo un pie en ese antro. ¡Cualquier cosa!

—Está bien. Entonces..., ¿qué propones? —pregunté.

—No lo he propuesto yo, sino tú. ¡Huyamos!

—Eso lo he dicho sin pensar —me defendí—. Acababa de ver lo que habíamos hecho y... ¡No me mires así! —le pedí al ver la cara de pena que me puso—. No podemos largarnos sin más. Además, todo el mundo sabría que hemos sido nosotras; el culpable siempre es el primero que huye y desaparece del lugar del crimen.

—Joder, es verdad —admitió dejándose caer en el asiento.

Las dos guardamos silencio. Necesitábamos un plan. Yo lo buscaba con la mirada perdida en el salpicadero, mientras que a ella la escuchaba frotarse las manos sin parar.

Así permanecemos un rato, hasta que de pronto...

—¡Joder, he matado a don Pepino! ¡Soy *Farruquita*!

En cuanto acabó la frase nos miramos, y sin necesidad de decirnos nada, rompimos a reír a carcajadas. No sé muy bien si fue el alcohol, lo surrealista de la situación o el miedo que sentíamos, pero allí estábamos las dos, en una calle solitaria, dentro de su coche, tronchándonos de risa.

—¿Y la otra opción? —me preguntó al calmarnos. Ambas nos tocábamos la barriga del ataque que nos dio.

—¿Qué opción?

—Has dicho que teníamos dos. La primera queda oficialmente descartada, así que... ¿Cuál es la otra?

—Ah, es cierto —admití al recordarlo—. Fingir que no ha pasado nada.

—¡Venga ya! Sabes tan bien como yo que nadie lo va a dejar pasar —El

humor había quedado oficialmente atrás—. Se va a liar una bien gorda en cuanto el pueblo se entere de lo que hemos hecho.

—Lo sé —reconocí—. Pero nadie tiene por qué saber que hemos sido nosotras. Y a no ser que tú tengas otra idea mejor... O confesamos, o bien nos llevamos el secreto a la tumba.

—Yo no se lo pienso decir a nadie, te doy mi palabra —dijo mostrando la palma de la mano al más puro estilo americano el día de la toma de posesión del presidente.

—Eso lo sé. Pero hay un problema más —Ella resopló al escucharme—. ¿Qué hacemos con el coche?

Ana supo lo que quise decir y, sin que pudiera impedirselo, salió disparada para evaluar los daños. Yo salí tras ella.

—¡Pobrecito mío! —soltó como si estuviese hablándole a un bebé, mientras acariciaba el capó.

—Pero, ¿qué dices? Si ha sido todo un campeón. Menudo leñazo le ha *dao* al Pepino.

—¡Como se nota que no hablamos de tu coche! —bramó volviéndose hacia mí como un perro defendiendo su comida.

«Menos mal que he escogido un lugar apartado», pensé.

—El mío se hubiese quedado allí en la plaza —aseguré—. Hemos tenido suerte de que haya sido con el tuyo.

Mi coche era de segunda mano. Se lo compré a un primo de mi madre; era un modelo antiguo y feo como él solo, pero a mí me bastaba para lo poco que solía moverme con él.

—Dime una cosa —me demandó. Alcé los hombros y ella continuó—. ¿Tan rápidas íbamos?

—Qué va. Yo también he pensado en eso. Puede que la escultura estuviese ya dañada o que se yo, pero lo cierto es que íbamos a paso tortuga.

—¡Eso es! —De nuevo levantó la voz. Aunque esta vez su tono era distinto; imprimía esperanza—. ¿Y si decimos que ha sido por el calor?

—Anda, vuelve al coche —le pedí.

Estaba empezando a desvariar otra vez.

—Lo digo en serio —insistió mientras nos subíamos de nuevo al coche—. Podríamos lanzar el rumor de que ha sido por el calor. Tengo entendido que hay muchas esculturas que se han roto por el cambio climático.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde has oído eso?

—Me lo acabo de inventar, pero igual cuela. Aquí suelen creer todo ese

tipo de cosas; ya sabes cómo son.

Debía reconocer que la idea me tentó. Solo teníamos que encargarnos de lanzar un rumor y asegurarnos de que la gente del pueblo lo extendiera, algo muy sencillo, teniendo en cuenta de que se trataba de Villa Pepino, el lugar donde las leyendas y los rumores campaban a sus anchas.

—Vale. Supongamos que acepto tu idea —anuncié—. ¿Y qué pasa con el coche? Sé que apenas ha sufrido daños, pero, ¿y si alguien se da cuenta de la abolladura que le hemos hecho?

—Tía, ¿quién se va a dar cuenta de eso?

—¿Hace falta que te lo explique? —pregunté inclinando la cabeza hacia ella.

Era más que obvio que tarde o temprano alguien se percataría. Ana sabía tanto como yo que las mujeres del pueblo eran peor que el mismísimo CSI. No se les escapaba nada. Radio macuto era más eficaz que cualquier emisora o que cualquier canal veinticuatro horas de noticias. Las vecinas siempre eran las primeras en enterarse de todo, y en muchas ocasiones eran ellas mismas las encargadas de informar al alcalde de los sucesos o acontecimientos importantes que ocurrían en el pueblo.

—Está bien —transigió—. No les daremos de comer a esas víboras.

—Exacto. Ya conoces nuestro lema, ¡lo que haga la mano derecha, que no se entere la izquierda!

—Pues me da que de esto se va a enterar hasta el apuntador —concluyó.

Ana dio en la diana, por eso debíamos actuar con rapidez; el tiempo era primordial en estos casos y no jugaba en nuestro favor, precisamente. Quedaban pocas horas para que amaneciera y aún nos faltaba idear un plan que nos librara del peligro.

—Por cierto, hay que deshacerse del coche —confirmé con rotundidad.

—¡Y una mierda *pa* ti! —gruñó.

—¿Y qué hacemos entonces, tía? En cuanto lo vean van a saber que hemos sido nosotras.

—No pienso tirarlo por un barranco a lo Thelma y Louise —apuntilló acariciando la guantera cuanto le alcanzaba el brazo.

—¿Quién ha dicho de tirarlo por un barranco? En serio, tienes una imaginación que no es normal. Deberías hacerte escritora o guionista. ¿Lo has pensado?

—La verdad es que sí —admitió con cara de lela amartelada—. Pero no nos desviemos del tema —añadió volviendo a su estado anterior—.

Explícame qué has querido decir con deshacernos de él.

—Una de dos: o lo arreglamos, o lo escondemos —propuse con convicción.

—Más fácil será esconderlo, digo yo.

—¿Crees que podrás hacerlo? —planteé.

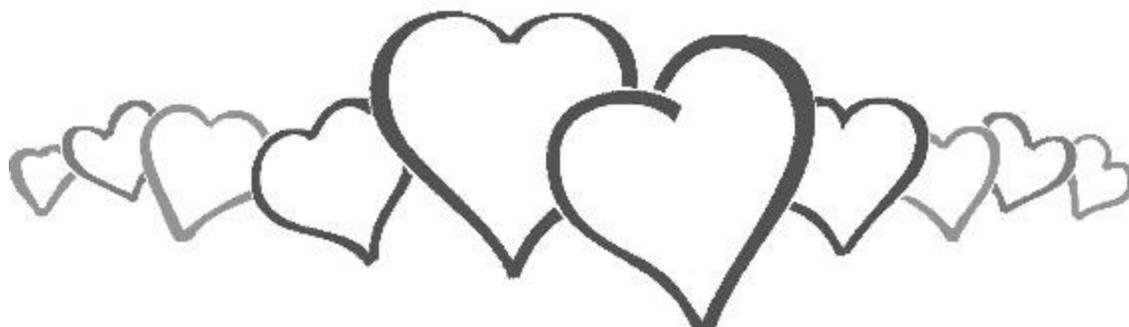
—Sí, sin problema. Sólo tengo que dejarlo en el garaje y echarle su colcha por encima.

A esas alturas tenía claro que lo suyo con su coche era una relación en toda regla.

—Tía, por más años que sea tu amiga, creo que nunca voy a llegar a conocerte del todo —comenté poniendo los ojos en blanco—. «Su colcha», dice.

—¿Trato hecho entonces? —me preguntó tendiéndome la mano, y obviando mi último comentario.

No había nada que pensar. Me giré hacia ella, se la estreché, y allí mismo sellamos nuestro acuerdo.



Un murmullo incesante me despertó a la mañana siguiente, sobre las doce del mediodía. Provenía de la calle. Y aunque en un principio desconocía el motivo y lo único que quería era que cesara, en cuanto caí en la cuenta de a qué podría ser debido, abrí los ojos y me levanté de un salto de la cama. Me puse las zapatillas y salí disparada de mi cuarto.

—¡Mamá!

—¡Aquí fuera! —la oí gritarme desde la puerta.

El corazón me latía desbocado, las manos me sudaban, tenía la boca seca y mi lengua parecía una lija de grano medio. Me fui a la cocina y me serví un

vaso de agua. Necesité dos para saciar la sed que tenía. Cuando conseguí suavizarme un poco la garganta, cerré los ojos, tomé todo el aire que pude y me encomendé a San Microsoft, rey entre reyes y dios entre dioses donde los haya, antes de atreverme a salir a su encuentro.

—¡Ya está bien que te levantes, hija! —me soltó nada más verme, delante de las diez u once vecinas que estaban con ella.

—Buenos días —las saludé con voz de camionero.

Vale, no fue para tanto, pero teniendo en cuenta que mi voz es muy aguda, aquello sonó como si acabase de llegar de dar un concierto de rock.

—«Buenos días», dice. ¡A buenas horas, mangas verdes! —mi madre seguía a lo suyo. Y conociéndola, sabía que no iba a parar.

—Déjala, Gertrudis —intervino Rudesinda, una de las vecinas allí congregada—. Está en la edad.

—Yo a su edad ya estaba casada y ya la tenía a ella —respondió con reproche.

—Mamá, por favor —me quejé. Estaba harta de tener que oír siempre la misma cantinela.

—Podrías al menos haberte puesto algo más decente para salir —me riñó, logrando que las vecinas, si no se habían dado cuenta de cómo iba vestida, lo hiciesen a partir de ese instante.

Ante los ojos de todas, hice lo mismo que ellas y me miré. Llevaba mi pijama favorito. Era de algodón, y aunque no era uno de los que hubiese escogido mi mejor amiga, de la que no sabía nada desde que me dejó en casa de madrugada, sí que era el más cómodo que tenía. Y es que, ¿quién en su sano juicio elegiría un modelo incómodo para dormir? Pues eso, ¡viva la practicidad!

—¿Ha pasado algo? —pregunté para desviar el tema y las múltiples miradas clavadas en mi aforismo de comodidad suprema repleto de desgastados ositos.

—¡Claro, como te pasas la mañana durmiendo no te enteras de nada! —me recriminó una vez más mi madre.

Harta de escuchar una crítica más, la apremié con una de mis miradas que, por fortuna, le hizo cambiar de rumbo.

—Que unos vándalos se han cargado la escultura del patrón del pueblo —explicó.

—¿Qué dices? —solté haciéndome la mega sorprendida, representando el mayor papel de la historia. En mi mente le arrebatava la estatuilla del Óscar a

Jennifer Lawrence tras su caída en el Dolby Theatre al subir las escaleras.

—Lo que oyes —respondió mi vecina Esmerencia quien, con la postura típica de las mujeres de su edad, con el brazo sobre el pecho, la mano bajo la axila y la otra apoyada a un lado de su cara, no se perdía una.

—¿Unos vándalos? —repetí pese a haberme enterado a la primera. Quería asegurarme de que ni Ana ni yo éramos el blanco al que todo el mundo apuntaba.

—Al parecer anoche tenían ganas de juerga y la pagaron con el pobre don Pepino —apuntó mi madre.

—¡Qué fuerte me parece! —dije a punto de ponerme en la misma pose que ellas—. ¿Y qué le han hecho?

—Lo han destrozado, hija.

—Los grafitis están muy de moda —Comenté. Era un hacha disimulando.

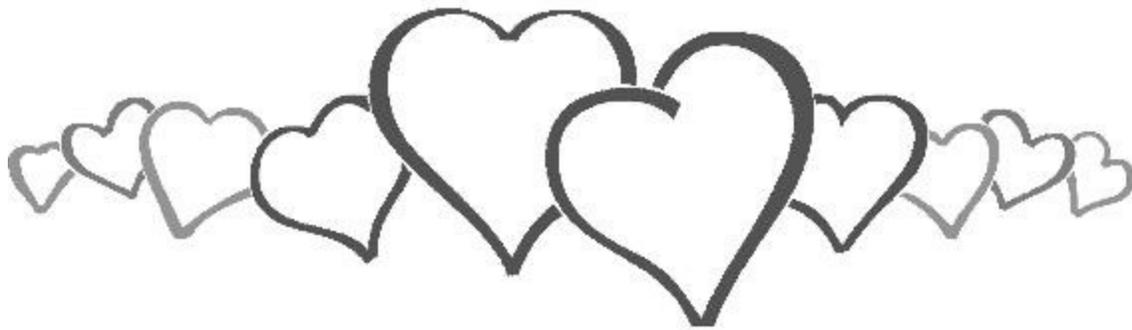
—¿«Grafitis»? ¡Que más quisiéramos! —me respondió—. Lo han roto y partido en mil pedazos.

Esa era la mujer que me dio la vida, exagerada hasta decir basta. Solo habían sido tres o cuatro trozos como mucho, fruto de las mutilaciones, pero, ¿para qué iba la mujer a quedarse corta cuando podía ostentar al título a la más dramática del año?

—La juventud de hoy día no idea nada bueno —comentó Leovigilda, otra de mis maravillosas vecinas, con igual pose, por supuesto.

—¿Y cómo sabéis que han sido unos chavales y no por causa del cambio climático? —Había llegado el momento de poner en marcha nuestro plan—. El calor que está haciendo este año no es normal, y no me extrañaría que haya sido por las altas temperaturas. Dicen que no solo está afectando a la naturaleza o a las distintas especies de animales, sino también a las construcciones, las esculturas, y todo eso.

Mi verborrea provocó que me ganase diferentes miradas, aunque me alegré al comprobar de primera mano que las hizo dudar, suficiente para corroborar que nuestra maquinación podía funcionar. Aprovechando la coyuntura y la duda que sembré en mis vecinas y mi primogénita, me despedí de ellas y entré en casa para llamar a Ana. Necesitaba ponerla al corriente de la situación y, de paso, proponerle una quedada.



—¡Menudo ambientazo! —soltó Ana nada más llegar a la plaza del pueblo.

Era la una y media del mediodía cuando aparqué el coche frente a la tienda, tras pasar por su casa a recogerla. Casi todos los vecinos estaban allí congregados, contemplando de primera mano qué le había pasado al patrón.

—La que hemos liado no ha sido pequeña —dije parando el motor.

—Mis padres no hablan de otra cosa.

—Todo el pueblo no habla de otra cosa —la corregí.

—Saldrá bien, ¿verdad? —Ana me miró reclamando confianza.

—Claro que sí —aseguré girándome hacia ella—. Solo es cuestión de seguir el plan tal y como lo tenemos hablado. ¿Preparada?

Tomó aire, lo expulsó y respondió.

—Sí. Vamos al lío.

Con el firme convencimiento de que nuestra confabulación funcionaría, nos dirigimos hacia La Tapa, nuestro bar favorito, situado frente a la plaza y junto a la tienda donde trabajábamos. Era el lugar a donde solíamos ir a tomar café a diario, y el aperitivo los fines de semana. Ese día estaba a rebosar de gente, apenas había mesas libres en la terraza. Su posición ante el ayuntamiento y el lugar donde se había cometido el crimen, nos daba la perspectiva perfecta para no perder detalle. Tras tomar asiento, Ana y yo nos miramos, y dimos carta blanca a nuestro propósito.

—No creo que nadie haya sido capaz de hacer algo así —dije en un tono un poco más alto de normal para romper el hielo y que los de alrededor me oyeran.

—Yo tampoco lo creo —respondió ella de igual modo.

—¡Eso ha sido alguien de Ovejo! —comentó Epigmenio, un vecino que estaba en la mesa de al lado.

La cosa pintaba bien. Acabábamos de empezar y ya habíamos conseguido llamar la atención.

—¡Qué va! —solté con una naturalidad que hasta a mí me asombró—. Dicen que ha sido el calor. ¿No os habéis enterado?

—¡Es que no es de extrañar! —Ana me siguió el rollo.

—¿El calor? —preguntó Indalecio, el camarero, uniéndose a la conversación al llegar hasta nosotras.

—Sí, eso han dicho —afirmé—. El calor no trae nada bueno —mentí; menudas fiestas nos pegábamos en verano.

—Pues, ahora que lo dices, puede que tengas razón —comentó.

—Yo no creo que haya sido por eso —comentó Bardomiano, el carpintero del pueblo, que estaba sentado a otra mesa contigua—. Eso es cosa de algún sinvergüenza borracho o con ganas de joder.

«¿Este hombre no tiene ningún armario que montar?», pensé imaginándome metiéndole la cola por cierto sitio.

—Pues yo sí lo creo —dijo Indalecio—. En Ovejo se les murieron varias cabras el año pasado, acuérdate.

—Ahí llevas razón —reconoció el ebanista.

«¡Punto para la menda!».

—A nosotras nos han dicho que ha sido por el calor —insistí. Ya teníamos al camarero en el bote, y el resto solo era cuestión de tiempo.

—Igual están en lo cierto —comentó Quiteria, la mujer de Bardomiano—. A mí no me extrañaría que haya sido por el calor, como dicen ellas.

Ana y yo nos miramos satisfechas. Acabábamos de sembrar la semilla y ya teníamos a cuatro que la estaban regando. Nuestro plan estaba saliendo a la perfección. Habíamos desviado por completo el objetivo y ahora todo el mundo empezaría a mirar hacia otra diana.

El aperitivo que nos tomamos esa mañana nos supo a gloria. En apenas unos minutos, todos los que estaban en el bar y la mitad de los que estaban en la plaza junto al patrón, ya lo achacaban al calor.

Cuando apenas quedaban unos minutos para las dos del mediodía, hora en la que debíamos hacer acto de presencia en casa para comer, pagamos la cuenta y nos encaminamos hacia el coche. Pero conforme nos acercábamos, vimos algo que llamó nuestra atención.

—¿Y eso? —pregunté sin apartar la vista del cristal delantero.

—¿Te han multado? —Ana estaba tan sorprendida como yo.

Aquel era el sitio donde aparcábamos cada día para ir a trabajar, y no tenía sentido que lo hubiesen hecho. No era una zona de carga y descarga, y no había señal alguna que lo prohibiese. Intrigada y bastante mosqueada por si al policía de turno se le había ido la cabeza esa mañana, llegué hasta el limpiaparabrisas, lo levanté y cogí lo que había allí sujeto. No era una multa, sino un sobre cerrado. Con Ana a mi lado y bajo su atenta mirada, saqué la nota que había dentro y juntas la leímos. El suelo se abrió bajo nuestros pies cuando nos dimos cuenta de lo que se trataba. La nota estaba escrita a mano. Era corta, sencilla, pero más que clara:

*Sabemos que habéis sido vosotras.*

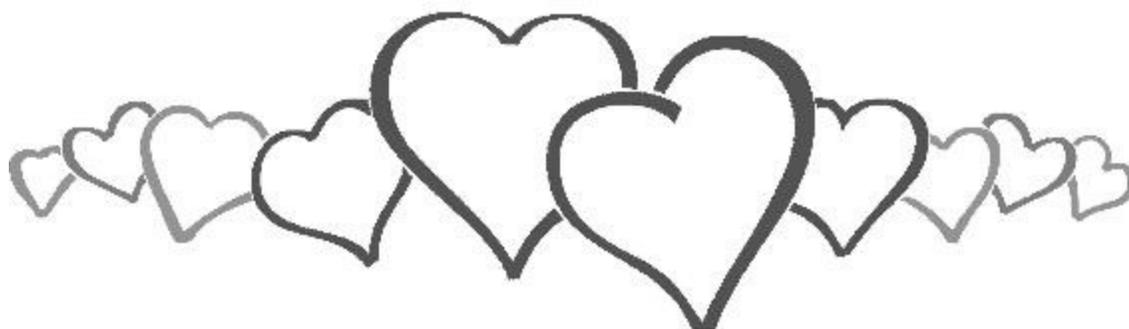


## Capítulo 3

ANA

## ¿Y ahora qué hacemos?

En cuanto acabamos de leer la nota, Iris la guardó y nos apresuramos en salir disparadas de allí. Estábamos tan nerviosas y se nos pasaban tantas cosas por la cabeza que todo nuestro vocabulario se redujo a una sola palabra: «¡Joder!». Durante todo el trayecto hasta mi casa no pudimos dejar de repetirla. Solo al ir a bajarme del coche y de manera escueta, acordamos volver a vernos a las cuatro. Debíamos hablar sobre ello sin falta. Recuerdo que me quedé allí plantada viendo cómo se marchaba. El corazón me latía con tanta fuerza que no fui capaz de escuchar otra cosa. Estaba hecha un flan y al borde del infarto. No sé exactamente cuánto tiempo permanecí allí, anclada al suelo sin poder moverme. Nos habían descubierto, y eso era en lo único en lo que podía pensar.



Ese día no probé bocado. Al igual que el resto del pueblo, en casa no se habló de otra cosa durante la comida. Yo estaba tan asustada y temía tanto soltar algo que no debiera, que acabé excusándome para levantarme de la mesa. Lo achaqué al inexistente y fingido dolor de cabeza que me había dejado la resaca. Mi madre no se lo tomó muy bien, pero por suerte mi padre intercedió por mí y se encargó de calmarla.

Recluida en mi vestidor aguardé hasta que Iris viniera a recogerme. Necesitábamos hacer recuento de la situación, estudiar las posibles vías y buscar un nuevo plan tras el fracaso del primero.

—Tengo un nudo en el estómago —le comenté cuando íbamos en el coche de camino a las afueras de Villa Pepino.

—Yo también. No veas lo que me he tenido que inventar para evitar comer —se quejó.

—De ti me lo creo todo —aseguré intentando sonar divertida. Fracasé.

—Tía, les he soltado un rollo de un dolor de barriga y a mi madre no se le ha ocurrido otra cosa que hincharme a manzanillas.

—¡*Buag!* No las soporto. Donde se ponga un té negro...

El lugar escogido por Iris fue el mirador. Estaba en lo alto de la colina situada al sur del pueblo, y aunque en su día se hizo para que los turistas lo visitaran, era una zona deshabitada, sin estiércol, por cierto, y perfecta para la ocasión.

—Tía, ¿quién crees que han podido ser? —preguntó cogiendo el sobre de su bolso.

—Déjame verla —le pedí.

Iris sacó la nota y me la entregó. No sé exactamente qué buscaba, pero me dispuse a examinarla con detenimiento.

—¿Qué esperas encontrar? —me preguntó al ver la forma en que la miraba. Lo hacía al trasluz, boca arriba, boca abajo...

—Intento reconocer la caligrafía.

—¿Acaso te conoces la de todo el pueblo?

—Así no ayudas, ¿sabes? —me quejé—. Enséñame el sobre.

—Está en blanco —aseguró al dármelo.

—¿Te importaría aportar algo al caso?

—¿Tenemos un caso? —se mofó.

—No es momento para bromas, Iris. Haz el favor de...

—Está bien, está bien.

Los nervios hablaban por nosotras, ambas lo sabíamos. Pero debíamos centrarnos y poner todo de nuestra parte para encontrar una pista, una salida que nos aportara algo de luz y esperanza.

—Es un sobre normal y corriente —afirmé tras estudiarlo.

—Claro. ¿Qué esperabas? ¿Perfume?

—¡Iris, ya!

—Lo siento. Es que esta situación está pudiendo conmigo.

—Pues hay que ser fuerte —aseguré—. Así que haz el favor de usar esa cabecita privilegiada que tienes y aporta algo, en lugar de dar por saco.

Ella inspiró fuerte, exhaló del mismo modo, y comentó:

—De acuerdo. Ya estoy. Analicemos la situación.  
—Es una mierda, ya te lo digo yo.  
—¿Ahora quién es quién es la que da por saco? —se quejó.  
—Ahora vengo —anuncié bajándome del coche.  
—¿Adónde vas? —preguntó saliendo también.  
—¡Necesito pensar! —dije echando a andar para, a los pocos metros, volver sobre mis pasos—. Está claro que alguien nos vio —manifesté.  
—Muy aguda —soltó cruzándose de brazos, apoyada en el lateral del coche.  
—¡Pero nosotras miramos hacia todos lados y no había nadie! —recordé.  
—Eso es cierto.  
—Y si no había nadie —continué—..., ¿cómo es posible que lo sepan?  
—¿Prismáticos?  
—¿En Villa Pepino? —cuestioné—. Lo dudo.  
—Ya —respondió haciendo una mueca.  
—Lo que está claro es que se trata de alguien que nos conoce.  
—En el pueblo nos conoce todo el mundo, tía —me corrigió.  
—Lo digo porque todo sucedió con mi coche y hoy llevamos el tuyo.  
—¡Es verdad!  
—Tal vez si vamos descartando gente podamos dar con ellos —propuse recorriendo una y otra vez mi particular circuito que yo misma había improvisado.  
—Esa idea me gusta. Sigue.  
—A ver —comencé—, la nota está escrita a mano, algo habitual para alguien del pueblo.  
—Cierto. Somos pocos los que usamos impresora.  
—Con ese dato te descartamos a ti...  
—¡Gracias! —manifestó con un amago de reverencia.  
—... Y descartamos también a los jóvenes y a los frikis.  
—Pues sí.  
—La nota dice «sabemos», luego se trata de más de uno —aseguré.  
—Correcto.  
—Creo que no ha sido una mujer —anuncié de pronto.  
—No, si al final va a ser verdad que el sobre iba perfumado —se burló Iris.  
—¡No digas tonterías! —me quejé—. Las mujeres del pueblo son las cámaras de seguridad de las calles, eso lo sabemos, pero también sabemos

que no podrían callarse algo así.

—¡Cierto! —dijo animándose por fin y uniéndose a mí al paseo. Aunque el suyo llevaba retardo y cuando yo iba, ella volvía.

—Con eso descartamos a la mitad de la población —afirmé.

—Me gusta. Sigue.

—¡Han sido hombres! —solté viniéndome arriba.

—Coño, Tami, hasta ahí llego yo también. Por cierto —añadió—, acabo de decidir que te voy a cambiar el mote.

—¿En serio crees que es momento para pararse a pensar en eso? —inquirí deteniéndome en seco, con los brazos en jarras.

—Tengo una mente privilegiada, tú misma lo has dicho. ¿Qué culpa tengo yo?

—Vale, suéltalo —le exigí cruzándome de brazos—. Sé que no vamos a avanzar hasta que me lo digas, así que...

—Plazas.

—«Plazas», ¿qué?

—Ese es el mote.

—¿Estás tonta o qué? —bramé volviendo a la postura anterior.

—Tía, ¿qué quieres que te diga si me ha venido así? Arrasas en las plazas, no puedes negarlo.

—Hala, ¿ya estás contenta? ¿Podemos retomar el caso, por favor?

Estaba molesta con ella. Y aunque en otro momento me hubiese partido de la risa por aquella caída, me mantuve en mi sitio y me aseguré de que ella también lo hiciese.

—Sí, venga —respondió.

—A ver, hemos descartado a las mujeres —dije reanudando mi análisis y mi paseo—. Por lo tanto, solo nos quedan los hombres. Indalecio estaba con nosotras en el bar, así que él y los que estaban en la terraza de La Tapa quedan también fuera de la lista.

—Sacamos también a nuestros padres —puntualizó caminando en sentido contrario al mío.

—Sí, sí. El mío seguro porque estaba en «chirona». ¡Ay, dios! —solté al caer en la cuenta, deteniéndome—. ¡¡¡Vamos a ir a la cárcel!!! ¿Te das cuenta de lo que hemos hecho?

—No digas eso. Aún hay esperanza.

—¿De qué, tía? Te recuerdo que están terminando el pabellón para mujeres. Y ya has visto la que se ha montado. ¿Eres consciente de la que nos

puede caer? Y ya no solo está que nos detengan, ¡el pueblo entero nos lapidará cuando lo sepan! —grité exasperada. Me estaba costando la vida mantener la calma.

Iris, en cambio, aparentaba estar mucho más tranquila. En el fondo no me extrañó. Por muchas cosas que yo le hubiese contado de la prisión, había mucha más información que ella desconocía, cosas internas que ni siquiera mi padre nos debió contar a mi madre y a mí.

—Hay algo que se te está escapando —comentó.

—¿La calma? —El sarcasmo hablaba por mí.

—Aparte de eso. ¿No crees que de haber querido denunciarnos no lo hubieran hecho ya? No había caído en ello. Aquel planteamiento me abrió una puerta a la esperanza.

—¡Tía, eres un genio! —grité abalanzándome sobre ella para abrazarla.

Pero en cuanto vi su gesto contrariado, me aparté.

—¿Qué pasa? —demandé.

—Pues que... si no nos han delatado, me pregunto qué es lo que quieren de nosotras.

Aquella duda volvió a abrir una brecha y a cerrar de un portazo el optimismo que había empezado a vislumbrar. Era como dar un paso hacia delante y tres hacia atrás. Cuando creía que encontrábamos una salida, las puertas volvían a cerrarse en nuestras narices. Era exasperante.

—¿Crees que querrán dinero? —cuestioné retomando mi inquietante caminata de ida y vuelta.

—¿«Dinero»? ¡Pues con buenas han ido a parar!

—En estos casos la gente suele pedir dinero —argumenté.

—No es un rescate, Plazas.

—¿En serio vas a llamarme así? —inquirí.

—¿Qué quieres que te diga? Prefiero llamarte así antes que *asesina-pepinos*.

—Me quedo con Plazas —claudiqué—. Aunque procura hacerlo cuando nadie nos escuche, no vaya a ser que...

—Prometido —dijo mostrándome la palma de la mano.

—Y si no quieren dinero... —comenté volviendo al tema que nos ocupaba sin dejar de caminar—, ¿qué quieren? ¿Bolsos gratis? ¿Cinturones? ¿Un puesto de trabajo? ¿Un litro de sangre? ¿Nuestras cabezas?

—¿Sabes qué te digo? —dijo deteniéndose en seco sin avisar, provocando que casi chocáramos de frente—. Que esto es perder el tiempo —anunció

volviendo al coche.

—¿Por qué dices eso? —inquirí sin apartarle la vista.

—¡Porque da igual lo que maquinemos aquí! —aseguró alzando los brazos—. No sabemos nada de esos tipos. Puede que, incluso, se trate de alguien que quiera gastarnos una broma.

—¡Pues maldita gracia me hace la broma! ¡Estoy que me parto, vamos! —me quejé—. ¡Espera un momento! ¿Crees que habrán sido los capullos de nuestros ex?

—¡Qué va! No lo creo. Estaban muy ocupados en la fiesta con el tonto del pueblo.

—Pero no sabemos qué hicieron cuando nos marchamos —apuntillé.

—¡Joder, tienes razón! —soltó Iris justo antes de regresar al coche, coger la nota y entregármela—. Mira la letra y dime si es de Aniceto. De Gumersindo no es, te lo aseguro.

La miré una vez más y respondí:

—No, no lo es. Aniceto tiene una letra horrible, y apenas sabe leer.

—¡Qué ojo tuvimos! —comentó con sarcasmo.

—Ya te digo. ¿Y si la nota es de ellas?

—¿Las dueñas del *puti*?

—Sí.

—No creo —confirmó—. Aunque hayan tenido el mismo ojo clínico que tuvimos nosotras en su día, son empresarias y no creo que se presten a perder el tiempo en cosas como esta.

—Puede que tengas razón.

—En serio, tía. Creo que no sirve de nada que estemos aquí cavilando —volvió a insistir.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —pregunté.

—Esperar. Lo que tenga que ser, será. Hasta que no den el siguiente paso, no sabremos de qué va todo esto.

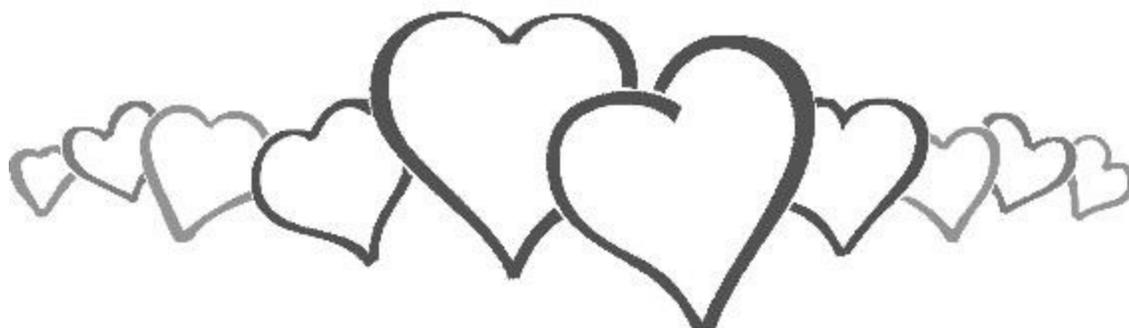
—¿Te das cuenta de lo difícil que va a ser llevarlo a cabo? Esperar no se me da nada bien, y lo sabes.

—Lo sé —admitió—. Pero creo que lo mejor será que sigamos con nuestra rutina sin llamar la atención. No sabemos lo que quieren, y no creo que ir delante del tren tenga ningún sentido.

Si Iris estaba en lo cierto, desenmascarar a las personas que nos habían puesto la nota en el parabrisas del coche no solucionaba nada. Y mucho menos nos sacaba del lío en el que nos habíamos metido. Cada segundo que pasaba

me maldecía por mi brillante idea de cerrar los ojos. Tenía todo el tiempo del mundo para darle aquel abrazo, pero tuve que elegir aquel preciso y puñetero instante.

—Está bien —acepté—, esperaremos. Aunque no estaría de más que vigilásemos el coche por si los pillamos infraganti. Tal vez haya una posibilidad de acabar con esto antes de lo previsto.



La vigilancia y la espera no fue fácil. Si la tarde del domingo fue extraña, la mañana del lunes fue aún peor. Ese día, al llegar a la puerta de la tienda, nos dimos cuenta de que medio pueblo había sido empapelado. Mi coche aún seguía escondido en el garaje de casa. Así pues, cuando Iris aparcó el suyo donde siempre, y al bajar comprobamos que en los carteles se buscaba al asesino de la estatua e incluso se ofrecía recompensa por cualquier información válida, nos quedamos de piedra.

—¡La madre que los parió! —mascullé en voz baja para que solo ella pudiese oírme—. «Asesinos» dice. Si solo fue un puñetero golpecito de nada.

—Baja la voz, que nos van a oír —me riñó.

—Pero, ¿tú has visto la que han montado?

—¿Y qué esperabas?

—Mira —dije señalando el cartelito de marras—. Y encima es por orden del alcalde.

Las dos miramos a nuestro alrededor, y comprobamos que el mismo cartel estaba en todas partes. Tiendas, bares, farolas, bancos e incluso árboles fueron los lugares escogidos por el ayuntamiento para asegurarse de que no quedase nadie en el pueblo sin enterarse de la noticia. ¡Como si eso fuese posible!

—Nuestro rumor no sirvió de nada —susurré con rabia.

—Cálmate y disimula —me pidió.

—No puedo. Estoy que me cargo a alguien.

—No, déjalo, con el Pepino tuviste suficiente.

En ese instante la hubiese matado, pero en cuanto vi lo que decía el final del cartel, me entraron ganas de asesinar a medio pueblo.

—¿Tendrán poca vergüenza? Mira —mascullé.

—*Se recompensará con mil euros a todo aquel que aporte información válida que ayude a dar con el culpable o culpables* —leyó Iris.

—¿Te lo puedes creer? ¿Solo quinientos por cada una? ¡Mi cabeza vale mucho más! —Me moría por volverme y gritarles lo rácanos que eran. Pero en lugar de eso me giré y me adentré en la tienda.

Iris me siguió. Y aunque durante toda la mañana hizo todo lo posible porque me calmara, no lo logró. Estaba asustada, pero también furiosa, enfadada y tremendamente dolida por el poco valor que nos habían dado. ¡Mi libertad valía cien veces eso! ¡Qué digo cien... un millón!

Atender a la clientela no fue fácil. El humor de perros me duró todo el día. Me moría por acabar y encerrarme en mi santuario para olvidarme del mundo. Siempre había deseado salir del pueblo, pero ese lunes deseé literalmente desaparecer, volverme insociable e invisible para el resto del mundo. Excepto para Iris. Apenas pude verla ni hablar con ella por la tarde. La tienda se llenó como nunca. Parecía como si estuviésemos de rebajas o regalando los artículos. Los clientes no dejaban de entrar. El morbo que les causaba ver cómo había quedado Don Pepino hizo que vinieran desde todos los rincones de la comarca. Cuando acabó la jornada, quise morirme. Estaba agotada física y mentalmente. Me quejaba de ello con Iris al salir cuando, de pronto, encontramos otro sobre en el parabrisas.

—Cógelo, yo te cubro —dije colocándome de espaldas al capó para asegurarme de que nadie nos observaba.

—Lo tengo, sube —anunció abriendo el coche.

A toda prisa y sin tiempo que perder, salimos pitando de allí. Nos moríamos por saber qué había dentro.

—¿Has podido ver quién ha sido? —me preguntó Iris mientras conducía.

—¿Con el jaleo que hemos tenido hoy en la tienda? Imposible.

—Pues sea quien sea, debería dejar de hacerlo.

—Mira qué lista —solté con sorna.

—Lo digo porque pueden llamar la atención. Nadie va dejando sobres por ahí. Esto no es la ciudad; aquí no se reparten panfletos de publicidad ni nada

por el estilo.

La conversación continuó hasta que llegamos al mirador del día anterior. Iris detuvo el coche y, tras mirarnos en silencio, sacó el sobre del bolso.

—Ábrelo —le exigí impaciente.

Ella estaba igual que yo. Sus manos temblorosas eran buena prueba de ello. Ni siquiera se molestó en hacerlo con cuidado. Lo rompió y sacó una nota como la del día anterior. Iris me la mostró y yo la agarré del otro extremo.

—¿En serio? ¿Esto es real? —inquirí quitándome las gafas que no había tenido la oportunidad de guardar. Al igual que ella, solo las usaba para trabajar y en contadas ocasiones.

El contenido de aquella nota era tan extraño y surrealista que tuvimos que releerla.

—Sean quienes sean, hay que reconocer que tienen imaginación —comentó asintiendo.

—Eso lo vamos a averiguar ahora mismo, porque vamos a aceptar lo que nos piden.

—¿Estás segura? No sabemos quiénes son.

—Yo te lo diré: los que nos van a librar de ir a «chirona». Arranca —le pedí.

—Es que...

—¡Ni «es que» ni «es co»! No vamos a hablarlo de nuevo. No pienso quedarme aquí otra vez haciendo conjeturas cuando podemos acabar con esto de una vez por todas. Así que actívate, y pon el coche en marcha.

Iris dudó un instante hasta que acabó obedeciéndome. En la nota había una dirección hacia la que pusimos rumbo. También había unas indicaciones. Y pese a que todo apuntaba a que sería algo sencillo, lo cierto es que nos aventurábamos a lo desconocido, y que la voz de mi interior me gritaba que debíamos llevar cuidado.



## Capítulo 4

**IRIS**

## Por fin un poco de emoción

El corazón se me iba a salir por la boca. Conduje durante varios minutos hacia el norte. Mientras cruzábamos Ovejo, repetí mentalmente lo que decía la nota una y otra vez.

*Si aceptáis el juego, no os delataremos.*

*Hostal Verde, a las 22h. Preguntad en recepción por la habitación nº 69.*

Tras avisar a nuestras respectivas madres de que no íbamos a ir a cenar y llevarnos la pertinente reprimenda, llegamos a Villa Híncala Arriba, el pueblo donde se encontraba el punto de encuentro que nos habían indicado.

—Hacía tiempo que no veníamos aquí —comentó Ana mirando por la ventanilla.

—Eso mismo estaba pensando yo —dije recordando que nuestra última visita fue cuando pillamos a nuestros ex en el puticlub.

El hostal estaba a las afueras, colindando con el límite de la comarca. Era el típico alojamiento rural que acogía a senderistas y apasionados de la naturaleza. En el aparcamiento apenas había cuatro coches. Ninguno de ellos nos era conocido.

—Llegó la hora —anuncié al estacionar junto a una furgoneta de reparto.

—¿Pasa algo si digo que estoy hecha un flan?

—Mírame —le pedí—. Yo estoy igual. Pero estamos juntas, y todo va a ir bien, ¿vale?

Aquellas palabras iban tanto para ella como para mí.

—Vale —dijo tras un hondo suspiro.

Pero nada más salir del coche, echó a andar en dirección contraria a la puerta del hostal.

—¡No huyas, pecadora! —inquirí corriendo tras ella.

Ana no contestó. En su lugar, siguió caminando hasta llegar a un lateral del aparcamiento, donde se detuvo y se agachó antes de volverse hacia mí.

—Toma —dijo dándome una enorme piedra que acababa de coger del suelo.

—Ya tengo pisapapeles.

—A falta de spray de pimienta, esto es lo mejor que tenemos —aseguró guardándose una igual en su bolso.

—¿Has cogido una piedra como arma de defensa? —pregunté atónita.

—¿Se te ocurre algo mejor, lista? ¿Y si son asesinos en serie?

—¿Y has esperado a este momento para soltarme algo así?

—¡Joder, cuando me ha venido a la cabeza! —se justificó.

—Lo importante es arañarles para recoger ADN bajo las uñas.

—¿Se te ha ido la pinza?

—¡Le dijo la sartén al cazo! —me defendí.

—No pienso ir a la cárcel —aseguró—, pero a la morgue tampoco. Así que guárdate eso y acabemos con esto.

—Está bien —claudiqué—. Pero, en serio, si vemos algo raro, nos largamos pitando. ¿Entendido?

—Eso no hacía falta que lo dijeras, Bill Gates.

No fui consciente de lo que pesaba la dichosa piedra hasta que me la guardé en el bolso.

—¿No había otra más grande? —protesté. Apenas habíamos caminado un par de pasos y ya tenía el hombro hecho polvo.

—¡No te quejes más! —bramó sin mirar atrás, directa hacia la entrada del hostel.

Con la espalda inclinada hacia un lado, llegamos juntas a recepción. La nota decía que debíamos preguntar por la habitación 69, y así lo hicimos.

—Ah, son ustedes —comentó con una risita el anciano que había al otro lado del mostrador—. Esperen un momento. Tengo aquí algo que... —anunció girándose hacia una estantería con departamentos numerados. Junto a ella, un folio viejo que en sus mejores tiempos haría la función de cartel, indicaba que las habitaciones estaban en la planta de arriba—. Aquí tienen —dijo al volverse—. Los chicos me pidieron que les diera esto cuando llegaran.

El hombre nos entregó un sobre, igual a los anteriores, y una llave que colgaba de un llavero enorme de madera con el número de la habitación pirograbado.

—¿Puede decirnos cuantos son? —pregunté cogiendo ambas cosas del mostrador.

—Claro, son dos. Y muy majos, por cierto.

—¿Podría contarnos algo más? —intervino Ana.

—¿Han quedado con ellos y no los conocen? —La forma en que nos miró me hizo reaccionar al instante.

—Sí, por supuesto —respondí forzando una sonrisa—. Nos referimos a si sabe algo de la sorpresa que quieren darnos. Son unos bromistas, ya sabe — De nuevo me vi en mi mente alzando el Óscar ante la multitud.

—Hombre, muy bromistas yo no los veo, pero si usted lo dice —comentó el anciano.

—Calla, que la estás cagando —masculló por lo bajini Ana.

—Coño, y yo qué sabía —respondí de igual forma.

—Bueno, gracias por todo —dijo Ana, tirando de mí.

—De nada. Disfruten de la velada —se despidió el hombre.

El anciano se sentó para retomar lo que estuviera haciendo, y nosotras cruzamos la puerta que daba paso al interior del hostel. Al otro lado, había un recibidor del que nacían las escaleras que llevaban hasta la planta de arriba, junto a un pequeño ascensor que, de seguro, había vivido tiempos mejores.

—Ábrelo —me apremió Ana inquieta.

La nota que había dentro del sobre era también muy clara. En ella se nos indicaba que esperásemos en la habitación a su llegada. También decía que debíamos hacerlo con lo que nos habían dejado al entrar. El final hacía mención al juego, el cual daban por hecho que habíamos aceptado al haber llegado hasta allí.

La habitación con el número 69 estaba al final del pasillo, lo que no hacía más que aumentar el misterio. Durante el recorrido no escuchamos nada; había tal silencio, que nos puso el vello de punta.

Al llegar, miré a Ana, y tras asentir para darnos ánimos una a la otra, metí la llave en la cerradura, y abrí la puerta. La luz estaba apagada. Ella metió la mano hasta dar con el interruptor. Con precavido cuidado, nos asomamos antes de adentrarnos.

—¿Hola? —saludó, aunque, tal y como esperábamos, allí no había nadie.

La habitación era como la de cualquier hotel, aunque mucho más modesta y sin grandes lujos. Al fondo, una cama doble, cubierta por una colcha blanca, presidía la estancia. A su lado, dos sencillas mesillas del mismo color. A la derecha, había un pequeño armario, y junto a él, la puerta que, suponía, daba acceso directo al baño. A nuestro lado izquierdo, había una pequeña mesita con taburete, y sobre ellos, una televisión que colgaba de la pared.

—¡No me lo puedo creer! —soltó Ana al acercarse a los pies de la cama.

Curiosa, la seguí y a punto estuvo de darme un ataque de risa al ver de qué se trataba. Eran dos antifaces con tela de leopardo.

—Ya se podían haber estirado —gruñó—. Estos son del chino.

—¿Qué esperabas? —pregunté recorriéndome toda la habitación para asegurarme de que estábamos a solas.

—Ay, no sé. Pero algo con más calidad que esto.

—¿Y ahora qué? —dije tras la corta ruta—. ¿Esperamos a que venga el Grey y nos ate? —me mofé mirando a mi alrededor.

—¡Ay! ¿Te imaginas?

—Lo he dicho de coña, Plazas —No podía creer que le entusiasmara la idea.

No se lo dije, pero en el fondo pensaba lo mismo que ella. Aunque, por mucha imaginación que le echase, aquello lo único que tenía en común con el famoso cuarto rojo era solo la primera palabra. Allí no había cadenas, ni esposas, ni látigos, ni tampoco estaba por ningún lado el famoso color rojo. Eso sin contar que ponía mucho en duda que por la puerta apareciese ningún millonario.

—¿Qué hacemos ahora? —Me sentía inquieta y no podía parar de moverme.

—Pues lo que dice la nota. ¿No hemos venido hasta aquí? Pues hala, al lío.

Ante mi atónita mirada, Ana dejó el bolso a los pies de la cama donde se sentó y se probó el antifaz.

—¡Ay va mi madre! —comentó sonriendo—. ¡Se ve todo!

«Adiós al millonario».

—Ya no me parece tan mala idea que sea del chino —añadió—. Esto nos permitirá verlos sin que ellos lo sepan.

Aquella idea me gustó.

—Nos da algo de ventaja por si debemos salir corriendo —comenté cogiendo el mío.

Unos pasos provenientes del pasillo, nos enmudeció al instante.

—¡Joder, joder, joder! —susurré aturullándome por ponerme el antifaz y repetir los pasos de Ana—. Coge el bolso —le advertí por aquello de la piedra.

—No hace falta —musitó.

—¿Me has hecho cargar con este muerto para ahora soltarme eso? —Me moría de ganas por gritarle.

—Es que ahora lo tengo claro.

—¿El qué? —pregunté con el corazón en un puño.

—Todo esto. Un hostel, el número de la habitación, los antifaces... ¡Hoy mojamos!

Casi me da un infarto y ella pensando en...

—¿Te has parado a pensar que sean feos o viejos?

Los pasos se escuchaban cada vez más cerca.

—Cualquier cosa con tal de no ir a donde tú ya sabes —aseguró frunciendo el ceño. Tenía razón, se vía todo a través de la tela.

—¿Te da igual? —Estaba sorprendida de ver con qué tranquilidad había aceptado la situación y de qué forma le había dado la vuelta a todo.

—Tampoco es eso, tía —respondió de forma atropellada—. Pero, ¿qué más te da? Si hay que mojar, se moja.

—¡Esto es el colmo, además de asesinas, ahora somos putas! ¡Nos van a dar una medalla!

—Yo lo único que digo es que estemos abiertas a todo.

Ya estaban aquí.

—Sí, sobre todo abiertas —bramé lo más bajo que pude.

—Tú cierra los ojos, finge que te vas y listo.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —rematé.

El sonido del cerrojo detuvo nuestra charla. Había llegado el momento. Ana estaba sentada a mi lado con las manos apoyadas en los muslos, mientras que yo aguardaba con la mano metida en el bolso, sintiendo la fuerza con la que los latidos bajaban hasta mis dedos con los que agarraba la piedra. A través de la tela pudimos ver cómo el pomo comenzó a girar. Ya no había marcha atrás. Fue entonces cuando ella me cogió la mano que me quedaba libre. Estaba a mi derecha, y pese a que se había hecho la fuerte segundos antes, sabía que estaba tan asustada e intrigada como yo.

La puerta se abrió, y dos enormes siluetas aparecieron ante nuestros ojos. El antifaz me permitió ver que se trataba de dos hombres, aunque no pude reconocerlos debido a la distancia que nos separaba. Como si me leyese el pensamiento, uno de ellos, el más alto, se adelantó hasta colocarse frente a nosotras. Era moreno, fornido y muy guapo.

—¡Vaya, habéis venido! —dijo con una voz tan grave como mis palpitaciones.

Pero cuando, tras cerrar la puerta, su amigo apareció tras él, mi corazón dejó de latir. La habitación se iluminó con su entrada, y yo ya no podía apartar los ojos de él. Era un poco más bajo que su amigo, tenía el pelo teñido de

canas, lo que acentuaba su atractivo, y una mirada que hipnotizaba incluso a través de la máscara.

No dijeron nada más. Solo se limitaron a quitarse las chaquetas. Aquello duró un instante, unos cortos segundos que acabaron convirtiéndose en un auténtico espectáculo, y que fueron más que suficientes para estremecerme. Eran ellos, no cabía la menor duda. Ana también los reconoció a juzgar por el apretón que me dio, con el que casi consiguió arrancarme la mano. Yo no podía dejar de mirar al canoso, ni siquiera mientras ambos dejaron las prendas sobre la mesita que tenían a su izquierda. Estaba demasiado embelesada contemplando aquellos corpulentos brazos, a juego con su enorme espalda, que se intuía bajo la entallada camisa blanca que llevaba. No había visto nunca nada igual. El destino me había devuelto al «cuatro palmos» de la verbena de Ovejo, y fue entonces cuando supe que no debía perder la oportunidad.

—Nos alegra ver que habéis aceptado el juego —comentó el moreno al volver a su posición inicial.

—Aún no sabemos en qué consiste —le contestó Ana.

—Tía, está claro —le susurré sin mover los labios.

—Quiero oírlo de él —dijo en voz alta para provocarlo.

—Muy pronto lo sabrás, *morena*.

El modo en que se dirigió a ella, invadió la habitación de deseo.

—Que hayáis venido hasta aquí es un buen paso —añadió el canoso, llamando nuevamente toda mi atención.

Su voz era grave e intensa, tanto o más que la de su amigo. Pero, a diferencia de él, la suya llevaba impresa dulzura que, acompañada de su elegancia y porte, formaba un tándem perfecto.

—¿Cómo os llamáis? —demandé para poder ponerle nombre a aquel rostro que me tenía obnubilada.

—¡Nada de nombres! —contestó el moreno—. Las condiciones las ponemos nosotros.

Por el acento de ambos, supe que no eran de allí.

—¿Qué vais a hacernos? —le preguntó Ana.

—Llegar al cielo —respondió con arrogancia.

—El aeropuerto me pilló un poco lejos —se mofó.

—Vaya, la morena me ha salido guerrera —susurró acercándose a ella—.

Eso me gusta.

—No os haremos nada que no queráis —intervino su amigo. Su voz sonaba

sincera.

—Sin nombres y sin conocer las normas. Poca ventaja llevamos, ¿no creéis? —Ana volvía a la carga.

—¿Acaso no te gustan las sorpresas, *morena*?

Aquel hombre desprendía una seguridad abrumadora.

—No, si no son agradables —le respondió Ana con un hilo de voz. Estaba muy nerviosa; podía sentirlo por el calor que emanaba de su mano.

Convencido de que no le veíamos y de que era él quien llevaba las riendas de la situación, se inclinó hacia ella hasta quedar a escasos centímetros de su cara. Aquel hombre era el morbo en persona, y Ana su presa. El modo en que devoró con la mirada sus labios la obligó a tragar saliva, sobre todo cuando, de forma insultantemente seductora, se acercó a su cuello e inspiró profundo para embeberse de su olor.

—Si sabes igual que hueles —anunció de forma lenta y pausada—, te aseguro que lo serán.

Solo con ver lo que estaba pasando se me erizó cada centímetro del cuerpo. No podía creer que estuviese ocurriendo, y mucho menos imaginar cómo debía sentirse ella. Aquella provocación fue lo más apasionante que ninguna de las dos habíamos vivido jamás. Podía notar cómo la testosterona que ambos emanaban se inyectaba a fuego en nuestras pieles. Era una situación insólita, singular y extraña hasta lo inimaginable, pero excitante hasta doler.

—¿Y qué ganamos nosotras? —pregunté apartando la vista hacia el amigo. Si de eso iba a consistir la partida, yo tenía claro a quién quería de compañero de juego.

—Nuestro silencio —me respondió.

Pero a diferencia del moreno él no se acercó. Se mantuvo en su sitio, a un par de pasos de donde me encontraba. Debía estar perdiendo el juicio, porque a pesar de estar en una habitación de hostel con dos completos desconocidos que nos estaban haciendo chantaje, mi cuerpo me pedía a gritos tener lo mismo que estaba obteniendo mi mejor amiga.

—¿Y cómo sabemos que vais a cumplirlo? —Quería provocarlo, conseguir que, al menos, acertara algo la distancia que nos separaba.

—Somos hombres de palabra.

—¿Y cómo sabemos que sabéis que fuimos nosotras? —insistí.

—Estábamos allí —me aseguró.

—¿Dónde? No vimos a nadie.

—Dentro del coche. Os vimos llegar, chocar contra la estatua y

aguardábamos a ver qué ocurría.

—No es que os matarais por socorrernos, que digamos —me quejé.

Mi plan no estaba surtiendo efecto. Aquel hombre no era fácil de provocar, y lo único que estaba consiguiendo era cabrearme a cada segundo que transcurría.

—Vimos que nos os pasó nada y decidimos recabar pruebas.

—¿Nos grabasteis? —No sabía si mandarlo a la mierda o felicitarlo, porque yo hubiese hecho lo mismo; aunque eso jamás se lo confesaría.

—Sí, rubia. Eso hicimos.

Aquel sencillo adjetivo hizo que volviera a sentirme dentro de la partida. Pude percibir cómo mi pequeño mosqueo se volatilizaba, y en su lugar volvía a aparecer el hombre que tanto me interesaba.

—¿Con móvil? —inquirí.

—Sí —respondió mostrando seguridad.

—Entonces no sé qué hacemos aquí —dije levantándome sin poder evitar que aflorara la parte más friki de mi yo interior—. Solo existen dos móviles de alta gama en el mercado capaces de captar una imagen nocturna lo suficientemente nítida como para que se puedan reconocer los rostros. Eso sin contar que no salimos del coche y que en el interior estaba oscuro. Así que, dudo mucho que esa grabación pueda servirnos como prueba, y mucho menos como excusa para retenernos aquí.

—Cámara trasera de veinte megapíxeles —comentó de pronto dando un paso hacia mí hasta casi chocarnos.

—Las fotos no sirven existiendo Photoshop.

—Puedo sacarte las que quieras del vídeo.

La cosa se estaba poniendo interesante.

—¿Grabación? —inquirí.

—En 4k.

—¿A cuánto?

—A sesenta pies por segundo.

—Solo hay un móvil que pueda hacer eso, y es el...

—iPhone XS —dijimos al unísono.

Aquello me puso cachonda. Puede que penséis que estoy loca, pero era la primera vez en toda mi existencia que tenía ante mí a alguien que le gustaba la tecnología tanto como a mí, a alguien que podía entenderme sin que acabase pensando que me faltaba un tornillo o que hablaba en otro idioma. Me moría por mandar el juego a freír puñetas y por tener la oportunidad de pasarme

horas conversando con él. Eso sin contar que, tras la charla y casi con toda seguridad, el chantaje perdería su valor en el sentido estricto de la palabra porque sería yo misma la que lo lanzaría sobre la cama y le gritaría a pleno pulmón que me hiciese suya.

Pero contra todo pronóstico, Ana, de la que me había olvidado por un instante, nos interrumpió enzarzándose con el moreno y quitándose el antifaz ante la sorpresa de todos.

—¿Qué haces? El juego estaba diseñado para que no supierais quiénes éramos —le inquirió su más que declarado contrincante.

—Pues haberos estirado más. ¿Queréis jugar? De acuerdo, ¡juguemos! —anunció con una seguridad que hasta a mí me pasmó—. Pero las reglas las ponemos los cuatro.

Sus últimas palabras sembraron la duda entre los dos hombres quienes, con la mirada, se buscaron para consultarse. Orgullosa de mi amiga, convertida desde ese instante en mi mayor aliada y heroína, seguí sus pasos y me quité mi antifaz, al tiempo que apreté su mano y le hice saber mi total y absoluta aprobación a su postura.

—¿Lo tomáis o lo dejáis? —intervine uniéndome a ella.

Ana había conseguido con tan solo un gesto convertir el juego en un reto, algo que pareció gustarles porque, en apenas unos segundos, ambos se volvieron hacia nosotras y nos confirmaron que estaba de acuerdo.

—Pero con condiciones —añadió el moreno.

—¿Cuáles? —Ana parecía un miura enfrentándose sin miedo a aquel hombre, pese a que le sacaba más de una cabeza.

—Nada de nombres —sentenció tan cerca de ella, que parecían una sola persona.

—Eso ya lo has dicho —le replicó.

—Nada de preguntas personales ni preguntas absurdas —añadió con voz cortante y firme.

—¿A qué llamas tú absurdas?

—A la que acabas de hacer, por ejemplo.

«Se va a liar parda», pensé al ver lo enfurecida que la estaba poniendo. Ana siempre había sido una chica refinada con un saber estar exquisito, pero cuando se enfadaba era mejor no tenerla cerca por lo que pudiera pasar.

—La siguiente condición —anunció mi compañero de juego, consiguiendo acaparar la atención de todos y, de paso, suavizar la tensión—, es que no os vamos a tocar.

—¿Por qué? —demandé sin pensar. En cuanto me escuché me di cuenta de que la pregunta me salió con cierto tono apenado.

—No os vamos a hacer nada que no queráis —aseguró.

«Pero si eso es precisamente lo que quiero», pensé con aquella frase aún clavada en la sien de «no os vamos a tocar». Y aún más al encontrarme frente a frente a su rostro. Era mucho más atractivo en directo, sin tela de por medio. Sus rasgos eran suaves, a juego con sus ojos claros del color del cielo y una mirada que podría hipnotizarme con tan solo un guiño.

—¡Me parece perfecto! —soltó Ana furiosa. Su duelo con el moreno estaba en su momento álgido y no parecía dispuesta a ceder.

Con el temor a que me echara a perder el plan y todo se fuera al garete, me giré para dedicarle una mirada de las mías. Necesitaba que supiera que no estaba de acuerdo, que yo sí quería jugar aquella partida, y que, a diferencia de ella, a mí sí me gustaba mi compañero de juego. Pero ella no me miró. Estaba demasiado ocupada enfrentándose a su adversario, tanto, que en aquel momento me di cuenta de que era ella la que se había olvidado de mí.

—¿Y qué haremos entonces? —pregunté volviendo a dirigirme al canoso. Él era el único que me miraba cuando hablaba.

—Dejarte llevar.

Su respuesta fue firme, contundente, y muy muy seductora. El tono que empleó consiguió que de nuevo me centrara solo en él. No era prepotente, carecía de ello. Pero sí autoritario, inalterable, lo que me resultaba tremendamente cautivador. Me estremecí con solo escucharlo, con solo aguantarle la mirada y de vivir en primera persona el modo en que me miraba. Aquel hombre tenía todo lo que había deseado toda mi vida, y todo cuanto hiciese o dijese, me resultaba tentador. Tenía algo que escapaba a mi control, y eso me gustaba.

—Hay algo más —anunció de pronto el moreno. Era experto en interrumpir los mejores momentos.

—¿No tienes suficiente? —Ana parecía dispuesta a mostrarle las uñas.

—Todo el que se quede en esta habitación es porque quiere y porque acepta las normas. Somos mayorcitos y sabemos de qué va esto. Así que, si alguien no está de acuerdo, ahora es el momento de largarse. ¿Entendido?

A punto estuve de contestarle «¡señor, sí señor!» Era tan estricto y severo a la hora de expresarse que me provocaba escalofríos.

—No me das miedo —le respondió ella sin apartar la vista de él.

Yo me giré para mirar a mi compañero. Buscaba en él la calma que no

tenía. Y la encontré. Una vez más sus ojos me apaciguaron y me dieron la confianza que tanto necesitaba. Fue entonces cuando asentí, aceptando y consintiendo las normas que acabábamos de crear. Habíamos llegado a un entendimiento entre ambas partes, y aun a riesgo de no conocer a ciencia cierta en qué iba a consistir, solo sabía algo seguro: no nos iban a tocar.

Con cruces de miradas, largos silencios y sonoras respiraciones, el morbo ya no era lo único que predominaba en la habitación, pues el misterio le acompañaba y lo envolvía, consiguiendo así hacerlo mucho más interesante de lo que había imaginado. Para nosotras era algo completamente nuevo. Y aunque en cualquier circunstancia jamás hubiese aceptado encontrarme en aquella situación, lo cierto es, que para mis adentros lo único que sentí fue que lo que estaba haciendo era lo correcto, que debía seguir adelante porque, por fin, iba a recibir lo que tanto merecía.



## Capítulo 5

ANA

## Comienza el juego

—No es miedo lo que quiero darte, precisamente —me soltó con chulería en respuesta a mi arrojito de que no le temía.

¿Quién se había creído que era? ¿Cómo podía hablarme de aquella forma sin conocerme? Vale que nunca había conocido a nadie con su planta, su porte, ni con una cara como la suya, ni con su cuerpo, ni brazos, ni... ¡basta! Está bien, lo reconozco, verlo era un regalo para la vista, pero soportarlo... era un suplicio para el oído.

—Es que a mí los fantasmas me dan miedo, fíjate tú por dónde —le contesté, harta de su altanería.

Mi respuesta no le hizo gracia; se encargó de hacérmelo saber bufando por la nariz todo lo fuerte que pudo. Y no fue al único al que le molestó; Iris, me dio un pequeño golpe en la mano a modo de aviso por estar pasándome. Resoplé. Lo hice resignada por ella. Sabía que le gustaba el amigo del fantasma; no había más que ver la cara con la que lo miraba. Pero no era de extrañar, su chico parecía tener mucha más educación que el mío, hecho que me dio pie a preguntarme ¿quién puñetas había hecho las reparticiones y por qué a mí me había tocado el más capullo?

—Eso ya lo veremos, morena —dijo volviéndose hacia la mesita que había junto a la entrada.

Tras trastear de espaldas a nosotras, comenzó a sonar una música. Era The Weeknd, un cantante, productor y compositor canadiense al que reconocí nada más escuchar los primeros acordes. No se lo reconocería ni bajo un instrumento de tortura, pero el muy condenado tenía buen gusto.

—Comienza el juego —comentó de pronto el canoso, quitándose la camisa, de Ralph Lauren, por cierto.

Aquella provocación fue bien recibida por Iris. ¿Qué digo «bien»? ¡Estaba hiperventilando! Se la veía tan encantada que hasta tenía miedo de que acabase formando un charco en el suelo. Solo la había visto babear así en un par de ocasiones, y siempre había tenido que ver con sus cacharros, que solía comprarse en Amazon. Aquel hombre era su tipo; la conocía demasiado bien como para saberlo. Tal y como a ella le gustaba, tenía el torso completamente depilado. Y aunque no era excesivamente guapo, sí que desprendía un atractivo que no pasó desapercibido para ninguna de las dos.

—Ahora vuelvo —anunció mi contrincante de pronto, desapareciendo por la puerta del baño.

¡Perfecto! Por si no tenía suficiente con la situación surrealista que estábamos viviendo, me faltó tener que quedarme de espectadora, siendo testigo de cómo Iris y su compañero de partida se comían con la mirada. ¿En eso iba a consistir el juego? ¿En tener que quedarme de suplente en el banquillo?

Ignorando mi presencia, la ausencia de su amigo, y por supuesto mis internos pensamientos, el canoso, sin dejar de mirarla, dio un paso hasta ella hasta casi rozarla.

—Cierra esos ojos preciosos que tienes —le ordenó.

Aquel hombre sabía cómo provocar a una mujer. Era elegante, cortés, adulador... algo que incluso sin vestir podía apreciarse. Su saber estar encandilaba, al igual que la confianza que demostraba tener de sí mismo. Iris obedeció, rendida ante su voz dulce y seductora. No era para menos. Yo observé la escena sin poder apartar la vista de ellos. Tal vez no debí mirar. Tal vez debí concederles la intimidad que cualquier pareja querría y necesitaría en un momento así. Y tal vez debí guardar las distancias, e inclusive apartarme un par de pasos. Pero no lo hice. Me quedé paralizada, anclada al suelo sin poder reaccionar, y sin dejar de observarlos. Puede que fuese la música, o el hecho de encontrarme en una habitación de hostel, aún no lo sé. Pero lo que sí sé, es que acabé dejándome invadir por el morbo que ambos desprendían. Desde mi posición podía escuchar cómo ella respiraba. Era excitante. Lo hacía de forma agitada e impúdica por su cercanía y confianza arrolladora. Aquello me contagió, y antes de que pudiese darme cuenta yo respiraba de igual modo que ella.

—Cierra la boca, que babeas —me soltó de pronto el moreno, apareciendo sin previo aviso a mi lado.

En un acto reflejo me revolví y le di un buen manotazo.

—¿Qué haces? —se quejó.

—¿Qué hago yo? ¿Qué haces tú? ¡Me has asustado! —me defendí enojada por su forma de aparecer, y por saberme descubierta mirando embobada a nuestros amigos.

No tenía por qué quejarse. Era imposible que le hubiese hecho daño, porque tenía el pecho más duro que la piedra que aún llevaba en el bolso.

Con una sonrisa ladina que consiguió alterarme aún más, se posicionó frente a mí, e hizo lo mismo que su amigo. Sin dejar de mirarme, comenzó a

desabrocharse los botones de la camisa. El muy sinvergüenza se tomó su tiempo en hacerlo. Lo hizo de forma tan pausada, que acompasó a la música que seguía sonando de fondo desde la mesita. Pero si aquello me pareció una tortura, no fue nada comparado con lo que sentí al verle con el torso desnudo. Casi tuve que sujetarme la mandíbula para que no acabase desencajándose y estampándose contra el suelo. Lo que veían mis ojos no podía ser real. Era imposible. Aquel pecho no podía ser auténtico, debía tener una armadura bajo la piel o algo parecido. Era enorme, musculoso en su justa medida, y con un poco de vello oscuro en el centro, de ese en el que pasarías horas enredando el dedo mientras te dejabas abrazar por su brazo tras una intensa jornada de sexo. ¡Y qué brazos! No había visto algo así en toda mi vida. Eran inmensos, definidos, con la anchura y las curvas imperiosas fruto de horas y horas de gimnasio, y todos ellos cubiertos por tatuajes en negro y a color.

No le fue difícil darse cuenta de lo embobada que estaba, y me lo hizo saber obsequiándome con una descarada y atrevida sonrisa. Tragué saliva. Me había vuelto a pillar, y esta vez no tenía excusa.

—Has roto una de las normas —dijo en tono soberbio, asegurándose de romper la magia del momento.

—Te lo he dicho, me asustan los fantasmas —bramé alzando por primera vez la mirada desde que salió del baño, sacando la poca rabia que me quedaba.

Fue entonces cuando pude darme cuenta de lo guapo que era. Tenía el pelo negro, ondulado a la altura de las orejas. Sus ojos eran intensos, oscuros y enmarcados por unas pestañas que para mí hubiese querido. Sus cejas eran varoniles, su nariz era simplemente perfecta, y sus labios... ¡Oh, dios mío! Sus labios carnosos eran pura tentación.

—Las normas se han acordado entre los cuatro —insistió.

Desconocía por qué me irritaba tanto, porque, lo quisiera o no, eso era lo que estaba haciendo.

—Hasta donde yo recuerdo esa norma era para vosotros, no para nosotras —me defendí haciendo un esfuerzo titánico por mantenerle la mirada.

—¿Es eso lo que quieres, *morena*? ¿Tocarme?

¿Cómo se aguantaba a sí mismo siendo tan chulo y perdonavidas? Me encendía como nadie. Ni siquiera recordaba sentirme así el día que descubrimos a nuestros ex en el local de sus ahora novias. No, aquello fue la crónica de una muerte anunciada y esto no tenía nada que ver. Esto era provocación impregnada en desfachatez, en insolencia y en...

—Lo siento, pero no puedes —dijo colocándose a escasos centímetros de mí.

Si antes cualquiera de los que estábamos en aquel cuarto podíamos escuchar el sonido de mi respiración, en aquel momento estaba segura de que cualquier huésped del hostel sería también capaz de hacerlo. Bufé. Bufé como nunca antes. Y lo hice con tanta fuerza que temí por un instante que algo indebido saliese disparado, motivo por el que cambié de orificio, y comencé a hacerlo por la boca.

—Tú no eres nadie para decirme lo que debo o no debo hacer —bramé plantándole cara.

No era cierto, pero odiaba tener que darle la razón. Las normas eran tan claras como el motivo que nos había llevado hasta allí. De hecho, si una de las dos se empeñó en acudir a la cita para evadir la cárcel, esa fui precisamente yo.

—Sabes que eso no es cierto, y que puedo hacer contigo lo que quiera —me contestó.

Su voz sonó tan firme y seductora que las rodillas me temblaron. Estaba ante un cuerpo imponente que me intimidaba hasta hacerme perder la noción del tiempo y del espacio. Aquello no estaba resultando nada fácil, y mi interior era tan consciente de ello como lo era yo.

—¡Eso habrá que verlo! —le reté.

Ni yo misma supe de dónde sacaba las fuerzas para hacerlo.

—Me gusta tu forma de ser, *morena* —susurró con voz tan varonil, que creí que me iba a caer de un momento a otro.

—Mira, es lo primero en lo que estamos de acuerdo —gruñí, mintiendo como una bellaca.

Nuestros amigos habían empezado la partida y nosotros aún estábamos en la casilla de salida. En el fondo yo quería lo mismo que ella, quería sentirme deseada y no vapuleada como lo estaba siendo.

—Aunque creía que en los pueblos os enseñaban modales —añadió.

—¿Perdona? —Una parte de mí me animaba a abalanzarme sobre él, subirme a horcajadas y arrancarle hasta el último pelo de su brillante cabellera. La otra hacía lo mismo, pero le metía la lengua hasta el gaznate—. ¡Desconozco con quién te has topado antes de venir aquí, pero te aseguro que aquí la gente es mucho más educada que en la ciudad!

Otra mentira. Ya puestos, ¿para qué íbamos a escatimar?

—Sé que te pongo nerviosa, y con eso me conformo —susurró

acercándose hasta casi rozarme.

—Te equivocas, *moreno* —le rebatí pronunciando la última palabra con retintín—. No estoy nerviosa, sino cabreada.

Pinocho a mi lado era un mindundi. «¡Ana, céntrate!», me reñí a mí misma.

—Me gusta que me llames así —respondió con una sonrisa capaz de derretir el maldito Polo Norte, incluyendo a los renos y al mismísimo Papá Noel.

—Te crees más listo que nadie, ¿verdad?

Y más guapo. Aunque esto lo dije solo para mí. Necesitaba acogerme a la rabia para no acabar rendida a sus pies, los cuales, por cierto, aún no había tenido oportunidad de ver.

—Que estés aquí lo prueba, ¿no crees?

Bufé de nuevo. Y volví a cambiar de orificio. Su chulería me estaba llevando al límite, como lo hacía su torso desnudo, sin un ápice de grasa y con lo que debían ser varias capas de fibra una encima de la otra. Era tan alto que su estómago me llegaba a la altura del pecho. Estaba erguido, firme, y con la cabeza inclinada hacia mí, estirando el cuello todo lo que daba de sí. Parecía que iba a besarme de un momento a otro, aunque sabía que no lo haría... para mi desgracia.

—Solo he venido por interés —le aclaré intentando sonar convincente. No lo logré.

—Y no te has ido por eso mismo —replicó.

«¡Mierda!».

—No me he ido por ella —afirmé inclinando la cabeza hacia Iris.

—¿Estás segura? —cuestionó mirando hacia donde yo había apuntado.

Su sonrisa ladina me hizo girarme. Y fue entonces cuando me quedé de pasta de boniato al ver a Iris sobando al canoso todo lo que los brazos le daban de sí. ¿En qué momento mi mejor amiga se había convertido en un pendón?

—Será que él ha sabido ganársela —solté con descaro volviendo a mirarlo a los ojos. Necesitaba hacerlo rabiar, ponerlo a la misma altura en la que estaba yo... en el subsuelo del subsuelo, si es que acaso eso existía.

—¿Subestimándome? —inquirió con chulería.

—Siempre que tú lo hagas conmigo —afirmé.

Mi respuesta no debió de gustarle porque, de pronto, se apartó y comenzó a caminar alrededor de mí. Me rodeó muy despacio, lenta y agonizantemente, tomándose su tiempo para observarme, lo que logró inquietarme aún más si

cabe.

—Cierra los ojos —musitó acariciándome con la voz el lóbulo de la oreja —. Y recógete el pelo —añadió.

En otro momento, en otro instante y en cualquier otra situación le hubiese soltado cuatro cosas bien dichas. Pero el morbo pudo conmigo..., y acabé cediendo. Me recogí el pelo tal y como me había pedido. Siempre llevo una goma en la muñeca, y tras un par de vueltas, me hice una coleta.

—Tienes un cuello precioso —El runruneo de su timbre y la brisa que emanó de su boca me erizó la piel.

En mi interior me cuestionaba cómo era posible que sin incumplir el acuerdo pudiese llegar a hacerme sentir de aquel modo. Su descaro era irritante a la vez que tentador. El corazón se me aceleraba en cada susurro, en cada movimiento que, sin previo aviso, originaba tras de mí. No podía verlo, pero podía notar y saber con precisión dónde se encontraba en cada momento. Estábamos tan cerca el uno del otro que cada oscilación podía sentirla como si fuese mía.

—Eres preciosa —musitó en mi nuca.

Tragué saliva. Aquel misterioso hombre, del que no sabía nada, estaba despertando en mí algo completamente nuevo y que, hasta aquella noche, desconocía que pudiese existir. Me estremecía cada vez que se movía, y por la forma en que me hacía anhelar su siguiente movimiento. Mi mente bullía a gran velocidad, como lo hacían mis latidos, acompañados de una agitada respiración que, esta vez sí, acompasaba a la de mi amiga. Sin tocarme había conseguido que deseara con todas mis fuerzas que incumpliera el trato, que dejase a un lado las normas y que se dejara llevar por el morbo que a los cuatro nos invadía. No pude evitar pensar en sus brazos, en lo increíbles que eran y en cómo debía ser sentirlos abrazándome y abocándome hacia él para después inundarme a besos. Unos besos que vendrían acompañados de caricias, de roces incontrolados y deseos desenfrenados. En cómo debían ser sus labios sobre mi cuello, mis hombros, mi...

—Ahora os toca a vosotras —anunció de pronto, cortándome en seco mi impúdica escena.

Abrí los ojos, y lo encontré frente a mí, a un paso de distancia. A su lado, le acompañaba su amigo. Miré a Iris que, sin moverse del mío, contemplaba la escena tan tranquila.

—¿Queréis que hagamos el paseíllo? —inquirí nerviosa.

—¿Así es como llamas a lo que te he hecho? —preguntó entre risas. El

canoso se le unió.

—Sí. Solo te han faltado las orejas y el rabo —bramé.

No sabía de dónde sacaba todo aquello, pero lo último que podía esperarme era aquella reacción tan, cuanto menos, rocambolesca. Estaba molesta, sí. ¿Cómo no iba a estarlo después de cortarme el rollo?

—Tía, ¿qué dices? —Iris no sabía qué hacer para que me callara.

—Ellos hacen lo que quieren, yo también —me defendí.

Parecía estar de su lado, y aquello me enfureció aún más. No sabía de qué iba todo aquello e intenté aclararlo con ella. Mientras lo hacíamos, ellos seguían allí parados, contemplando la escena como meros observadores. Hasta que, de pronto, el moreno, más digno que una folklórica, se cruzó de brazos y nos soltó:

—Besaros.

—¿Quiénes? ¿Nosotras? —inquirí volviéndome hacia él.

—Sí —respondió el canoso quien, con la misma postura que su amigo, no le quitaba el ojo a Iris.

—¡No pienso hacer eso! —gruñí.

—¿Te rajas? —me preguntó con soberbia.

¿Qué hacía? ¿Le daba un tortazo o sacaba la piedra y se la estampaba en la cabeza?

—Por mí no hay problema —anunció Iris, dejándome de pasta de boniato.

—¿Te has vuelto loca? —mascullé volviéndome hacia ella.

—Tía, ¿qué hay de malo? —me preguntó como si nada, como si lo que nos acababan de decir fuese algo habitual como ir a comprar el pan.

En su mirada ya no había reproche alguno, sino ruego. Un ruego que, sabía, venía dado por sus ganas de que el juego continuase.

—Solo si lo hacéis vosotros —claudiqué dirigiéndome a ellos. Si la partida era cosa de cuatro, que siguiese siendo así.

Ellos se miraron incrédulos. Sus caras de desconcierto lo decían todo, aunque si había algo por lo que me alegraba, era porque, al menos, había conseguido borrarle a mi contrincante su estúpida sonrisa de la cara.

—Depende —se adelantó el canoso. Pese a que no era muy hablador, era un hombre que sabía cómo dar en la diana.

—¿De qué? —le demandó Iris, coqueta. Estaba en su salsa, eso no había quien lo negara.

—De cómo lo hagáis —respondió provocándola.

—Ya veo por dónde vas —dijo ella en el mismo tono—. Crees que no

podamos ponerlos... a tono —Su frase sonó más sensual que la música que aún seguía sonando de fondo.

—Tenemos nuestras dudas —intervino el moreno. Como siempre, para *mejorar* la situación.

—¿Podemos hablar un momento? —le demandé a Iris.

—¿Ahora?

—No, en nochevieja si eso. ¡Pues claro! —cuchicheé.

—¿Podéis dejarnos un minuto a solas? —les preguntó.

Ambos se miraron de nuevo, y en apenas unos segundos, salieron al pasillo del hostel.

—¿Se te ha ido la pinza? —me encaré dándome con el dedo en la sien.

—Tía, me encantan estos tíos.

—Pues te quedas con los dos, porque yo me largo —dije volviéndome para coger el bolso.

—¿Qué? ¡No puedes dejarme sola! —Iris me lo impidió cogiéndome del brazo para obligarme a mirarla.

—Tía, no pienso hacer eso —aseguré al volverme hacia ella.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo?

—¿Desde cuándo te has vuelto tan liberal? ¿No te das cuenta de que lo único que quieren es ponerse cachondos a nuestra costa?

—¿Y?

—¡No puedes estar hablando en serio!

¿Qué habían hecho con mi amiga y dónde estaba?

—Mira, Ana —comenzó a exponer—, lo único que sé es que estos tíos están buenos, tú y yo solteras, y que estamos en un hostel en el que no nos conoce nadie. ¿Qué hay de malo en dejarnos llevar?

—A ti te gusta ese tío.

—Más que a una mosca la miel —confesó.

—Ya, el problema es que a ti te ha tocado la miel y a mí lo otro —me quejé haciendo alusión al capullo de mi contrincante.

—Tía, por favor —me suplicó.

Iris sabía lo débil que era ante aquella carita que solía ponerme cada vez que quería salirse con la suya. Me debatía entre el bien y el mal, entre lo que me habían inculcado de toda la vida y en la libertad de poder hacer lo que me diera la gana. Sabía que ella me entendía, como yo la entendía a ella y cuánto necesitaba algo como lo que se nos estaba brindando esa noche. Las dos lo necesitábamos en realidad. Aquella era la oportunidad que tanto tiempo

llevábamos esperando para poder olvidarnos de nuestros ex, para superarlo y para pasar página de una vez por todas. Eso sin contar lo buenos que estaban los dos, y lo mucho que nos ponían a ambas, hecho que solo guardaría para mí y que negaría hasta la saciedad.

—¿Crees que ellos...?

—Por supuesto —me interrumpió—. Es una partida de cuatro, y no veo por qué iban a abandonar el juego si nosotras aceptamos.

Su seguridad y el inmenso cariño que sentía por ella fueron, de nuevo, la clave para convencerme. Y antes de que me diese cuenta, en la habitación volvíamos a ser cuatro.

—Podéis empezar cuando queráis —dijo el canoso, colocado en lo que ya era su sitio habitual.

Por suerte la música seguía sonando. Sus acordes sensuales me ayudaron a ponerme en situación y a hacer que la cosa me resultase más fácil.

—Ven —me dijo Iris cogiéndome del brazo.

Con la vista clavada en nosotras y sin perder un solo detalle de cuanto hacíamos, ella y yo nos colocamos frente a frente.

—Hagámoslo despacio —añadió.

«¿Despacio?» Si yo lo que quería era acabar cuanto antes.

—Acercaos más —ordenó el moreno.

Resoplé, pero no dije nada. Iris obedeció sus palabras, y en aquel instante supe que lo mejor era dejar que ella llevase las riendas. Cerré los ojos, y aguardé hasta que sus labios rozaron los míos. Fue una sensación extraña, aunque también fue suave y dulce, contraria a lo que había imaginado.

—Eso es. Seguid así —susurró el moreno. Lo reconocí en la voz.

Pese a no verlo, pude sentir su lasciva mirada sobre mí. Aquello provocó que, sin darme cuenta, acabase imaginando que era a él a quien tenía delante y que eran sus labios los que me besaban. Sin pretenderlo, acabé separando los míos. La abertura de mi boca dio paso a una lengua cálida que penetraba en mi interior en forma de susurro. Entonces recordé su rostro, viril y masculino. Pude evocar sus ojos, oscuros como el chocolate y sensuales como la noche. Su tacto fue igual de tentador cuando, sin esperarlo, me agarró de la nuca y acarició mi pelo. Sin poder evitarlo y contagiada por el increíble momento, dejé escapar un suave gemido.

—Creo que es suficiente —dijo Iris apartándose de mí, y despertándome de aquel bonito sueño.

Tardé unos cuantos segundos en abrir los ojos y en reponerme. Necesitaba

algo de tiempo para reubicarme y saber en dónde me encontraba. Nos miramos y ambas sonreímos. No había sido tan malo como había imaginado. Pero cuando ambas nos giramos en busca de los chicos, nos dimos cuenta de que la puerta estaba entreabierta, y de que en aquel cuarto tan solo estábamos las dos.



## Capítulo 6

**IRIS**

## Debe haber una explicación

Tras asomarnos al pasillo y comprobar que no había ni rastro de ellos, y que nos habían dejado tiradas, Ana enloqueció. Comenzó a dar vueltas por la habitación, soltando por su boca todo tipo de improperios. La conocía suficiente para saber que necesitaba desahogarse, e hice oídos sordos. Mientras ella nombraba a todos los difuntos, santos y evangelistas que aparecían en la biblia, yo me acerqué a la mesita al percatarme de que la música seguía sonando. Enseguida supe que aquello era una señal, una pista para poder seguir viéndonos.

—Se han dejado el móvil —dije al cogerlo, tras parar el reproductor.

—¡Lo que se han dejado es la educación! ¿Qué digo dejado? ¡Si no la tienen! ¡Ni vergüenza, ni...

De nuevo, dejé de escucharla para centrarme en el teléfono. Comencé a trastearlo para ver si con él podíamos dar con ellos. Mientras lo hacía, me reiteraba en mi idea de que aquello no iba a acabar allí, que aquella noche no iba a ser la última en la que nos íbamos a encontrar. Nadie deja una pista o un método más evidente como lo era aquel chisme si lo que quiere es desaparecer y ser ilocalizable. Que no llevara contraseña, era buena prueba de ello. Lo primero en lo que me centré fue en el registro de llamadas. Me sorprendí al no hallar ninguna. Entré en mensajes y tampoco había nada. Mi siguiente paso fue la agenda. ¡Y allí estaba! Solo había un número, el suficiente para confirmar mi teoría y curvar mis labios todo lo que daban de sí.

—¿Me estás escuchando? —me gritó de pronto Ana.

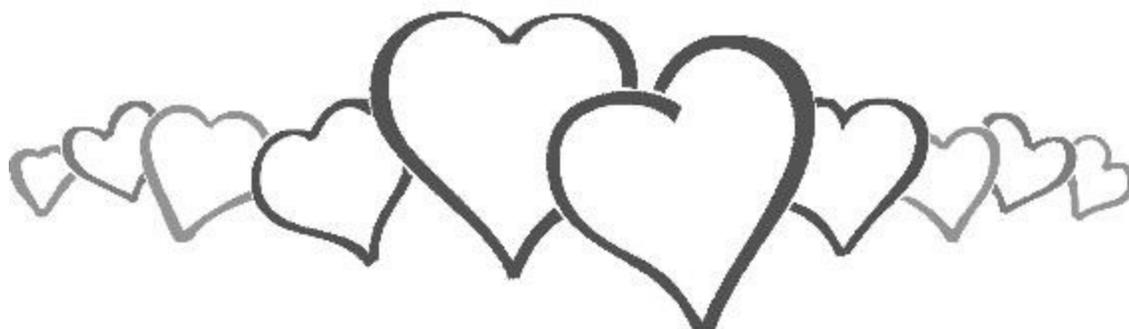
—No —respondí. ¿Para qué iba a andarme con rodeos?

—¡Ah, muy bien! ¡Gracias! —me soltó con tono cínico. Estaba claro que aquel no era el mejor momento para contarle lo que había descubierto. Lo último que ella quería era volver a verlos.

—A diferencia de ti, intento hacer algo útil.

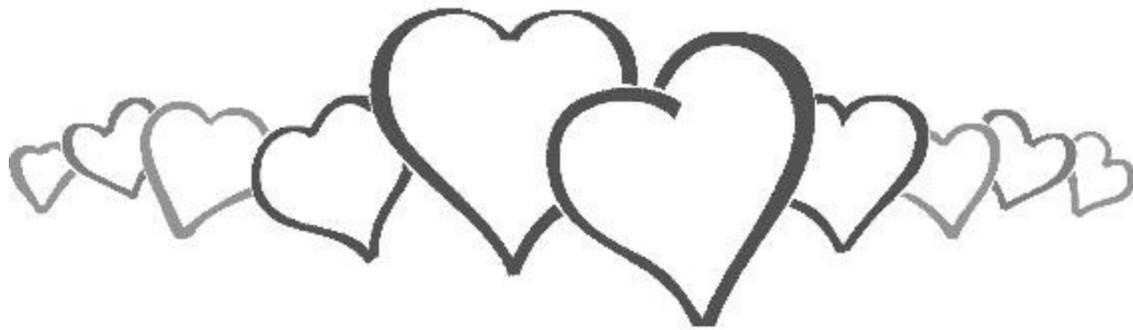
No debí decir aquello, pero es que sus gritos me iban a provocar migraña. Ese fue el inicio de la larga discusión que mantuvimos hasta llegar a Villa Pepino. A ella le molestaba, no solo lo que nos habían hecho, sino que a mí no me afectara. O al menos, no como a ella. Entendía su situación y su forma de pensar, pero ella debía comprender, igualmente, que a mí sí me había hecho gracia, y más sabiendo lo que sabía. Debíamos reconocer el mérito que

tuvieron al gastarnos aquella broma que, al fin y al cabo, no era más que eso. Pero Ana no lo veía así. No hubo forma de convencerla de que lo que nos habían hecho no era una putada, como ella aseguró en repetidas ocasiones. Intenté sacarla de su error, que lograrse verlo desde otra perspectiva para que no le afectase tanto. Me dolía verla así, pero me fue imposible hacerlo. La conocía demasiado bien, y supe que debía darle algo de tiempo. Necesitaba calmarse, volver a ser la mejor versión de sí misma, pues solo así podría escucharme y entender que para mí no solo había sido algo divertido rozando lo gamberro, sino que también, había formado parte de algo insólito con cierto toque romántico.



Esa noche en mi cuarto, sopesé punto por punto lo ocurrido. Rememoré cada instante vivido en aquella habitación. Su mirada, su voz, su pecho... Yo no estaba acostumbrada a que me hablasen de aquella forma, no sabía lo que era sentirse deseada de aquel modo por un hombre, y mucho menos por alguien como él. Mi canoso, al que necesitaba ponerle nombre lo antes posible, fue un regalo para mí. Efímero, sí, pero un presente, al fin y al cabo.

Imaginé cómo sería nuestro reencuentro. Estaba segura de que volveríamos a vernos, o de lo contrario no hubiesen dejado el móvil con aquel contacto. Fuese como fuese, todo estaba previsto y formaba parte de su plan. Desconocía hasta dónde querían llegar con aquella broma, ni siquiera si volverían a repetir alguna parecida. Pero lo que sí tenía claro desde un primer momento, era que nos volveríamos a ver... Y yo haría todo lo posible porque así sucediera.



A la mañana siguiente, con el tiempo necesario transcurrido para que las aguas se calmaran y volvieran a su cauce, le envié un WhatsApp a Ana para indicarle que iría a recogerla a su casa media hora antes de lo habitual, para así poder desayunar juntas y hablar de lo ocurrido.

—Buenos días —la saludé en cuanto subió al coche.

—Hola —soltó de mala gana.

Cuando se ató el cinturón, metí la marcha y me puse rumbo a La Tapa.

—Sigues enfadada, por lo que veo —dije para romper el hielo.

—Lo que me extraña es que tú no lo estés —se quejó.

Ana podía ser terca como una mula, y sabía que no me lo iba a poner nada fácil.

—Ya te lo dije ayer —me excusé—. No lo veo tan dramático como tú.

—¿Me estás llamando dramática?

—A ver, Plazas, un poco sí que lo eres —aseguré inclinando la cabeza hacia ella.

Necesitaba calmarla, que viera que no había sido para tanto, e intenté transmitirle mi buen humor.

—Bueno, pero eso es lo de menos —se defendió volviendo la vista al frente—. Lo importante aquí es lo que esos dos cerdos nos han hecho.

Me moría de ganas por contradecirla, por decirle que, a diferencia de la sensación que le había quedado a ella, la mía era completamente distinta. Aquel hombre me había hecho sentir lo que nadie había conseguido antes, y su recuerdo me mantuvo despierta casi toda la noche. Pero preferí seguir tanteando el terreno.

—He analizado el móvil —comenté para suavizar la situación.

—¿Y qué has averiguado?

—Es de prepago —respondí ocultándole lo del contacto; aún era pronto para hacerlo—. No está a nombre de nadie.

—Nunca entenderé cómo lo haces —apuntó.

—Años de experiencia —afirmé con una amplia sonrisa.

Mi plan funcionó, y Ana ya estaba más relajada cuando llegamos al bar, y le pedimos a Indalecio lo que queríamos tomar.

—Pues tu descubrimiento me ha chafado mi venganza, que lo sepas —soltó en cuanto nos quedamos a solas.

—¿Habías planeado una?

—Ya lo creo —aseguró echándose el pelo tras los hombros—. Había pensado marcar un número al azar de alguien que viviera al otro lado del charco, o hincharme a llamar a páginas de esas guarras que cobran un dineral.

Su alocada idea me hizo reír.

—Dime la verdad —me apremió ya mucho más calmada—. ¿Por qué no estás enfadada?

—Ana —decidí llamarla por su nombre para que viera que iba en serio—, tú mejor que nadie sabes lo que pasé tras romper con Gumersindo —Ella asintió—. Pillarlo in fraganti a las pocas semanas de formalizar nuestra relación, fue la mayor traición que podían hacerme. En cambio, lo de anoche fue... ¿cómo describirlo? Mágico, alocado, cosmopolita... Llámalo como quieras, pero fue alucinante.

—Es que beso muy bien —se mofó orgullosa—. Tú también —añadió para adelantarse a una posible protesta por mi parte.

—Gracias —mencioné arqueando las cejas con una sonrisa que me llenaba la cara.

—Aun así —insistió—, me cuesta entender que no te molestara.

—Un poco sí —reconocí—. Pero si lo miras desde otra perspectiva, ¡fue la bomba! Estuvimos a solas en una habitación con dos tíos que quitan el sentido. Podía haber pasado de todo y yo...

—¡Ese es el caso! —me cortó—. Que no pasó nada.

—Así que es eso lo que te fastidia.

—A ver, un poco sí. Reconozco que el moreno está bueno.

—¿Solo bueno?

—Vale, muy bueno.

—Correcto. Aunque no más que el mío —le corregí riéndome.

—Bueno, a lo que voy —expuso volviendo a la carga—. Que me sentó

muy mal que nos dejaran de aquella forma. Nos calentaron para nada.

—No tiene por qué ser así.

—¿Qué quieres decir?

Indalecio nos interrumpió al traernos el desayuno. Ana, como siempre, había pedido su té negro con tostada integral, y yo un café con leche y un buen bocadillo de jamón con tomate.

—Gracias —dijimos ambas.

—De nada, chicas. Ya están aquí —anunció de pronto mirando hacia la plaza.

Curiosas, Ana y yo nos volvimos para ver de quién se trataba.

—¿Quiénes son? —pregunté mientras los tres observábamos cómo de un coche negro bajaron dos hombres que no conocíamos.

—La científica —aseguró.

Ana y yo nos miramos asustadas. Pude sentir cómo los latidos, hasta ese instante en silencio, comenzaron a sonar con fuerza bajo mi pecho. La cosa pintaba seria, y ya no solo se trataba de evadir las posibles pesquisas de los vecinos del pueblo. Que hubiese recompensa era lo de menos. Ahora el miedo y la dificultad subían de nivel, y debíamos hacer algo si queríamos salir airoso.

Con un esfuerzo que ni yo misma sé de dónde saqué, le pedí con un gesto a Ana que disimulase todo lo que le fuera posible. Indalecio estaba a nuestro lado, las mesas contiguas también estaban ocupadas, y cualquier fallo podría acabar por delatarnos. Pero estaba tan atemorizada, algo que no ocultó a mi pesar, que no se percató de que la estaba advirtiéndome. Así pues, harta de ponerle caras extrañas y de que todos mis intentos se fueran al traste, opté por el método más infalible de todos: darle un pisotón por debajo de la mesa.

—¡Au! —se lamentó.

—¿Estás bien? —Quiso saber Indalecio.

—Sí —me apresuré a intervenir por ella—. Es que le dan dolores de barriga de vez en cuando.

Por fin conseguí que me mirase.

—Claro —comentó él—, con esa ñoñería del té y las cosas integrales no me extraña—. Donde se ponga un buen carajillo por las mañanas, que se quite *to*.

Ana se inclinó para limpiarse la punta del zapato, mientras que con la mirada se encargó de asesinarme, descuartizarme y no sé cuántas cosas más.

—Eso mismo le digo yo —respondí obviando el homicidio—. ¿Y a qué

han venido? —le pregunté para desviar el tema y, de paso, sacarle toda la información que me fuera posible.

—¿No os habéis enterado? —Con aquella frase nos dejó claro que éramos las únicas en todo el pueblo en no estar al corriente. Las dos negamos con la cabeza, y él continuó—. La recompensa no ha servido de nada y el alcalde ha decidido poner todos los medios a su alcance para dar con los culpables. Al parecer ha tirado de unos cuantos hilos, y ha conseguido traer de la capital a los mejores inspectores para resolver el caso.

El aire dejó de entrar en mis pulmones por la barrera infranqueable que se formó en mi garganta. Cogí mi taza de café con la esperanza de que el líquido lo atravesara. Apenas lo conseguí. La presencia de la científica era la peor noticia que podían darnos y la confirmación de que lo que habíamos hecho ya no iba a ser investigado como un mero accidente. La forma de llevar el caso era similar a la de un robo o un crimen, y no iban a parar hasta dar con nosotras. Ana ya no sabía qué hacer para esconderse. La encontré agachando la cabeza y cubriéndose la cara con el pelo para que nadie viese lo asustada que estaba.

—¿Y qué van a hacer? —le interpele a Indalecio en un hilo de voz. Las fuerzas me flaqueaban a cada segundo que pasaba.

—¿Acaso no ves la tele? Lo que hacen los de CSI y toda esa gente. Coger huellas y esas cosas. Bueno, chicas, si queréis algo más, ya sabéis dónde estoy —dijo antes de marcharse hacia el interior del bar.

Hecha un manojo de nervios, Ana salió de su letargo y me cuchicheó.

—¡Iris, que nos van a pillar!

—Lo harán como no te calles —mascullé molesta en voz baja.

—¡No puedo, tía! Me veo en «chirona» o, peor aún, apedreada por todo el pueblo.

—Come y calla, que nos van a oír —insistí. Necesitaba algo de tiempo para pensar.

—Para comer estoy yo ahora. Si no me entra ni el té —se quejó.

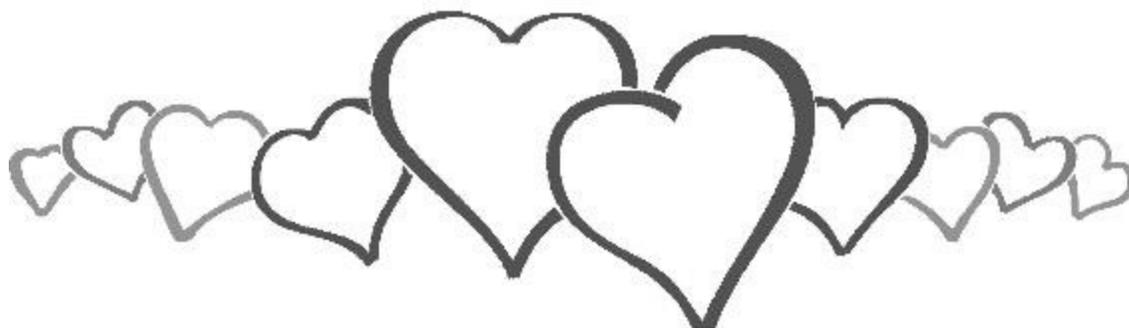
—Pues haz un esfuerzo o acabaremos llamando la atención —le reñí justo antes de darle un bocado a mi bocata y azuzarle para que ella hiciese lo mismo con su tostada.

Sin apartar la vista de la plaza e intentando masticar el amasijo que a ambas se nos hizo en la boca, vimos aparecer al alcalde. Acompañado de dos de sus concejales, salió para recibir a los dos policías, ambos vestidos de paisano. Tras los saludos pertinentes y la visita obligada a lo que quedaba de

Don Pepino, uno de ellos volvió al coche para sacar algo del maletero. Eran dos maletines negros, parecidos a las cajas de herramientas de esas que solían llevar los fontaneros. De vuelta a la escultura, le hizo entrega de uno de ellos a su compañero, y al cabo de unos pocos minutos, ambos inspectores la examinaban con sus herramientas. La muchedumbre no se hizo esperar. Nadie quería perderse un espectáculo como aquel y todo el mundo se agolpó alrededor para no perder detalle de lo que hacían.

—¿Qué vamos a hacer? —me demandó Ana. En su voz ya no solo había temor, también había pena.

—Mantener la calma, lo primero —respondí tratando de convencernos a ambas—. Ya se nos ocurrirá algo. Ahora vámonos a trabajar, que se hace tarde —comenté mirando el reloj.



La mañana fue angustiosa. Recluida en la oficina, no pude dejar de pensar en lo que ocurría frente a la tienda. Adoraba mi trabajo y lo prefería un millón de veces antes que atender a la clientela, pero esa mañana deseé como nunca estar fuera para poder enterarme de todo. Ana me visitaba cada vez que podía; fue mi fuente de información, y la única forma en la que pude estar al tanto de los rumores que se cocían en el exterior. Pero, a media mañana, entró en mi despacho descompuesta.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada al ver su cara pálida como el papel.

Viendo que no reaccionaba y que no se movía de donde estaba, me levanté para cederle mi silla y cerrar la puerta a toda prisa.

—Dime qué ha pasado —insistí poniéndome de cuclillas frente a ella.

—Lo saben —dijo en un leve susurro, con la vista fija en un punto cualquiera del suelo.

—Ana, por favor. Dime qué saben —le pedí tomándole la cara con las manos para obligarle a mirarme.

—Saben que ha sido un coche blanco —respondió.

—No nos adelantemos. Hay muchos coches de ese color en el pueblo y...

—Van a mirar uno a uno —me interrumpió.

—¡No pueden hacer eso! —mascullé.

—Sí que pueden. El alcalde dice que va a dictar un Bando para que se haga efectivo cuanto antes.

—Los Bandos tienen sus limitaciones —apunté.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tienen potestad fuera de los límites del pueblo.

—¿Qué estás planteando? ¿Sacar mi coche del pueblo?

—Sí.

—La orden va a ser mirar uno por uno, Iris. El coche que falte será al que todos apunten —comentó.

—Tienes razón. Déjame pensar.

El corazón me latía a mil por hora. No podía creer que todo cuanto habíamos hecho no había servido para nada. Nuestro primer fracaso fue lanzar el rumor; todo apuntaba a que funcionaría, pero solo nos sirvió para darnos falsas esperanzas. Después vinieron las notas de los chicos, y con ellas nuestro segundo revés. Sin saber qué nos deparaba ni quiénes eran, accedimos a todo lo que nos pidieron para poder librarnos de ser acusadas. Y pese a todo, aún seguíamos en peligro y con una alta probabilidad de que nos inculpasen y, como decía ella, de acabar en «chirona». ¡No, no podía terminar así! Cometimos un error, eso era innegable, pero me negaba a conformarme. Debía haber algo que pudiésemos hacer, algo que...

—¿Cuándo va a ser? —la apremié con impaciencia.

—¿El qué? —Ana no tenía ni idea de a qué me refería.

—La búsqueda, la comprobación o como quieran llamarlo.

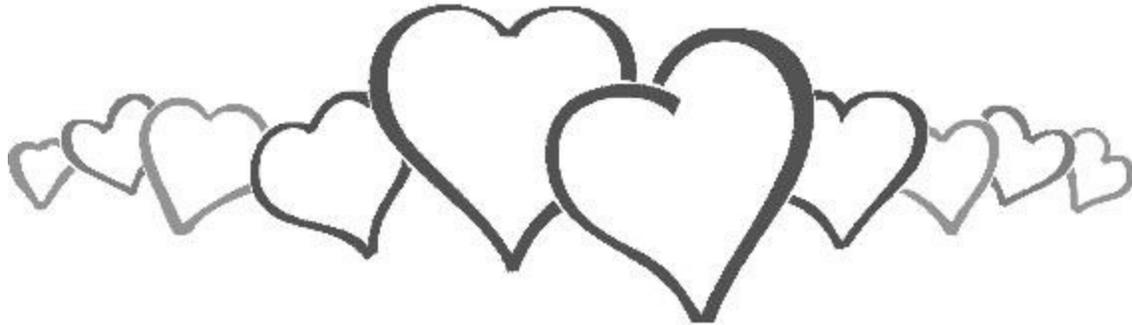
—Mañana por la mañana. Esta tarde se reúne el equipo de gobierno en Pleno extraordinario.

—Perfecto.

—¿Te importaría decirme de qué estamos hablando? —me demandó nerviosa.

Mientras fuera la noticia se expandía como la pólvora, entre aquellas cuatro paredes le expuse a Ana la idea que me había venido a la cabeza. Nada más oírla comenzó a soltar de todo por su boca, además de negarse en rotundo

a que la llevásemos a cabo. Pero el tiempo jugaba en nuestra contra, y a falta de otra alternativa que nos sacara de aquel atolladero, finalmente acabé convenciéndola.



La tarde no fue mejor que la mañana, aunque al acabar la jornada, y tras realizar la primera parte del plan, las dos salimos disparadas hacia su casa. Yo la esperé en la puerta mientras ella se dirigió al garaje para sacar su coche. Una vez fuera, lo condujo tras el mío hacia el lugar donde nos esperaba la segunda parte del plan.



## Capítulo 7

ANA

## Aguanta, Tami, que tú puedes

Durante todo el trayecto maldije la noche del sábado, a nuestros ex por haber sido los causantes de que acabásemos en un descampado agotando una botella de whisky, y a mi mala suerte por haber sido yo la que conducía y, por tanto, la verdadera y única responsable de que estuviésemos en aquella situación en la que nos encontrábamos. Por no hablar de lo que podría ocurrirnos.

Lo que más me fastidiaba de todo no era la gran posibilidad que teníamos de acabar en la cárcel si la verdad salía a la luz —aquello lo que me daba miedo, auténtico pavor—. No, lo que más me cabreaba y me encendía por dentro, hasta notar cómo el calor me subía a la cabeza, era la promesa que le había hecho a Iris de morderme la lengua antes de recoger mi coche. Según ella, nuestro último recurso y las únicas personas que podían ayudarnos a salir del atolladero eran ellos, los chicos, los caraduras que nos grabaron y nos hicieron chantaje hasta dejarnos tiradas en aquella habitación. Yo no lo creía así, y mucho menos confiaba en que estuvieran dispuestos a colaborar; eso sin contar que nada nos garantizaba que lo llevaran a cabo. Pero me pilló en un momento de auténtica desesperación y acabé aceptando.

A falta de unos pocos kilómetros activé el manos-libres para llamar a casa. Iris y yo acordamos decirles a nuestras respectivas madres que una iba a dormir en casa de la otra. Aquella era nuestra coartada y nos daba la libertad suficiente para poder pasar la noche fuera, o de regresar tarde con cualquier excusa, según resultara el encuentro.

Por fin llegamos al aparcamiento del hostel. Yo iba detrás de Iris, y pese a que ya era de noche y en el lugar solo había dos farolas encendidas, pude verlos enseguida. Estaban esperándonos, apoyados en un coche todo terreno de color negro. Tal vez ella estuviese en lo cierto pues, por extraño que me pareciera, ambos habían acudido a la cita.

—Hola —nos saludó el canoso cuando llegamos hasta ellos, tras aparcar al otro lado del suyo.

Iris le respondió con cara bobalicona, la misma que puso él al verla. Estaba claro que entre ellos se estaba fraguando algo. No es que no me alegrase por ella, que en el fondo sí lo hacía, pero me ponía de los nervios la idea de tener que cargar con el colega. Solo con verle la cara y la sonrisa

chuleta con la que nos recibió ya pude notar cómo la sangre me empezaba a hervir. Hubiese dado mi mejor bolso por no verme en aquella maldita situación, pero me recordé a mí misma por qué estábamos allí. Y una vez que me auto-convencí de que podía lograrlo, opté por guardar silencio, morderme la lengua, y dejar que fuese ella quien hablase por las dos.

—Hola, rubia —le saludó el chulito de marras.

—Hola, moreno —le respondió ella.

«¡Por el amor de Dios! ¿No podrían dejarse de chorradas e ir al grano?», me pregunté harta de tanto formalismo. «Como cuando te quitas una tiritita: un fuerte tirón y ¡listo!», añadí.

—Hola, *morena* —me saludó con chulería don «desaparezco porque quiero».

Estaba segura de que desde Villa Despelúcame el Ovejo se podía apreciar la prepotencia y la soberbia que desprendía.

—Hola —mascullé sin apenas mover los labios. Cuanto menos abriera el pico, mejor para todos.

—Vosotras diréis —expuso cruzando los brazos y la pierna a la altura de los tobillos.

«Mejor que no, porque como empiece a soltar...», pensé.

—Espera, tío —se adelantó el adonis de mi mejor amiga para sorpresa de las dos—. Antes de nada, queremos deciros que os debemos una disculpa.

—Nos debéis más que eso, ¿no crees? —dije sin pensar, ganándome la consabida mirada asesina de Iris y un golpe en el muslo.

«Ya me callo», le hice saber con la mirada.

Pero yo no era la única con ganas de hablar, y don «te dejo tirada porque yo lo valgo», me hizo cara.

—Pues a mí me parece que es más que suficiente, ¿no crees, *morena*?

—¿Y tú crees que una frase hecha va a conseguir que olvidemos lo que nos hicisteis, *moreno*? —me enfrenté a él enfatizando el adjetivo con desprecio.

Vale, ya sé que no debí responderle, pero no podía permitir que se quedara tan ancho o con la última palabra. O ponía de su parte, o la promesa iba a tener los minutos contados.

—Tía, por favor —se interpuso Iris—, se están disculpando. Acéptalo, ¿vale?

—Sentimos mucho lo que pasó ayer, de verdad —insistió el canoso. Él y mi amiga parecían dispuestos a ganarse el premio Nobel de la Paz—. Fue una broma que quisimos gastaros —añadió.

—¡Pues a mí no me hizo ni puñetera gracia, desde ya te lo digo! —me defendí.

—A ver, tía, un poco de gracia sí que tuvo —aseguró ella, posicionándose de su parte.

Tenerlos en el bando contrario no ayudaba a mejorar la situación, y mucho menos a solucionar el problema que ambas teníamos. Aunque el plan debía salir adelante, al fin y al cabo, era lo más importante y el verdadero motivo por el que nos habíamos reunido. Así que, respiré hondo y les hice saber que aceptaba una tregua..., pero con una condición.

—Quiero oírse lo decir a él —exigí volviéndome para mirarlo.

Aferrada a mi bolso que me colgaba del hombro, esperé a que diera su brazo a torcer. Que le estuviera lanzando dardos envenenados con los ojos era lo de menos. Lo importante era que, si yo estaba dispuesta a reconocer que lo que nos hicieron no fue más que una broma o parte de un juego, él debía claudicar y disculparse ante las dos.

—Tío, díselo —le pidió el amigo.

Los tres lo miramos aguardando. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de lo mucho que le fastidiaba verse en aquella situación. Su cara lo decía todo. Con lo sencillo que era y lo difícil que él lo estaba haciendo. Tan solo tenía que decir dos palabras, dos simples y sencillos vocablos que demostrarían que su ego no estaba por encima de todo. Pero solo obtuvimos silencio. Sus labios no se movieron y aquello me confirmó qué tipo de persona tenía frente a mí. Si ni siquiera era capaz de dejar el orgullo a un lado, pese a que su amigo también se lo había pedido, ¿cómo iba a tener la humanidad suficiente para querer ayudarnos?

—Quédate tú si quieres. Yo me largo —le solté a Iris, encaminándome hacia mi coche.

Sabía que marcharme no solucionaba nada, al contrario. Hacerlo solo provocaría que la verdad saliera a la luz y que pudiese acabar encerrada en el lugar que más me aterrorizaba. Pero quedarme allí tampoco arreglaba la situación, y preferí asumir lo que me viniera con tal de alejarme de aquel hombre. Nunca en mis veinticinco años de vida había conocido nadie como él, con una soberbia y vanidad tan altas como lo era su estatura.

Hecha una furia, caminé tanteando dentro del bolso en busca de la llave cuando, de pronto...

—Lo siento.

Pese a que su voz sonó demasiado baja, fue suficiente para detenerme en

seco y hacerme regresar tras mis pasos.

—Dilo otra vez —le pedí. Quería estar segura de que no me había equivocado al escucharlo.

—Lo siento, ¿estás contenta? —masculló.

Era la primera vez que le ganaba una batalla, ¿cómo no iba a estar contenta? Y encima me había librado de cometer una locura.

Él, en cambio, no lo estaba. Aquello debió de costarle lo suyo, sus ojos llenos de rabia eran buena prueba de ello.

—«Contenta» no es la palabra adecuada, pero me conformo —mentí sin poder evitar la curva de mis labios. Un poco más y me pongo a bailar *twerking*.

—Bueno, aclarado entonces —comentó Iris bajo la atenta mirada de mi molesto adversario—, ¿podemos ya centrarnos en lo hemos venido a hacer?

—Íbamos a comer algo —le respondió el canoso—. ¿Por qué no os venís con nosotros y lo hablamos mientras cenamos?

El codazo que mi rival le propinó en el costado nos dejó más que claro a Iris y a mí que la propuesta no había sido contrastada ni consultada de forma previa. El mero hecho de que le fastidiara la invitación me animó a aceptarla.

—Me parece buena idea —respondí adelantándome a Iris.

—¿Estás segura? —me preguntó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, claro.

Pensé que se refería a la cena, pero lo que no imaginé fue que aquella pregunta iba con segundas. No lo vi venir, y antes de que me diese cuenta, mi compañera de trabajo, mi confidente y mejor amiga desde la infancia, se había apartado de mi lado y se subía a su coche acompañada de su chico.

—¿A dónde vas? —le pregunté al ver que arrancaba el motor sin decirme ni media.

Ocurrió todo tan deprisa que apenas tuve tiempo de reaccionar.

—¡Él conoce el camino! —respondió picarón el canoso cerrando la puerta del copiloto.

—Pero, ¡tía! ¡Espera!

Iris no me oyó, o no quiso hacerlo, aún no lo sé muy bien. Sin hacerme el menor caso, hizo un par de maniobras, y en apenas unos segundos me dejó a solas con el moreno en el aparcamiento.

—Dime dónde es —le exigí hurgando por segunda vez en mi bolso en busca de la llave del coche.

La parejita se había largado tan deprisa que me iba a ser imposible

seguirlos.

—No te lo ha dicho para que te dé la información, sino para que vengas conmigo —soltó de mala gana abriendo el suyo con el mando.

—Si por algún efímero instante se te ha pasado por la cabeza que pueda irme contigo, olvídalo. No pienso ir contigo a ninguna parte —aseguré toda digna.

—Y yo no pienso repetírtelo —dijo abriéndome la puerta del copiloto.

Casi me caigo de culo al suelo. Era la primera vez en toda mi existencia que un hombre tenía aquel detalle conmigo, y me fastidiaba que tuviese que ser él el primero en hacerlo.

—Sube antes de que me arrepienta —masculló molesto, cargándose de un plumazo el encantamiento caballeresco y devolverme a la cruda realidad.

—¿Además de chulo eres sordo? —bramé—. Te he dicho que no pienso...

—Como quieras —me interrumpió cerrando de un portazo—. No soy yo el que va a ir por ahí exhibiendo la prueba de un delito —añadió refiriéndose a mi coche.

«¿Por qué?! ¿Por qué entre todos los hombres del planeta Tierra me tenía que tocar el más gilipollas?! En serio, ¿no podían amañar el sorteo y que le tocara a otra?!».

Mientras él rodeaba el todoterreno me maldije por mi mala suerte. ¿Qué alternativa me quedaba? El sonido de mis tripas y una brisa fría que me erizó la piel acabaron por *mejorar* el momento, recordándome lo tarde que se estaba haciendo y que apenas había probado bocado en los dos últimos días. Bufé hasta sentir un leve dolor de cabeza, pero de nada me sirvió. Él se subió al coche, y en cuanto puso en marcha el motor, yo subí tras él.

Los primeros minutos de trayecto los pasamos en silencio. No estaba dispuesta a rellenar espacios vacíos, y menos con la cantidad de barbaridades que era capaz de soltarle. Preferí no decir nada y mirar por la ventanilla, pese a que el paisaje lo conocía de sobra. Él estaba a lo suyo, con la vista puesta en la carretera. Ni siquiera puso la radio, lo que hizo aún más irritante la situación.

—Esto me incomoda tanto como a ti —comentó de pronto.

—Pues mi asiento es bastante cómodo —me burlé.

—Hablo en serio. Te recuerdo que no estamos aquí por mí, así que pon algo de tu parte.

—¿Perdona? Yo he hecho todo lo posible. Tú, en cambio, has necesitado que tres personas te insistieran en algo.

—Nunca pido perdón —confesó.

—Esa es una de las pocas cosas que me creo de ti —aseguré.

De nuevo silencio. Y de nuevo volví a mirar por la ventanilla.

—Si ya te he pedido disculpas —dijo al cabo de un rato—, ¿por qué sigues tan enfadada?

—¿Lo preguntas en serio? —inquirí volviéndome hacia él.

—Sí.

Su tranquilidad me ponía aún más nerviosa.

—Mira —manifesté en un claro intento de tregua—, creo que lo mejor será que pasemos página y no recordemos lo que pasó anoche.

—No veo por qué no. Anoche no parecías tan disgustada.

«¿A que le meto un guantazo?», pensé.

—¿A qué momento te refieres? —inquirí—. ¿Al de cuando os largasteis y nos dejasteis tiradas? Ah, no, espera. ¿Cómo lo vas a saber, ¡¡¡si no estabas!!!? ¡Qué cabeza la mía, mira que no acordarme! —me burlé con todo el sarcasmo que albergaba mi cuerpo.

—Me apena que no supieras reconocer una broma.

Otra vez la misma cantinela.

—¿Sigues convencido que fue eso? —le demandé.

—Sí.

—Pues no tuvo la menor gracia. Las bromas están hechas para que se divierta todo el mundo. En mi tierra, cuando solo lo hacen unos pocos y a costa de otros, se le llama putada.

—Supongo que es cuestión de perspectiva.

—Está bien —expuse girándome hacia él—. Supongamos que admito que fue una broma...

—Que lo fue —me interrumpió.

—Si tan solo fue una broma —insistí—, y te pareció que fue algo liviano, hoy nos lo vais a demostrar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó apartando la vista de la carretera por primera vez desde que nos subimos al coche.

—Que hoy nos toca a nosotras ver cómo os besáis.

Mi comentario le hizo reír a carcajadas.

—Es bueno que te divierta, así te costará menos comerle la lengua a tu amigo —anuncié con una naturalidad que hasta a mí me sorprendió.

—¡No pienso hacer eso! —se quejó.

—¿Qué pasa? ¿De repente no te gustan las bromas?

Había conseguido borrar la sonrisa de su cara y eso me divertía sobremanera.

—Yo hablaba de lo de largarnos de la habitación —se justificó.

—Eso también va incluido en el lote. Pero, ¿por qué perdernos el primer acto cuando podemos ver la obra entera?

—¿Te pone ver a dos tíos enrollándose?

—No lo sabré hasta que no lo vea, ¿no te parece?

—No es excitante —gruñó.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Porque lo sé —respondió incómodo.

—Si estás tan seguro, doy por hecho que es porque ya lo has vivido.

—¡No, joder! —masculló.

Me lo estaba pasando pipa. Su cara descompuesta era mejor que cualquier comedia de primera.

—Pues por eso, hoy mismo vamos a ponerle remedio —manifesté—. Así ambos haremos un enjuiciamiento justo.

—Hablas como un abogado.

—Me gustan las series de letrados. Pero no cambies de tema.

—Quítate esa idea de la cabeza porque no pienso hacerlo.

—Sí, sí lo harás —aseguré—. Quién sabe, igual hasta acaba gustándote.

Tuve que esforzarme para que no viese que me estaba descojonando.

—Eso es imposible —reiteró.

Desde mi posición, podía ver cómo apretaba la mandíbula.

—Eso pensaba yo hasta que lo probé.

Jamás le confesaría que fue porque pensé en él.

—No es lo mismo —añadió en un vano intento por defenderse.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y qué diferencia hay?

Lo estaba llevando al límite, y eso me gustaba.

—Mucha —farfulló.

—Explícamelo.

—No.

—Pero, ¿por qué?

—¡Porque lo vuestro fue increíble, joder! —confesó.

Su respuesta y la forma en que me miró me dejaron sin aliento. En sus ojos, negros como la oscura noche que caía sobre nosotros, pude ver que

estaba siendo sincero. En ellos había verdad, una verdad que se había obcecado en esconder sin entender muy bien por qué, y que ahora se revelaba. Bajo aquella infranqueable fachada había otro hombre, uno completamente distinto y nuevo para mí y que, para mi sorpresa, me atrajo como ningún otro.

Sin saber muy bien cómo, el cerco de la cruzada en la que nos manteníamos envueltos parecía apaciguarse. Las lanzas desaparecieron y la bandera blanca ondeó aclamando una tregua. Pero esta no vino acompañada de sosiego ni calma, sino de una inquietante sensación que me recorrió la nuca hasta erizarme el último vello de la piel.

—¿Tanto os excitó? —me atreví a preguntar en un hilo de voz.

El corazón me latía con fuerza y el estómago se le unió formándome un nudo que me contrajo.

—Mucho —admitió—. Por eso tuvimos que largarnos.



## Capítulo 8

**IRIS**

## Colada modo *on*

De pequeña, era de esas niñas que forraban la carpeta con las fotos de los actores o cantantes favoritos. Casi todas en clase lo hacíamos, aunque yo tenía que renovar la mía cada trimestre. Las dejaba hechas polvo de tanto pegar y despegar recortes. Sí, esa era yo, una enamoradiza que se encaprichaba del famoso de turno obligándome a deshacerme del anterior cuando el encantamiento se pasaba. Con el paso del tiempo, mi cuerpo ya había aprendido a rechazar las flechas de Cupido, que rebotaban y salían disparadas por donde habían venido. Hasta que vi al canoso entrar en aquella habitación. Si solo con un cruce de miradas sentí el golpecito de la flecha, cuando supe que teníamos cosas en común y que ambos éramos unos frikis de cuidado, noté cómo me atravesó. Creí que desde lo de mi ex no volvería a sentir algo así, y mucho menos aquí en el pueblo. Pero para mi sorpresa, eso era precisamente lo que me estaba ocurriendo. Era algo inexplicable, algo que me empujaba hacia él con una fuerza que ni yo podía ni quería detener. Él era mi nueva ilusión, el nuevo chico de mi carpeta, aunque con una salvedad: ya no quería pegar su foto, sino convertirme en pegamento para poder pasarle la lengua por todo el cuerpo y... ¡Dios mío, Ana tenía razón! ¡Me estaba volviendo una despendolada sin remedio!

—¿Crees que nos odian por haberlos dejado solos? —le pregunté mientras conducía hacia el restaurante que me había dicho. Necesitaba desviar el pensamiento de mi recién estrenada mente calenturienta.

—No creo que la cosa llegue a tanto. ¡Joder, son tal para cual!

—¿A que sí? —comenté entre risas.

En el fondo temía que Ana me matase en cuanto me viera, pero merecía la pena correr el riesgo.

—Conozco a Muñoz desde hace mucho tiempo, y te aseguro que nunca lo había visto tan arisco con ninguna mujer.

—¡Vaya, pues qué suerte tiene mi amiga!

—¡No! —se apresuró a aclarar—. Quiero decir que nunca se había comportado así porque nunca se había encontrado con alguien como ella.

—¿Debo tomarme eso como algo bueno, entonces?

—Ya lo creo. La morena le gusta, ya te lo digo yo.

—Le has llamado Muñoz —expuse con la esperanza de averiguar más

cosas sobre ellos—. ¿Siguen en pie las normas del juego o podemos conocer ya vuestros nombres?

—Me temo que esa norma sigue en vigor.

«Mi gozo en un pozo», pensé.

—¿Puedo preguntar por qué?

Todo en ellos era un misterio que, pese a hacerlos más interesantes, empezaba a inquietarme más de lo deseado.

—Fue un acuerdo al que llegamos cuando decidimos no delataros. Creímos que era lo mejor para todos.

—A ver que yo lo entienda —expuse sin pudor—. ¿Nosotras nos cargamos a Don Pepino y no tenemos inconveniente en deciros quiénes somos, y vosotros que solo sois testigos de la escena no queréis desvelar ni siquiera vuestros nombres?

—Surrealista, ¿verdad?

En cuanto acabó la frase comenzamos a carcajearnos. Tenía toda la razón, era una situación surrealista..., que me permitió escuchar su risa por primera vez. Me encandiló sin que pudiera ni quisiera remediarlo. Aquel hombre me tenía completa y plenamente hechizada.

—Vale, si no podemos saber vuestros nombres, al menos dime tu apellido. El suyo ya lo conozco.

—Giménez —respondió.

—Mucho gusto —dije tendiéndole la mano—. Yo soy...

No acabé la frase. Quería que estuviésemos en igualdad de condiciones, pero aproveché el momento para que me cogiera la mano.

—¿No vas a acabar? —me demandó.

—Me lo he pensado mejor —contesté regalándole mi sonrisa más picarona.

Él me respondió obsequiándome con la suya. Aunque, a cambio, se adueñó de mi mano, que retuvo entre sus dedos como el guardián que custodia un tesoro. Aquel gesto me erizó la piel.

—¿Y puedo saber de dónde eres? —pregunté pese al esfuerzo que me suponía concentrarme en la conducción, en su tacto, en su mirada y en la velocidad a la que el corazón me tronaba bajo el pecho.

—Te sorprendería.

—Así que tampoco me lo vas a decir.

—Me temo que no.

—Sabes que acabaré averiguándolo, ¿verdad? —aseguré burlona.

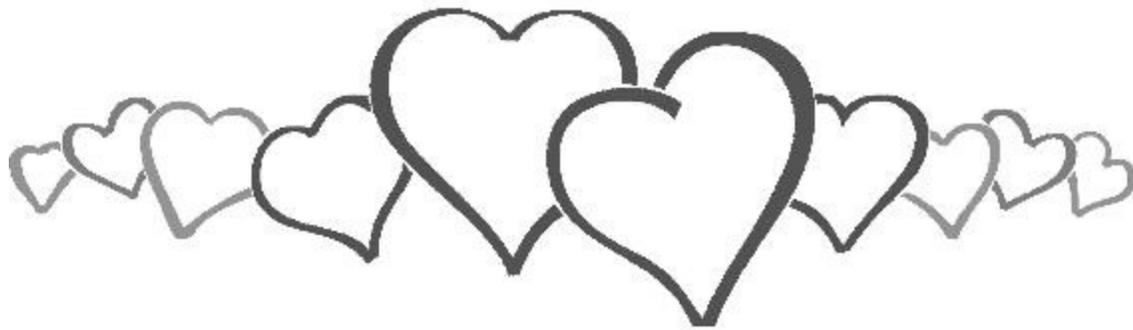
—Me gustas, rubia —confesó sonriéndome.

«¡Dios, que el mundo se pare que yo me bajo!», deseé gritar a los cuatro vientos. Ya me veía bajando la ventanilla, asomando la cabeza, o mejor medio cuerpo, y chillando como las locas para que todo el mundo supiera lo feliz que me sentía en aquel instante. Hubiese dado cualquier cosa por hacerlo y aún más por dar la vuelta y regresar de vuelta al hostel para demostrarle que él también me gustaba mí. Pero Villa Híncala Arriba era demasiado pequeña, y a donde llegamos fue al restaurante.

Una vez que aparcamos, me dispuse a entrar cuando, de pronto, Giménez me cogió de la mano. Aquel gesto me gustó tanto que no supe qué decir. Él sonrió, y cuando me abrió la puerta para cederme el paso, ya supe que debía ser mío para siempre. En aquel instante comprendí a Ana. Llevaba años hablándome de la caballerosidad y de todas esas cosas que yo siempre había considerado chorradas, y de las que me burlaba por no creer importantes o considerarlas cursis y remilgadas. ¡Qué equivocada estaba!

Sentí un hormigueo recorriéndome el cuerpo, uno que no había sentido jamás. Aquella nueva sensación me puso nerviosa, y opté por guardar silencio y dejarme llevar por él. Nada más entrar, se dirigió al maître, y con una seguridad y saber estar intachable, consiguió que nos asignaran una discreta mesa al final del restaurante; la mejor, diría yo. Tal vez para alguien de ciudad no fuese algo a tener en cuenta, o no fuese algo a lo que darle la menor importancia, pero para mí fue un verdadero placer verlo desenvolverse.

Una vez sentados sobre un banco forrado en piel rojo oscuro, el camarero se acercó a nosotros. De nuevo, con la misma elegancia y naturalidad con la que había tratado al jefe de comedor, le pidió a este que volviese en unos minutos, cuando llegasen nuestros amigos. Yo me limité a observarlo, creo que hasta hubo un momento en el que me quedé embobada mirándolo. No me importaba. Aquel hombre era aire fresco, savia nueva que había llegado a mi vida para salvarme, y no iba a dejarlo marchar.



—Bueno, ya que no quieres decirme de dónde eres, al menos dime de dónde vienes —le pedí mientras aguardábamos a nuestros amigos. No podía dejar de mirarlo; me negaba a perderme un segundo de él.

—¿Y no es lo mismo? —cuestionó sonriendo.

¡Dios, cómo me gustaba esa sonrisa!

—No tiene por qué —aseguré—. Puedes haber nacido en un lugar y venir de otro.

—Cierto. Está bien —dijo volviéndose hacia mí. Si ya con su mirada y con su mano que aún abrazaba la mía ya me inquietaba, aquel giro amenazaba con agotar mi equilibrio—. Mereces que te dé alguna pista. Aunque debes prometerme que no saldrá de aquí.

—Dame un segundo, que lo suba al Instagram —me burlé simulando buscar el móvil en mi bolso con la mano que me quedaba libre.

—Me gusta que seas así de bromista —dijo cruzándose ante mí para cogerme del antebrazo e impedir así mi objetivo. La postura nos dejó cara a cara, a escasos centímetros—. Si te lo digo, debes darme tu palabra de que quedará entre nosotros —susurró rozándome el labio.

«¿Entre nosotros? Entre nosotros no quiero ni que haya aire», pensé con mi interior revolucionado y sin frenos.

Era tan guapo. Su olor y su voz me invadieron, irrumpiendo como un huracán, arrastrando todo cuanto encontraba a su paso. Pude notar cómo me temblaba la mano. Y no era de frío precisamente. Aquella tiritera no procedía del exterior, sino de lo más profundo de mi ser.

—No le diré nada a Ana, si es lo que quieres —balbuceé atrapada en sus ojos.

—Así que se llama Ana.

Al momento me di cuenta de lo que había hecho. Había metido la pata hasta el fondo y desprotegido a mi mejor amiga.

—Ya ves, además de bromista, soy una bocazas —anuncié apartándole la mirada, cabreada conmigo misma.

—No digas eso.

—Será mejor que no me digas eso que ibas a decir.

—Me encanta que seas así de natural — murmuró tomándome de la barbilla para obligarme a mirarlo. Era todo lo dulce conmigo que yo no podía ser—. No es muy habitual encontrar alguien así hoy día, créeme.

—Agradezco tu intención, de verdad. Pero ya has visto que sin darme cuenta he...

—De Ávila —me cortó de pronto—. Venimos de Ávila.

En ese instante lo miré sin necesidad de que él me lo pidiese. Aquella fue su forma de mitigar el sentimiento de culpabilidad que me estaba invadiendo, y mi confirmación de que había venido a salvarme.

—Nunca he estado en Ávila. ¿Cómo es? —pregunté muriéndome de ganas por escucharlo.

—Una ciudad como cualquier otra.

—Estoy segura de que te equivocas —Él me cuestionó con la mirada, y yo me apresuré a aclararle—. Solo alguien de pueblo como yo podría entender lo que quiero decir.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Ahora eres tú quien hace las preguntas? —me mofé para intentar disimular lo nerviosa que me tenía.

—Eso parece —Ahí estaba de nuevo esa atractiva sonrisa.

—No veo justo decírtelo sin conocer el tuyo.

—Tienes razón, me llamo...

—¿Habéis pedido ya? —Interrumpió de pronto su amigo, apareciendo acompañado de Ana.

—No, os estábamos esperando —respondió mi canoso recolocándose en el banco.

¡Adiós a mi momento íntimo!

El camarero, un señor muy atento y muy acorde con el restaurante, pues era de esos con mantel y servilletas de tela con cierto aire campestre, nos tomó nota de lo que íbamos a tomar. Cada uno pidió lo que quiso, aunque todos coincidimos en la bebida: un buen vino de Jumilla y otro de Bullas, ambos de

Murcia.

Ya con sendas copas llenas sobre la mesa y tras un par de frases triviales acerca del lugar, los chicos comenzaron a charlar entre ellos y yo aproveché para preguntarle a Ana, sentada a mi derecha.

—¿Me odias mucho? —le susurré poniéndole mi cara de no haber roto un plato, pese a tener la sensación de haber roto media vajilla.

—Ya hablaremos. Ahora, acabemos con esto cuanto antes, ¿vale?

—Vale.

«Tierra, trágame», pensé.

La carta del menú no le hacía justicia a la comida que allí se servía. En cuanto vi los platos sobre la mesa pude comprobarlo, del mismo modo que me percaté de otro dato más acerca de ellos: les gustaba comer bien.

—Bueno, vamos al grano —demandó el moreno colocándose la servilleta sobre el regazo—. ¿Para qué nos habéis llamado?

—¿Es siempre tan directo? —le pregunté por lo bajini a mi canoso. Aún no habíamos empezado a cenar y ya había sacado el tema.

—Ni te imaginas —contestó poniendo los ojos en blanco.

Me giré hacia Ana, y ella también me confirmó con la mirada que debía hacerlo. Así pues, sin tocar siquiera un cubierto, di un trago a mi copa, y comencé a explicarles...

—Veréis, la cosa se está poniendo fea. Guardábamos la esperanza de que todo quedara en un mero accidente, pero en el pueblo nadie parece dispuesto a dejarlo pasar. Hoy ha venido la científica a examinar la estatua.

—¿La científica? —Los dos se miraron extrañados.

—El alcalde no va a escatimar en gastos ni en personal para dar con... el culpable —comenté haciendo un mohín y bajando el tono de voz lo suficiente para que solo ellos me oyeran—. Saben que fue un coche blanco.

—Para eso no era necesario que llamasen a la científica. Sólo había que mirar en los restos de pintura que dejasteis.

—Dejaron —le reprendió Ana mirando alrededor para asegurarse de que nadie lo había escuchado.

—Dejaron —corrigió—. Pero, a lo que iba, ¿qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—Tío, déjala hablar —le pidió mi chico.

¿Estoy loca si digo que ahí me derretí?

—A partir de mañana —continuó mi mejor amiga—, van a examinar uno a uno todos los coches blancos del pueblo.

—¡No jodas! —soltó el moreno.

Sus carcajadas nos molestaron a los tres. A Ana la que más.

—Te divierta o no —soltó ella—, es lo que van a hacer.

La forma en que los dos se miraban, con inquietantes silencios tras cada frase, corroboraba nuestra teoría de que entre ellos había una tensión sexual no resuelta que, obviamente, ninguno estaba dispuesto a reconocer.

—Tenéis que ayudarnos —dije centrándome en mi canoso.

—¿Haciendo qué? —me demandó.

—Necesitamos que nos llevéis el coche a arreglar a un taller que esté fuera de la comarca.

—¡Ni de coña pienso hacer eso! —soltó de malos modos su amigo. Aquel hombre no sabía relajarse ni con agua caliente; no era de extrañar que enfadase tanto a Ana.

—Nosotras no podemos hacerlo —aclaré—. Si faltamos al trabajo sospecharían de nosotras.

—Mirad, no quiero sonar desagradable —«Demasiado tarde», le hicimos saber con nuestras miradas y nuestra leve, y reprobatoria inclinación de cabeza. Él se percató, aunque decidió ignorarnos—, pero lo cierto es —continuó—, que suficiente hicimos con no delataros.

—¿Y acaso no lo pagamos con creces? —le interpeló Ana, molesta.

—Bueno, con creces, con creces... —Su sonrisa irónica logró cabrearla aún más.

—Tío, no te pases —le riñó mi hombre.

—Estarás de broma, ¿no? —Que su amigo se posicionara de nuestra parte le pilló por sorpresa y logró que acabase cambiando el semblante.

—No veo nada de malo en ayudarlas —declaró.

—¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que estás diciendo?

Ana y yo no les quitamos ojo. Era todo un espectáculo ver a ambos hombres enfrentados, y aún más lo era para mí ver a mi chico de nuestro lado defendiendo nuestra causa. Si ya estaba segura de que estaba colada por sus huesos, aquello provocó que lo estuviese aún más.

—No pienso incumplir más la ley, tío —añadió el moreno—. Lo siento, pero la respuesta es «no».

—Chicas, ¿nos disculpáis un momento? —nos preguntó nuestro único defensor.

Las dos asentimos y, tras hacerle a su amigo un rápido gesto con la cabeza, los dos se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia el patio trasero del

restaurante. Estábamos muy nerviosas, no sabíamos si acabaría o no convenciéndolo, pero nos dio tiempo a ver cómo ambos hombres llamaron la atención de cuantos había en el local. Era imposible no hacerlo, y más con lo altos e imponentes que eran.

—¿Me vas a contar qué hay entre vosotros? —le demandé a Ana en cuanto nos quedamos a solas y dejé a un lado los celos. Mi amiga era mucho más importante, y tenía mi momento marujil en todo lo alto.

—Ahora que puedo ser franca, te lo diré. ¡No tienes vergüenza! —masculló en voz baja.

—¿Yo? —Sabía a qué se refería.

—¿Cómo se te ocurre largarte de esa forma y dejarme tirada con él?

—¡Si te dejé de pie! —solté riéndome. Pero mi broma no pareció gustarle, y pronto rectificué—. Tía, lo siento, me moría de ganas de quedarme a solas con mi chico.

—¿Mi chico? ¿Qué me he perdido?

—¿No has oído hablar de la teoría de pensar en positivo para atraer la buena energía y que algo suceda? Pues eso. Ana, no sabes lo que me gusta. Ese hombre es especial, te lo digo yo.

—No puedes hablar en serio. No sabemos nada de ellos.

—Son de Ávila, pero no digas que yo te lo he dicho.

—¿Has averiguado algo más? —preguntó mirando hacia donde estaban ellos. Mi información pareció animarla.

—Estaba a punto de hacerlo cuando llegasteis. Pero dime, ¿cómo es el tuyo? —le demandé.

—Un gilipollas.

—Bueno, un poco duro de roer sí que es, para qué negarlo —dije también sin apartar la vista de ellos, a través del ventanal.

—Me tiene desubicada —confesó—. No sé por dónde cogerlo.

—Pues a mí se me ocurren varios sitios —me mofé, ganándome un codazo como premio.

—¿Te puedes creer que de todos los tíos que hay en el mundo ha tenido que ser el primero en tener un detalle caballeroso?

—¡Y será verdad!

Aquello era un punto más a mi favor.

—Sí, tía. Pero el cuento dura poco. Luego viene la parte en la que se transforma y se convierte en un capullo.

—Sí, todos hemos visto su metamorfosis —admití.

—Tiene cosas que me gustan y un millón que no.

—Ya entiendo —comenté acomodándome en el banco.

—¿Qué es lo que entiendes? —Ana me conocía como nadie, pero pareció olvidar que yo a ella también.

—Está claro.

—¿El qué?

—Que te gusta un montón.

—¿Me has escuchado? —preguntó molesta—. Te acabo de decir que...

—Que precisamente lo que te pone es ese millón —la interrumpí.

Ante mi respuesta, ella resopló. Después bufó. Y cuando parecía que iba a decir algo, volvió a resoplar.

—Lo sé, Plazas, lo sé —dije tocándole el brazo para consolarla—. ¡Son la hostia!

# Capítulo 9

## ELLOS

### Las tías lo complican todo

—Tío, ya la cagamos la otra vez por divertirnos un rato —dijo el más alto de los dos al llegar al patio del restaurante—. Ahora toca hacer las cosas bien, y lo sabes.

—Tú diciéndome eso a mí. Venga, Muñoz, ¡no me jodas!

—¡No me jodas tú a mí! —Su amigo no estaba dispuesto a ceder—. Si hacemos lo que nos piden podríamos meternos en un lío. Y ya conoces cómo se las gasta el jefe; esto sería la excusa perfecta para ponernos de patitas en la calle.

—Sabes tan bien como yo que eso no va a pasar.

—¿Y tú cómo estás tan seguro de eso?

—Porque igual que nadie se enteró de que las vimos, nadie se va a enterar de esto.

A Muñoz le costaba creer la actitud que estaba mostrando su amigo. Siempre había ocurrido al revés, era él quien tenía las ideas más descabelladas y arriesgadas, y su compañero quien marcaba la diferencia entre lo que estaba bien y lo que no. Pero en este caso, estaba sucediendo justo al revés, y eso le tenía descolocado.

—Dime una cosa —le pidió—. ¿A qué viene tanto empeño?

Giménez hizo una pausa para mirar a través del ventanal. Al otro lado, las chicas charlaban entre sí.

—Tío —comenzó a explicar sin poder apartar la vista de Iris—, porque esa rubia tiene algo especial.

—¿Va en serio?

—Me temo que sí.

Aquella revelación lo dejó fuera de juego. Lo último que esperaba era que,

tras una broma que él mismo propuso aquella noche tras el accidente en la plaza, su amigo acabase colándose por la chica, tal y como le estaba dando a entender. Nunca le había faltado a la verdad en los treinta y tres años que se conocían, jamás le había pillado en un renuncio o una mentira, así que daba por hecho que sus sentimientos eran reales.

Miró a través del cristal hacia el lugar donde él lo hacía, y vio a las chicas, que cuchicheaban entre ellas, a buen seguro, de ellos dos. Después, volvió a girarse hacia su compañero, y comprobó que sus temores eran ciertos. El modo en que la miraba lo delataba y confirmaba que lo que le había dicho era verdad, que aquella rubia le había calado hondo, mucho más de lo que quería creer.

—¡Vaya! —exclamó Muñoz francamente sorprendido.

—Lo sé, tío —dijo volviéndose hacia él—. Yo tampoco me lo esperaba, y estoy igual de asombrado que tú.

Ambos guardaron silencio. Por parte de uno, porque debía asimilar que su corazón volvía a latir por alguien. Por la del otro, porque debía reordenar en su mente toda la información que su compañero acababa de confesarle. Nunca pensó que se vería en esa tesitura, pero se vio obligado a advertirlo.

—Giménez, sabes que me alegro mucho por ti, y más después de lo que pasó, pero...

—Sé lo que vas a decir —lo interrumpió—, no necesito que me lo recuerdes —Su timbre de voz sonaba más apagado de lo habitual.

Él y Muñoz se conocían desde la infancia. Ambos se criaron en el mismo barrio, y su amistad iba mucho más allá de la de cualquier colega o compañero de trabajo. Llevaban toda una vida juntos, incluso hasta cuando se trasladaron a Ávila y acabaron siendo compañeros de trabajo. Conocían al dedillo la vida del otro, y por eso Muñoz, más que nadie, entendía por lo que su amigo estaba pasando. Tras el accidente, Giménez no había vuelto a ser el mismo, y cuando por primera vez parecía ilusionarse por alguien, lo estaba haciendo de la persona... equivocada.

—Tío, por mucho que te joda —insistió—, tengo la obligación de hacerlo.

—Y yo te estoy diciendo que te lo ahorres, ¿vale? ¡Joder! —se quejó echándose las manos a la cabeza. Él no solía actuar así, y mucho menos hablarle de aquel modo.

—Tío, no puedo verte así —masculló molesto.

—Tranquilo, se me pasará —aseguró Giménez recomponiéndose para calmarlos a ambos.

—No quiero que te hagas daño —insistió—, pero tampoco que se lo hagas a ella.

—¡Es lo último que quiero! —se defendió molesto por su insinuación.

Muñoz podía ser un capullo cada vez que se lo proponía, aunque en el fondo supo que lo había hecho porque también era un tío leal que odiaba las injusticias.

—Lo siento —rectificó Giménez al darse cuenta de cómo le había hablado.

—¿Te gusta... de verdad? —Muñoz conocía la respuesta, pero necesitaba oírsele decir a él.

—Tío, sé que nuestra perspectiva de las relaciones de pareja son distintas, y puede que me tomes por loco por lo que te voy a decir, pero te aseguro que lo que siento por ella es real. No sé cómo explicarlo.

—No necesitas hacerlo, tu cara habla por ti.

—Siempre he sido muy expresivo, ya lo sabes —se mofó haciendo un mohín que intentó pareciese divertido, pero que acabó siendo afligido y agonizantemente triste.

Aquello fue para Muñoz peor que un puñetazo en el pecho, y no tardó en responderle.

—Está bien. ¡Lo haremos! —anunció de pronto.

—No es momento para una de tus bromas —masculló.

—¿Y quién ha dicho que sea una broma?

—¿Hablas en serio? —Se mostró tan sorprendido, que no supo qué decir.

—No sé qué va a pasar —dijo como si nada, simulando recolocarse las bocamangas de la camisa—, pero si estás tan encoñado con esa tía, igual merece la pena arriesgarse.

Muñoz jamás reconocería que tanta pena le estaba revolviendo el estómago y necesitaba volver a la normalidad cuanto antes. La luz volvía al rostro de su mejor amigo, y supo que había hecho lo mejor. Además, no podía evitar sentirse culpable. Él fue quien los arrastró a aquella situación porque la idea de grabarlas para posteriormente gastarles una broma fue suya, y no de su compañero, que lo único que había hecho era acabar cediendo como tantas otras veces.

—Gracias, tío, eres grande —manifestó Giménez agarrándolo por el hombro. Lo conocía de sobra y sabía que, por mucho que lo negase, era un gruñón con un corazón que no le cabía en el pecho.

—No te me vengas arriba, que pienso cobrármela.

El más bajo de los dos rio. Lo hizo porque sabía que, en el fondo, él también quería. Muñoz siempre acababa sacándole partido a todo, era parte de su esencia. Como también lo era forjarse una armadura de metal frío y duro para impedir que nadie lograra conocer cómo era realmente. Aunque algo en su interior, le decía que quizás alguien que ambos empezaban a conocer, podría acabar por desarmársela.

—Bueno, ¿y qué hay de ti y la morena? —preguntó picarón.

—Lo mío no tiene nada que ver con lo tuyo, no te ilusiones.

Él nunca se había comprometido con nadie porque prefería, como solía decir, vivir con libertad. Era de los que reivindicaban lo absurdo que era quedarse con una cuando podía tener a todas cuantas quisiera.

—O sea, que te gusta —insistió más para picarlo que por cualquier otro motivo.

—Está muy buena, pero tiene un genio que no hay quien la aguante —comentó para dejar bien claro que entre ellos no había nada y, de paso, autoconvencerse de que mantenerla a raya era lo mejor para ambos.

—Es la horma de tu zapato —se mofó Giménez, dispuesto a sacarle toda la información posible.

—¡No digas gilipolleces!

—Reconócelo, te pone.

—Sí me pone, sí, pero de los nervios —aseguró mirándola a través del cristal.

—Ya, ya, lo que tú digas.

—Tío, en serio —se quejó volviéndose hacia él—, lo de casamentero se te da fatal, mejor déjalo.

—Pero si se te cae la baba cada vez que la miras, ¿por qué vas a negarlo?

—¿Y a ti qué cojones te pasa? —se quejó divertido—. ¿Sales de la ciudad y te salen corazoncitos de los calzoncillos o qué?

Su amigo rio a carcajadas.

—Di lo que quieras —insistió sin dejar de reír—, pero a mí no me la cueles.

Su risotada lo molestó aún más.

—Vale, está buena. ¿Es eso lo que querías oír? ¿Ya estás contento? —bufó.

—Viniendo de ti, es un paso. Aunque...

—¿Qué pasa ahora? —se quejó. Empezaba a estar harto de sus insistentes insinuaciones.

—Que igual que tú me has advertido a mí, ahora me toca hacerlo a mí.

Diviértete, pero no le hagas daño.

—Cuando te pones en plan Pepito Grillo eres un toca-huevos, ¿lo sabías?

—¡Le dijo la sartén al cazo! —se mofó nuevamente el más bajo de los dos.

—Tú encárgate de la tuya, que ya tienes bastante. De la morena me encargo yo —dijo mirándola una vez más.

—¡Eh, un momento! ¿Qué vas a hacer?

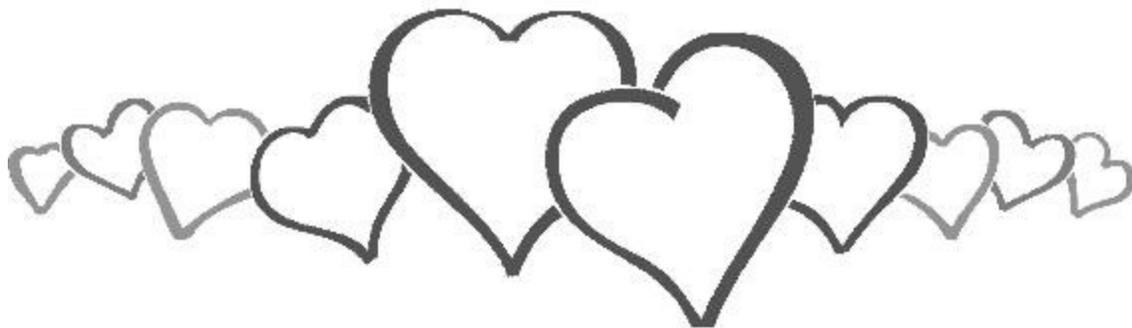
—Se me está ocurriendo algo.

—Tío, que nos conocemos —le advirtió. La risa había dejado paso a la intranquilidad—. ¿Puedo quedarme tranquilo?

—Que sí, joder. Solo voy a hacerlo *a mi manera*.

—Miedo me das.

—Déjate de gilipolleces y volvamos, que tengo hambre.



—Está bien —anunció Muñoz al regresar a la mesa—, llevaremos el coche al taller.

—¿De verdad? ¡Gracias! —gritó Iris emocionada, tocándole el muslo por debajo de la mesa al canoso en un acto reflejo.

En cuanto se percató de lo que había hecho, quiso apartarse. Pero Giménez se le adelantó y retuvo su mano, agarrándola con fuerza. Estaba encantado de que ella sintiese aquella libertad para acercarse a él. Con aquel gesto a Iris se le encogió el estómago. Siempre había escuchado que se sentían mariposas cuando alguien te hacía sentir de aquel modo, aunque ella lo que notó fue más bien una lavadora a toda velocidad en el último programa de centrifugado. Alzó la vista, nerviosa, y se emocionó aún más al ver la ternura con la que él la estaba mirando.

—Te lo agradezco mucho —le murmuró Ana a su compañero. Al igual que

su amiga, se sentía profundamente agradecida por el gesto.

—Espera a decirlo dentro de un rato —le respondió él con chulería, dispuesto a cargarse el momento y a dejar bien claro quién de los dos tenía la sartén por el mango.

—¿Qué quieres decir? —le demandó ella inquieta.

Solo una frase y el ambiente volvía a caldearse de nuevo.

—Después de cenar te lo digo, *morena*.

—No, me lo vas a decir ahora. ¿Qué has querido decir?

—No hablo con el estómago vacío, lo siento —se burló, llevándose a la boca un primer bocado para, de paso, no tener que contestarle.

Ana estaba que echaba humo, aquel hombre conseguía sacarla de sus casillas como ningún otro. Ella también tenía hambre, sus tripas no dejaban de recordárselo, y puesto que todos habían dado por iniciada la cena, acabó claudicando y uniéndose al resto.

Tras un incómodo silencio, protagonizado por varios cruces de miradas entre los cuatro, mientras masticaban, bebían y demás, Iris, que se moría por averiguar más cosas sobre ellos, se atrevió a preguntarles.

—¿No nos vais a decir, ni siquiera, a qué os dedicáis?

—Somos funcionarios —le respondió su chico, tal y como ella ya lo consideraba.

—¿Y os alojáis en un hostel? —preguntó Ana.

—Nos acaban de trasladar —aclaró el moreno.

—¿Y en dónde trabajáis? ¿En el ayuntamiento de Híncala Arriba? —intervino Iris de nuevo.

—No, no podríamos trabajar encerrados en un despacho —le aclaró su compañero.

—¿Entonces? —demandó Ana. No había cosa que más le molestara que tener que sacar la información con sacacorchos. Le resultaba tedioso y realmente desesperante.

—Alguien tiene que encargarse de que lleguen los paquetes a donde deben, ¿no crees, *morena*?

Ana odiaba su chulería. Le desquiciaba el modo en que se dirigía a ella, que interpretaba como una clara declaración de intenciones de que ÉL era el único y consagrado macho alfa.

—Así que sois carteros —manifestó sin disimular lo mucho que le sacaba de sus casillas.

—Tú lo has dicho —respondió guiñándole un ojo.

—¿Y qué problema hay en que conozcamos vuestros nombres? ¿Teméis que vayamos a denunciaros por un paquete que no llegó?

—Nos gusta mantener el misterio.

—¿Sois conscientes de lo raro que resulta cenar con vosotros, por no hablar de lo que ocurrió anoche, sin saber siquiera cómo os llamáis? —Volvió a la carga molesta.

—Dime una cosa, *morena* —dijo girándose hacia ella, apoyando la mano sobre su respaldo y, de paso, acortar la distancia que había entre ambos—. ¿De qué te serviría que te dijera que me llamo Pepe, por ejemplo?

—Ese nombre no te pega. Y para tu información no saberlo genera desconfianza —se defendió ella. Tenerlo tan cerca y sentirse acorralada por su brazo la ponía demasiado nerviosa.

—Ahí coincido con ella —se le unió Iris.

—Tenéis razón —comentó Giménez, poniéndose una vez más de parte de la chica que tanto le gustaba, y en contra de su mejor amigo, con la firme intención de aclararle que a él también le incomodaba esa parte del acuerdo que habían pactado entre ambos—. Hagamos una cosa —anunció sin importarle lo que este pensara—. Cuando arreglemos lo del coche, os diremos todo lo que queráis saber.

—Me parece bien —le respondió Iris, con cara bobalicona.

—Pero antes debéis devolvernos el favor —intervino Muñoz haciéndole una señal a su compañero. Se le había adelantado, y no estaba dispuesto a perder la oportunidad que se le brindaba.

Este iba a preguntarle con la mirada cuando Ana se le adelantó.

—¡Un momento! ¿Devolveros el favor? ¿Cómo?

—No pensarás que vamos a ser cómplices de un asesinato sin llevarnos algo a cambio, ¿verdad?

Hasta el camarero podía ver el humo que a Ana le salía por las orejas.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —inquirió escupiendo cada una de las palabras.

Iris contempló la escena expectante, Giménez sonreía para sus adentros, y Muñoz, que no había nada en el mundo que le gustase más que provocar a una mujer, dejó su servilleta sobre la mesa, se acercó de nuevo hasta ella hasta casi rozar sus labios, y con una sonrisa ladina, le susurró:

—Te toca pasar una noche conmigo, *morena*.



## Capítulo 10

ANA

## A punto de cometer *chulocidio*

Casi se me desencajó la mandíbula al escucharlo. Pero, ¿quién se había creído que era? ¿Mi chulo? ¿Cómo podía tener la poca vergüenza y la desfachatez de soltarme aquello sin inmutarse? Me volví hacia Iris en busca de su apoyo porque entre las dos íbamos a ponerlo fino, y lo único que encontré fue su cara de empanada enamorada con los ojos llenos de corazones con purpurina.

Estaba sola en esto, y me centré de nuevo en el chulito. Él seguía mirándome con aquella cara de «vas a hacer todo lo que yo te diga», y yo con la de «la llevas clara, porque te voy a dar *pal pelo*». Iba a oírme, pero bien. En el transcurso de esos segundos, me había dado tiempo a recopilar varias respuestas, las suficientes para armar en mi mente un ejército de dardos envenenados para atacar. Iba a dejarlo temblando. Tan solo tenía que darles la señal, y saldrían todos a matar. Lo hice. Vaya si lo hice. Pero nada más separar mis labios él se acercó más, y mi ejército se agolpó en mi garganta. Casi me ahogo al notar cómo las respuestas se pisaban y aplastaban unas a otras sin poder salir. Si lo de escapar ya fue imposible, lo de hacerlo de forma coherente y ordenada ya ni hablamos. Carraspeé y me aparté como pude para beberme mi copa de un solo trago. Que hiciese ruido y que los tres me mirasen como si fuese una tabernera de la Edad Media era lo de menos.

—Ven conmigo —le dije a Iris, cogiéndola del brazo y arrastrándola hacia el patio del restaurante.

No esperé su respuesta, ni pedí que nos excusaran. Necesitaba con urgencia hablar con mi amiga, y me importaba un bledo si mis modales estaban en tela de juicio.

—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto me detuve.

Los chicos nos miraban desde la mesa al otro lado del cristal, lo que me obligó a girarme para no verlos.

—Que ¿«qué pasa»? ¿Acaso no has escuchado lo mismo que yo? —inquirí furiosa.

—Sí —me contestó tan pancha.

—¿Y no tienes nada que decir?

—No.

—¿Te importaría ampliar más tu repertorio de palabras? —Estaba enfadada, mucho, a decir verdad.

—Tía, ¿qué quieres que te diga? Yo estoy encantada.

—Eso no hace falta que lo jures.

—¿Entonces?

—Iris, por el amor de Dios, nos están haciendo chantaje desde que nos conocimos. ¿No te das cuenta de que esto no va a parar nunca?

—¿Y?

Por más que le decía ella no borraba la sonrisa bobalicona de la cara. ¿Qué había pasado con su empatía?

—Definitivamente te has vuelto loca. En serio, tía, me cuesta creer que lo veas como algo normal.

—Si liarse con el tío que te gusta es estar loca..., sí, lo estoy —se defendió.

—Apenas lo conoces —argumenté.

—Por eso mismo quiero ponerle remedio.

Estaba tan convencida, que empezaba a pensar que no lograría persuadirla.

—¡Bah, tía, pero si te gusta! —añadió—. ¿Qué hay de malo en que pases una noche con él?

—¿Estás hablando en serio? ¿Quieres que me prostituya?

—¡No! Yo no he dicho eso —se excusó—. Hablo de dormir con él. Y no es por fastidiar, pero, ¿ves? Si hasta tu subconsciente piensa en ello, por algo será.

—Sí, claro, y nos montamos un «felices los cuatro».

Iris no dejaba de reírse, lo que me enfurecía aún más.

—Que te pongas de su parte me parece el colmo —protesté.

—¿Estoy de su parte? —preguntó intentando hacerse la sorprendida, algo que no consiguió por la risa que intercalaba entre frase y frase.

—No sé dónde le ves la gracia —me quejé.

—Lo que no sé es por qué no se la ves tú. Tenemos una oportunidad de oro con dos tíos increíbles. Aquí nadie nos conoce, y en casa nadie nos espera. ¡Es el plan perfecto!

—Mirado así... Pero no —volví a la carga—. El tuyo no lo sé, pero el mío es un chulo de cuidado. ¿No has visto de qué forma me ha soltado eso?

—¡Ha sido la bomba!

—¿Podrías al menos borrar esa sonrisa? —Me tenía de los nervios—. Lo digo en serio, me ha tratado como una prostituta —me defendí—. Me arregla el coche si me acuesto con él. ¿Qué clase de hombre haría eso?

—Tú lo has dicho —comentó con seguridad—. Un hombre.

—No te reconozco. Sal del cuerpo de mi amiga y devuélvemela —dije formando una cruz con los dedos.

Ella rio, y yo... yo acabé cediendo. Sabía cuánto le gustaba aquel chico y la necesidad que tenía de pasar página, mucha más que yo, todo sea dicho. No fue a mí a quien se le truncaron los planes de boda y, a decir verdad, a día de hoy sigo poniendo en duda que estuviese realmente enamorada de Aniceto.

—Está bien, como quieras. Dame la llave de tu coche y mañana vengo a por ti —dije alargando la mano.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Se supone que duermes en mi casa, ¿recuerdas?

—Es verdad. ¡Joder, Iris! Si ni siquiera quiero mirarle a la cara, ¿cómo quieres que duerma con él?

—Tía, venga, va, hazlo por mí. No tienes por qué hacer nada con él si no quieres. Pero quédate, por favor.

—De verdad, es que no puedo —mi voz sonaba ya menos agresora.

—Por favor —me suplicó poniéndome morritos.

—Que no puedo, no insistas.

—Pero, ¿por qué? —preguntó en tono de fastidio.

—Porque voy sin ... *ar* —balbuceé.

—¿Qué?

—Que voy sin ... *ar* —Tenía los labios tan juntos, que ni yo me escuchaba.

—¿Qué dices?

—¡Que voy sin depilar, coño!

Su risotada consiguió cabrearme de nuevo.

—Por lo menos una de las dos se divierte —gruñí.

—¿No decías que no ibas a hacer nada con él?

Iris siguió carcajeándose y yo la fulminé con la mirada. Tenía súper claro que no iba a hacer nada con él, no era necesario que me lo recordara. Pero una mujer siempre debe estar preparada ahí abajo por si las moscas, y yo no había tenido tiempo ni de mirármelo con el ajetreo que habíamos llevado desde el accidente.

—Vale, ya paro —Se justificó mostrando las palmas de las manos en señal de paz—. Es un caso de fuerza mayor, lo reconozco. De acuerdo, pídetes otra habitación para ti y listo.

—Me parece bien. Suelta la pasta —De nuevo le ofrecí la palma de la mano.

—¿Perdona?

Al menos conseguí borrarle la sonrisa. Me tenía negra.

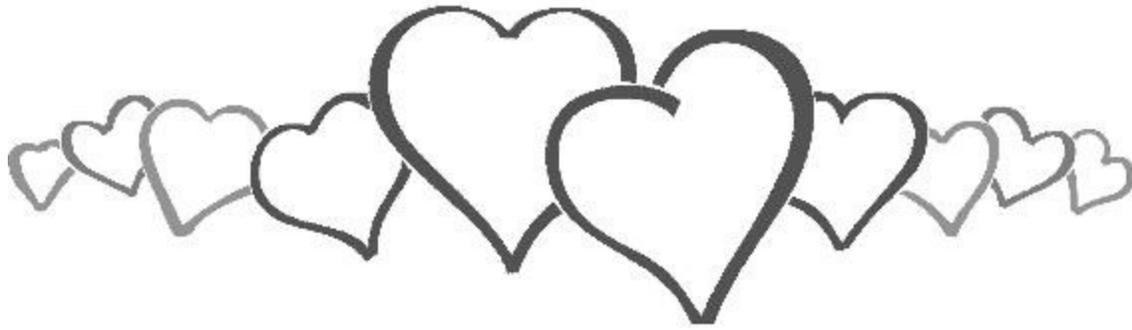
—¿No pensarás que encima voy yo a pagar una habitación para que tú mojes en la suya?

—¡Eres...!

No acabó la frase. Rebuscó en su bolso y me entregó veinte euros.

—¿Solo veinte? —le recriminé.

—Es un hostel, tía, no el Palace —dijo dándome la espalda mientras regresaba con los chicos.



*Entretanto...*

—Tío, no es por fastidiarte el plan, pero me da que como sigas por ahí, no te comes un rosco —dijo sin apartar la vista de las chicas.

—Giménez, tu problema es que, además de ser un romántico de las narices, eres hombre de poca fe —aseguró mirando a Ana quien, para su sorpresa y deleite, se giró enfadada al comprobar que él la observaba, lo que le permitió recrearse en la parte trasera de su anatomía. Vamos, lo que viene siendo el culo.

—Puedes llamarme lo que quieras —insistió algo más serio—, pero estas tías no son como las que solemos conocer.

—Eso ya lo sé —masculló.

—No, no lo sabes.

—¡No me toques las pelotas, joder! —se quejó volviéndose hacia él.

—¡No me las toques tú a mí! No quiero que la fastidies, como hiciste la última vez.

Giménez estaba dispuesto a todo para protegerlas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Muñoz odiaba tener que recordar su último rollo, y mucho más que fuese su mejor amigo quien se encargase de hacerlo por él—. Fue un error, ya lo sabes. ¿Acaso tú no cometes errores?

—Sí, como todo el mundo. Por eso no quiero volver a hacerlo.

—El mayor error que cometimos fue no denunciarlas desde el primer momento —aseguró molesto, bebiendo de su copa.

—¡Pero si fuiste tú quien dijo de no hacerlo! —se defendió.

—Tampoco tuve que obligarte.

Ambos hombres volvieron a girarse para mirar las chicas.

—En serio, tío —Quiso rematar Giménez—, procura no cagarla.

—Es curioso que yo mismo te haya pedido eso hace un rato.

—Sí, pero eso fue antes de conocer tus planes. Son inocentes, y es precisamente eso lo que más me gusta de ellas.

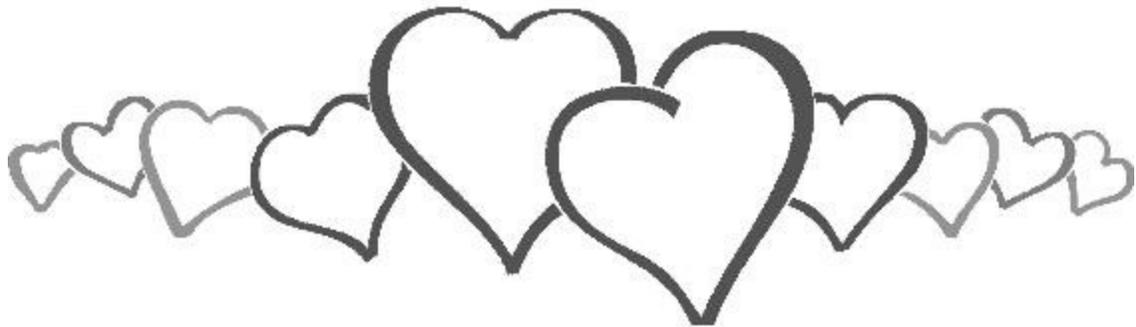
—Creía que solo te gustaba la rubia —dijo volviéndose hacia él.

—Hablabas en general.

—Pues hazlo en particular, porque la morena es mía —aseguró centrándose de nuevo en ella.

—¿No decías que no te gustaba? —se mofó.

—Yo nunca he dicho eso—se excusó retomando la cena al ver que las chicas regresaban a la mesa.



La cosa no mejoró cuando salimos del restaurante. Iris había bebido un par de copas y su chico —sí, yo también lo llamaba así—, se empeñó en llevarla.

—Puedo hacerlo yo —insistí con tal de no irme con don «me cobro los favores como me da la real gana».

—No hace falta, gracias —me contestó ella sin dejar de sonreír,

desapareciendo con el canoso, y dejándome, una vez más, a solas con el chulito.

Resignada, me encaminé hacia el todoterreno donde él, con aquella sonrisa ladina, que mantuvo durante toda la cena, me esperaba.

—Adelante, *morena* —dijo abriéndome la puerta del copiloto.

Sin mirarlo a la cara resoplé al pasar por su lado, y me subí al coche. En cuanto cerró, recordé todo su árbol genealógico, aunque sin darme cuenta, dejé que las palabras salieran de mi boca.

—¿Qué has dicho? —demandó cuando entró.

—Pensaba en voz alta —me excusé. Debía de tener una familia muy extensa porque me había dejado más de la mitad por nombrar.

—Cuéntamelo, nos vendrá bien algo de charla para el camino —comentó abrochándose el cinturón.

No le hice caso. Preferí darle la espalda y mirar por la ventanilla, que aún me quedaban los sobrinos y la familia política.

—Puedes compartirlo conmigo, si quieres —insistió.

—Gracias.

—¿Y?

—¿«Y» qué? —repetí volviéndome hacia él.

—¿No vas a contármelo?

—No era nada importante —mentí.

¿Los tíos abuelos también entraban en el lote?

—Está bien. Hagamos una cosa —propuso con su muñeca izquierda reposando sobre la parte alta del volante y la otra mano sobre el cambio de marchas. ¡Era chulo hasta para conducir! —. Yo te cuento algo de mí si tú me cuentas algo de ti.

—¿Y qué te hace pensar que me interesa saber algo de ti? —mentí de nuevo. Me moría por conocerlo todo; mi parte maruja llevaba demasiado tiempo de vacaciones y ya era hora de hacerla volver al tajo.

—Tu boca contradice a tus ojos, *morena*.

Allí estaba de nuevo aquel tono que tanto me cabreaba. Lo de que me ponía mejor me lo salto. Con él no sabía a qué atenerme. No dejaba de darme una de cal y otra de arena, y aquello no hacía más que volverme loca.

—¿Además de cartero eres vidente? —Tenía que mostrarle las uñas, que supiera de qué pasta estaba hecha.

—Cuando se trata de Mujeres es fácil serlo.

—¿Perdona? —inquirí volviéndome de nuevo hacia él.

«¿A que lo agarro de los pelos y lo dejo calvo?», pensé recreando la escena en mi mente.

—¿Ves? Solo hay que picaros un poco para llamar vuestra atención — soltó con sorna y su sobrada sonrisa, convertida ya en marca de la casa.

Volví a bufar. Tenía razón en cada palabra que había dicho. Y lo peor de todo era que, sin mover un solo dedo, sabía cómo provocarme, y no en un único sentido.

—De acuerdo, empezaré yo —dije de pronto para desviar el tema y, de paso, intentar una vez más que hubiese una tregua entre ambos—. Me gusta probarme todos mis complementos cuando no me ve nadie.

Mi confesión no pareció sorprenderle, y no tardó en responderla.

—Me gusta dormir desnudo, incluso en invierno.

«¡Toma del frasco, Carrasco! Yo aquí hablando de bolsos y él soltándose lo de dormir en pelotas como si nada». Mi mente calenturienta ya lo estaba imaginando y tuve que obligarme a tragar saliva.

—No como nada que contenga excesiva grasa —añadí disimulando que ya lo veía haciéndome un estriptis.

—Eso lo he podido comprobar en la cena —apuntilló. Le escudriñé con la mirada y él prosiguió—. Hablo cuando estoy dormido.

—O sea, que no te callas ni debajo del agua —Se la devolví.

Él se giró para mirarme, y por primera vez desde que nos subimos al coche, ambos sonreímos.

—Odio la gente maleducada —continué para no caer rendida ante aquella sonrisa.

—Ya somos dos.

—Tengo veinticinco años.

—Treinta y tres.

—Estoy soltera —«Y casi entera», estuve a punto de añadir.

—Yo también.

—Mi sueño es largarme de aquí algún día.

—Eso es fácil.

—Eso lo dices porque no eres de aquí —me defendí.

—Es fácil... para quien tiene lo que hay que tener —me rebatió.

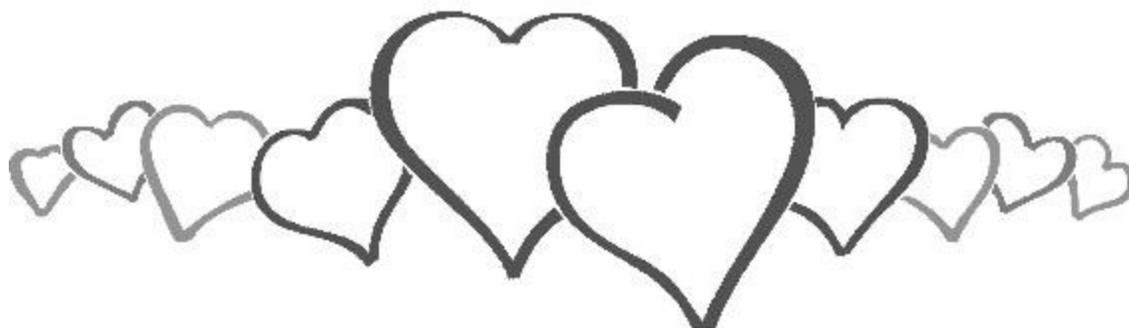
—¿Me estás llamando cobarde? —inquirí girándome hacia él. Otra vez tocaba cal. No ganaba para tanto cambio.

—Tú lo has dicho, no yo.

Volvía a tener razón. ¡Dios, cómo me fastidiaba!

Por fortuna llegamos al aparcamiento del hostel antes de acabar loca perdida con tanto altibajo. Me sacaba de quicio como nadie, y eso me ponía de los nervios. Con Aniceto todo era mucho más sencillo, con él era fácil mantener una conversación, más que nada porque era yo quien llevaba la voz cantante. Pero a este, no había por dónde cogerlo. Igual me daba un caramelo que me lo quitaba cuando iba a llevármelo a la boca.

Al pasar junto a dos autobuses que había aparcados junto al coche de Iris, recibí un mensaje de esta. En él me citaba para reencontrarnos a primera hora de la mañana en la puerta del hostel y me deseaba suerte. Obvié la segunda parte, y me centré en memorizar que debía ponerme la alarma del móvil si queríamos llegar a tiempo de cambiarnos antes de ir al trabajo.



—¿Que no le quedan habitaciones libres? —inquirí al recepcionista cuando nos comunicó que el hostel estaba completo.

—Con el club de senderismo que ha llegado esta noche —aclaró—, me temo que no voy a poder darles nada.

«¡Los autobuses!», recordé.

¡Era lo que me faltaba! El cosmos entero parecía confabularse en mi contra. ¿Tan mal me había portado en mi vida para que el karma me castigase de aquella forma? Nada más formular la pregunta caí en la cuenta y di con la respuesta. Había estado tan ocupada echándole la culpa a mi mala suerte, a la gente del pueblo, al alcalde o al chulo de marras —bueno, él un poco de culpa sí que tenía, todo había que decirlo—, que no había reparado en el verdadero motivo por el que me estaba sucediendo todo. En ese momento lo supe. No se trataba de lo que hubiese hecho en veinticinco años, pues si no había sido una mojigata durante todo ese tiempo poco me faltaba, sino de lo que pasó aquella

noche. Lo vi todo claro, no era yo, sino Don Pepino. ¡Me había caído su maldición!

—Debe haber algo que se pueda hacer —intervino mi acompañante, alias «duermo en pelotas... prepárate, *morena*».

—Ya les he dicho que está todo completo —repitió el anciano.

Yo no dije nada, andaba ocupada santiguándome mentalmente por mis calenturientos pensamientos.

—¿Ninguna de reserva? —insistió el morenazo. Acababa de subirle la categoría sin enterarme—. Nos conformaremos con cualquier cosa que pueda darnos —añadió.

—Bueno, tampoco te pases, cualquier cosa... —musité.

—La verdad es que tengo algo —dijo el hombre—, pero no sé si les gustará.

—Si tiene una cama y un baño, nos vale.

—Sí, claro, eso sí que tiene.

—Perfecto. Nos la quedamos —aseguró.

«Me llamo ignoro», pensé.

—Es un poco pequeña y no está restaurada. Aunque si no les importa, seguro que podrán apañarse —anunció el anciano volviéndose para coger la llave del estante—. La juventud no tiene los problemas que tenemos los de nuestra edad.

Aprovechando que el hombre estaba de espaldas, me volví hacia el moreno para recriminarle que no hubiese contado con mi aprobación cuando me encontré con la dichosa marca de la casa.

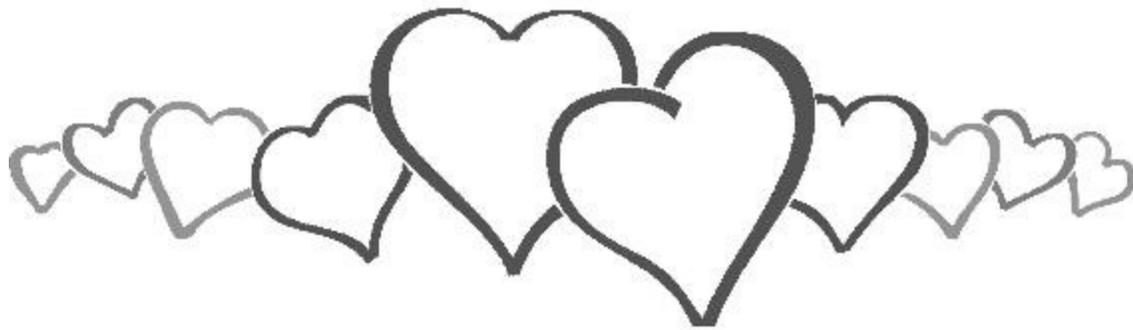
—Borra esa sonrisita de tu cara porque no va a pasar nada entre nosotros —mascullé lo suficientemente bajo para que el anciano no me oyera.

—Ya te lo he dicho, *morena*: los favores se pagan —respondió pasándose mi amenaza por el forro.

Hubiese pagado por tener poderes en los ojos para machacarlo allí mismo, pero tuve que conformarme con dedicarle una mirada indolora.

—Póngala a mi nombre —le pidió al coger la llave.

De nuevo un gesto de caballerosidad que aniquilaba mi escudo protector contra chulitos. Si no acababa loca, poco me iba a faltar.



La habitación era la setenta, la que estaba justo enfrente de la de los chicos. Al pasar por su puerta recordé lo que ocurrió, y volví a enfurecerme de nuevo. Estado emocional actual: hecha un lío.

—Sí que es pequeña —dije al entrar y quedarme parada frente a los pies de la cama, o sea, en la misma puerta porque no había ni un paso de distancia.

El catre era de cuerpo y medio, tirando más al medio que al entero. Apenas había espacio entre él y las cuatro paredes que lo rodeaban. A la izquierda, había un mini armario, y la derecha una puerta que, deduje, era el baño.

—Debe haber mantas por alguna parte —anuncié dirigiéndome hacia el armario.

—¿Mantas? Sí que eres friolera.

—No son para mí —dije cogiendo las dos únicas que había para regresar tras mis pasos hasta él y estampárselas contra el pecho.

—¿Qué esperas que haga con ellas?

—Usarlas de colchón.

Ni yo misma sabía cómo lo haría, pues la habitación era tan pequeña que no había ni espacio para dormir, y menos para un hombre tan grande como él.

—¡No, ni de coña! —se quejó.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has ido de acampada? —pregunté volviéndome hacia la única mesilla que había en el cuarto para dejar el bolso. La idea había sido mía, tampoco era cuestión de echarme atrás.

—Si crees que voy a dormir en el suelo, es que no me conoces —aseguró con firmeza, dejándolas caer a los pies de la cama.

—Es cierto, no te conozco —admití volviendo hacia su posición—. Y por

eso precisamente no vas a dormir conmigo en la cama.

—¿Y quién ha dicho que tengas que ser tú quien la use? Hasta donde yo sé, la habitación está a mi nombre, y por tanto yo tengo más derecho que tú.

«¡Joder, puñeta, leches...! ¿No me podría haber tocado un tonto para variar?».

—Está bien. ¿Cuánto? —inquirí con los brazos en jarras.

—No podrías pagarlo, *morena* —contestó dando un paso firme hasta mí.

En cuanto su rígido estómago rozó mis pechos creí enloquecer. Pude sentir cómo mis pezones se erizaron a una velocidad que ni yo misma podía controlar. ¿Cómo era posible si apenas me había tocado? Me obligué a tragar saliva, mi boca también debió notar lo porque hasta hacía escasos segundos estaba húmeda. Aunque para húmeda cierta parte de mi cuerpo. «¡Reacciona, Ana!», me reñí a mí misma.

Pero por más que me esforzase, y pese a que no lograba entenderlo, el poder que ejercía sobre mí estaba a punto de ganar la batalla. Sin que le concediese el permiso necesario, su olor avanzó hasta penetrarme hasta lo más profundo. Aquello era una invasión en toda regla, dominada y dirigida por sus ojos, convertidos en el más alto mando de todo su indestructible ejército de seducción. Con la misma fuerza con la que mi nariz fue asaltada, su mirada, penetrante e inquieta, consiguió alzarse con la conquista del resto de mi ser. Era tan intensa que temí que con ella acabase viendo más allá de lo que yo quería mostrarle. Puede que estuviese perdiendo el juicio, o que fuese por las dos copas de vino que me había bebido durante la cena, pero en aquel instante pensé que aún no estaba todo perdido y que todavía podía resistir.

—¿Cuánto quieres por la habitación? —balbuceé.

—Teniendo en cuenta que es la única libre de todo el hostel, y que no hay más en varios kilómetros a la redonda... unos quinientos euros, como mínimo.

—¿Te has vuelto loco? —No había nada como un poco de su prepotencia para recargarme la energía—. Esta habitación no costará más de veinte —bramé recordando lo que me había dado Iris.

—Todo es relativo, *morena*.

Cada vez que pronunciaba aquella palabra me temblaba hasta la última pestaña. Solo él era capaz de convertir cada letra en algo prohibido. Si seguía por aquel camino no iba a sentirme preparada para enfrentarme a él, y eso me enfurecía, excitaba e inquietaba al mismo tiempo.

—Eres un miserable —solté intentando no mostrar lo atraída que me sentía

por él.

—Mil euros —respondió sin amilanarse con su particular sonrisa.

—Y un malnacido —añadí apretando los puños hasta marcarme las uñas.

Cualquier distracción era buena idea para no caer rendida.

—Mil quinientos.

Estaba tan excitada que me costaba hasta respirar.

—Y un prepotente —El tono de mi voz comenzaba a mostrar la flaqueza que ya sentía.

—Mil setecientos cincuenta —dijo rozando mis labios.

Ni siquiera se esforzaba en esconder el deseo que emanaban sus ojos.

—Y un caradura.

Apenas me salía la voz. Ni siquiera recordaba de qué estábamos hablando. Estaba siendo hechizada por su dominio y su devastadora confianza. La mía debía andar perdida en algún rincón de la habitación, porque ya no me importaba que fuese el hombre más chulo sobre la faz de la Tierra ni ser el precio a pagar. Ya nada tenía sentido. Me estremecí al notar cómo contemplaba mis labios y la pasión con la que perdía la vista en ellos. Solo quería que me besara, que me estrechara entre sus brazos y me susurrara cuánto le apasionaba tocarme. Necesitaba que apaciguara el ardiente calor que me estaba abrasando por dentro, y que solo él podía calmar. Dejé escapar un gemido. Uno que provenía de lo más hondo, guiado por el más oscuro y recóndito deseo que sentía por él. Pero en ese instante, en ese preciso instante en el que mis anhelos se iban a ver recompensados, su semblante cambió. Se tornó serio, adusto y sombrío. Y sin entender nada, de pronto me soltó:

—Tienes cinco minutos.

Y así, con cara de idiota, y maldiciéndome por haber caído por enésima vez en sus redes, vi cómo se marchó dando un portazo.



## Capítulo 11

**IRIS**

## ¡Hoy por fin mojo!

—¿Crees que esos dos acabarán llevándose bien? —me preguntó subiendo las escaleras del hostel.

—Por la cuenta que les trae, sí.

Mi respuesta le arrancó una sonrisa. Cómo me gustaba ver aquella curva en sus labios. Tenía una dentadura perfecta, que mostraba y aniquilaba todos mis sentidos cada vez que lo hacía. Me hubiese propuesto hacerle reír toda la noche con tal de verla, de no ser porque había algo que aún deseaba más.

—Conozco a Ana —añadí para que no me pillase mirándolo con cara bobalicona—, y sé que esa rivalidad que se han creado ambos solo puede acabar de una forma.

Mi voz sonaba con eco mientras recorriamos el pasillo.

—Entonces creo que ha encontrado la horma de su zapato —aseguró mirándome con complicidad.

«¡Ay, Dios si sigue mirándome así no respondo de mí!!», pensé, obligándome a desviar la vista al suelo.

En cuanto llegamos al cuarto, al que me invitó a entrar con su habitual galantería, los nervios me invadieron. El recuerdo de nuestro primer encuentro entre aquellas cuatro paredes me provocó una sensación de vacío en el estómago, similar al de la caída en una montaña rusa. Era la primera vez que estábamos a solas, y en la que fui consciente de lo que realmente estaba a punto de suceder allí.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó tras cerrar la puerta.

Al volverme pude darme cuenta de que no era la única nerviosa. Estaba de pie, frente a mí, sin dejar de tocarse las manos. Era como si al atravesar la puerta hubiésemos dejado atrás el entretenimiento y la diversión para dejar paso a una inquietante situación. ¿Excitante? Puede. ¿Extraña? Mucho.

—¿Tienes un mini-bar escondido? —pregunté mirando en derredor; no recordaba que hubiese uno en aquella habitación. Aunque me sirvió de excusa para esquivar su mirada y que no viese lo intranquila que me encontraba.

—No. Tienes razón. Puedo darte agua, si quieres —añadió señalando hacia el baño, esforzándose por aparentar una calma que no sentía.

—¿Del grifo? No, gracias.

—Claro, claro —comentó llevándose una mano a la nuca.

Tenía que hacer algo o lo que parecía que iba a ser la cita del año acabaría convirtiéndose en la más desastrosa del siglo. Los dos estábamos allí por un motivo, ambos lo deseábamos y no podía permitir que lo echásemos a perder por culpa de unos absurdos temores. Así que me armé de valor, me deshice del bolso que dejé caer en alguna parte, y sin esperar a que fuese él quien diese el primer el paso, me abalancé sobre su cuello y comencé a besarle.

Pese a que mi actitud le pilló por sorpresa, pronto se dejó llevar y me devolvió el beso. Sus labios eran mucho más suaves de lo que me había imaginado. Era la primera vez que hacía algo así en toda mi vida, pero bien merecía la pena. Abrí la boca y le introduje la lengua, haciéndole saber cuánto lo deseaba. Mi cuerpo reaccionó al instante. Llevaba demasiado tiempo sin sentir algo así por un hombre, y mis inquietas manos no dejaron títere con cabeza. Primero fue su espalda, ¡y qué espalda!, para después dejar paso a la parte baja de esta. Parecía un pulpo aferrándose a una roca. «Ahora entiendo esas fotos que circulan por Facebook», pensé sin dejar de tocarle. Mi mente seguía absorta en *canosilandia* y sin perder un segundo en manosearlo, hasta que, de pronto, me di cuenta de que sus brazos caían inertes de sus hombros.

—Lo siento —dije apartándome avergonzada.

Pude percibir cómo el rubor enrojeció mis mejillas. Me sentí tan abochornada y confundida que retrocedí un paso más hasta tocar los pies de la cama, donde, sin fuerzas, me dejé caer.

—No, soy yo el que te debe una disculpa —se apresuró a responder, sentándose a mi lado.

Su voz sonaba tierna, y pese a que sus palabras iban impresas de consuelo, fui incapaz de levantar la vista de la tarima que había bajo nuestros pies. El remordimiento pesaba demasiado como para poder mirarlo. Mientras me auto-castigaba a mí misma por haberme dejado liar la manta a la cabeza de aquella forma y por haberme dejado llevar por mis instintos más primitivos, él intentó darme consuelo apoyando su mano sobre mi espalda.

—Lo siento de veras. No he querido molestarte —insistió.

En realidad, no era con él con quien estaba molesta, sino conmigo. Tal vez Ana tenía razón y me había vuelto una despendolada sin remedio. Pero, ¿qué impresión podría estar llevándose de mí? Yo solo pensé que yendo allí aprovecharía una oportunidad que creí única. Yo solo había estado con el idiota de Gumersindo y solo me sirvió para que me partiera el corazón. Aquella cita era la ocasión que se me brindaba para olvidarlo y demostrarme a mí misma que lo tenía superado. Y en cambio, después de eso...

—Yo nunca he sido así —me justifiqué en un susurro—. No sé qué me ha pasado.

Pese a lo incómodo de la situación, no me costaba sincerarme con él.

—Tú no tienes culpa de nada —dijo con una seguridad en su tono de voz que me sorprendió.

—No quiero que pienses que soy...

No pude acabar la frase. Demasiadas emociones afincadas en mi garganta.

—¡No, para nada! —se apresuró a responder—. No pienso que seas alguien que sé que no eres. Ambos sabíamos a qué habíamos venido, y he sido yo quien te ha fallado.

—¿Y eso cómo lo sé? —le rebatí. Podía estar diciéndome aquello solo para contentarme.

—Mírame —me pidió. Pero yo aún no me sentía capaz para hacerlo—. Mírame, por favor —repitió tomándose con dulzura la barbilla.

Aunque me girase hacia él, tardé mi tiempo en hacerlo. El remordimiento todavía seguía pesando, en esta ocasión asentado sobre mis párpados.

—Se llamaba Pilar —dijo de pronto, pillándome por sorpresa—. Nos conocimos una noche en una cervecería. Fue amor a primera vista —No sabía a qué venía aquello, ¿quién era esa mujer y qué pintaba en todo esto? —. Nos casamos al poco tiempo en contra de toda su familia —añadió.

«¡Perfecto, por si no tengo suficiente con lo mío, ahora voy y me lío con un tío casado!», pensé enfadada conmigo misma por mi mal ojo que tuve fijándome en él. Me entraron unas ganas enormes de levantarme, pero él siguió relatándome:

—Por desgracia, nuestro matrimonio no duró todo lo que habíamos planeado —En cuanto lo dijo solté un suspiro que se tuvo que oír en medio hostel—. Hace dos años un conductor borracho me la arrebató, matándola en el acto —confesó con los ojos anegados en lágrimas.

«Vale. Si la tierra tiene varias capas yo quiero meterme en la más honda y profunda de todas», me martiricé. Había metido la pata hasta el fondo haciéndome una idea equivocada de quién era. Aquello hizo que me diera cuenta de las veces que nos equivocamos a lo largo de nuestra vida, las veces en las que erramos haciendo un juicio erróneo de alguien sin conceder la oportunidad de conocer su historia. Por un momento pensé que era el típico sinvergüenza que le ponía los cuernos a su mujer, cuando en realidad lo único que estaba haciendo era abrirme su corazón.

—Lo siento mucho —musité dejando caer dos lágrimas por mis mejillas.

En sus ojos podía ver la pena que aquella pérdida aún le producía. Era desolador ver el sufrimiento que todavía albergaba en su interior, y lo valiente que había sido por confesármelo. Había dicho que solo habían pasado dos años; yo en su lugar seguiría llorando por las esquinas y vagando como alma en pena por el pueblo. Muchas veces nos topamos con personas que son alegres por naturaleza, personas que llevan consigo siempre una sonrisa como bandera, cuando lo único que hacen es un inestimable y conmensurable esfuerzo por salir adelante y por no dejarse vencer por la tristeza y la pena.

—Desde su muerte —siguió contándome tras una breve pausa—, solo he estado con mujeres que no me han importado lo más mínimo.

Ahí no supe qué pensar.

—Y puede que tal vez me tomes por loco y no quieras verme nunca más, lo cual, por mucho que me duela, entenderé —añadió—, pero creí que con ella una parte de mí había muerto y que nunca volvería a sentir nada parecido con nadie... Hasta que me has besado.

El corazón me latía con tanta fuerza que temía que acabase estallando. ¿Cómo podía pensar que estaba loco si era lo más bonito que me habían dicho nunca? Nunca en toda mi existencia había conocido a un hombre tan íntegro y maravilloso como lo era él. Puede que yo también hubiese perdido el juicio o que ambos fuésemos dos locos con un destino parecido, pero entendí cada palabra que me dijo como si fuesen mías propias. Apenas lo conocía, ni siquiera conocía su nombre, pero algo en lo más profundo de mi alma me decía a gritos que era el hombre de mi vida. ¿Podía existir una conexión entre dos personas tan fuerte que escapara al entendimiento humano? Nunca lo creí posible... Hasta ese instante.

—Perdóname por no haberte correspondido antes —añadió con la voz rota—. No creí que...

—Me llamo Iris —le interrumpí fundiéndome en su mirada, más enamorada de lo que había estado en toda mi vida.

No soportaba verlo así, y le tomé la mano para que viera que estaba de su lado y que todo lo que sentía por él era cierto.

—Es un nombre precioso —dijo con un amago de sonrisa, la primera desde que me abalancé sobre él como gata en celo.

—Gracias. Puede que esté feo decirlo, pero es de los pocos del pueblo que lo son.

—Algo he oído hablar sobre eso —se mofó.

El dolor parecía mitigarse, en contraprestación con mis sentimientos hacia

él, que no hacían más que aumentar.

—¿Y el tuyo? —le demandé al ver que él no se animaba a decírmelo.

Si ya me había abierto su corazón, ¿por qué seguir con aquella estúpida norma de ocultar los nombres?

—¿Me prometes no salir corriendo? —me preguntó.

Aquello me descolocó. Si no había salido despavorida con lo que había ocurrido, ¿cómo podía pensar que yo...? A no ser que...

—Te lo prometo —respondí inquieta.

—Me llamo Ataúlfo.

—¡Jolín, qué nombre más feo! —solté sin pensar.

No sé si fue fruto de los nervios, de la tensión del momento o porque aquello era la confirmación de mis sospechas, pero de pronto empecé a descojonarme.

—Podrías cortarte un poco —gruñó.

Yo no podía dejar de reír. Lo intenté, doy mi palabra. Pero en cuanto paraba, lo miraba y recordaba su nombre y lo poco que le pegaba, volvía a empezar de nuevo. Aquellas carcajadas eran la liberación y el punto y aparte a la melancolía en la que nos habíamos visto envueltos hacía escasos instantes. Por eso, y pese a que su gesto no dejaba lugar a dudas de que mi reacción no estaba siendo de su agrado, supe que era lo mejor que nos podía pasar.

—Creía que aquí estabais acostumbrados a nombres raros —se quejó molesto.

—Y lo estamos, es solo que... —Me costó recomponerme, lo hice cuando el dolor de barriga se suavizó—. Es broma —me justifiqué—. No me he reído por el nombre en sí, te lo aseguro.

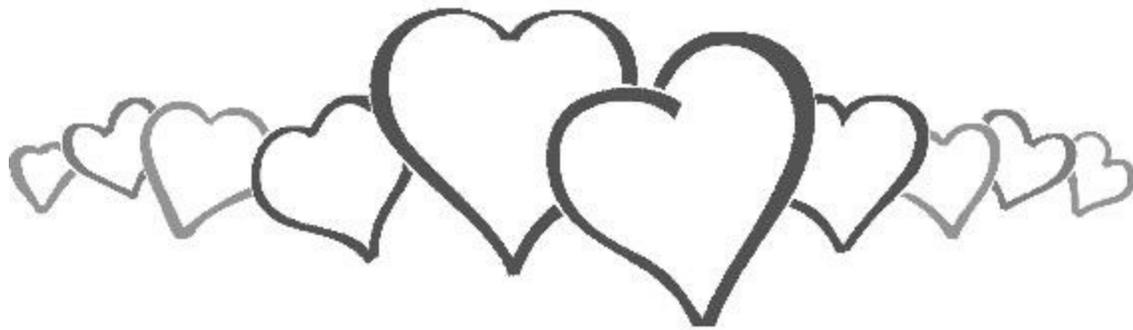
—Ah, ¿no? Pues cualquiera lo diría.

—No, en serio —comenté ya más calmada. Tenía que arreglar aquello—. En el pueblo hay dos, sin ir más lejos.

—¿Eso debe aliviarme?

—Un poco sí, vamos. Verás...

Durante un buen rato, le conté anécdotas y nombres raros de vecinos de Villa Pepino, de Villa Despelúcame el Ovejo y de Villa Híncala Arriba. Él me escuchaba divertido, y toda la pena que hasta hacía unos minutos invadía su mirada, desapareció para dar paso a lo que yo hubiese jurado que era admiración.



*Entretanto...*

No podía dejar de escucharla. Cada frase que decía mi corazón latía con más fuerza. Irradiaba tal vitalidad y alegría que acabé contagiándome. Ella era así, divertida, risueña y con unas ganas de vivir que iluminaba cuanto había a su alrededor. Me costaba creer que ningún hombre de aquí se hubiese dado cuenta antes de la luz que proyectaba, porque eso era precisamente lo que más me atraía de ella. En cuanto la vi, lo supe. Llevaba tantos años en penumbra que me había habituado a ver en la oscuridad. Yo mismo escogí vivir así porque las sombras son menos dolorosas, y era mucho más fácil acostumbrarse a ellas que salir a la luz, para lo que aún no estaba preparado. Pero la suya era intensa, y me fue inevitable no seguirla. Puede que hacerlo conllevara una ceguera inminente e irreparable, puede que incluso estuviera cometiendo el mayor error de mi vida al abandonar la cueva en la que llevaba tiempo escondido, pero ella hizo que anhelara encender mi luz y deseara arriesgarme más que nunca.

—...Y luego están Venancia y Toribia, las vecinas del final de la calle — continuó relatando—, que están casadas con Donaciano y Licerio, dos hombres a la vieja usanza, que están todo el día...

No la dejé acabar. Rodeé su rostro con las manos y la atraje hacia mí para besarla con tanta fuerza que temí hacerle daño. Ella me abrazó y respondió a mi beso despojándome de todas mis dudas. Esta vez no iba a irme a ninguna

parte, no iba a dejarla sola, y mucho menos iba a permitir que pensara que no sentía nada por ella. Iris el nombre de una mujer hecha y derecha, de una mujer a la que, sin apenas conocer, sabía que era la persona que el destino había puesto en mi camino para salvarme. No sabía qué ocurriría cuando acabase nuestro trabajo en el pueblo, ni qué haría conmigo cuando supiese toda la verdad. Pero lo que sí sabía, era que deseaba a aquella mujer más que respirar, y no iba a permitir que aquella noche se apartase de mi lado. Seguí besándola hasta quedar sin aliento. Hasta que los besos fueron insuficientes y dejamos que las caricias expresaran nuestro deseo.

—Quiero hacerte el amor, si me concedes ese honor —mascullé sin poder apartar la vista de sus increíbles ojos castaños.

Era pura tentación, pura incitación que me hacía arder en mi interior. Solo teniéndola dentro de mí podría calmar el fuego que me quemaba por dentro.

Su respuesta fue un «sí» rotundo, con el que me abrió las puertas del mismísimo cielo. No pude refrenar la fuerza que me atraía hacia ella, y a partir de ese instante, y durante toda la noche, me tomé la licencia de velar por ella, de cuidarla y de llevarla hasta el mayor de los placeres, sin renunciar al mío propio, que tanto tiempo llevaba sin atender.



## Capítulo 12

ANA

## ¡Te odio, te odio, y te vuelvo a odiar por si se me olvida!

«¡Cinco minutos!» «¡¿Cinco minutos para qué?! ¿Para acostarme, para largarme como ha hecho él o para darle su merecido cuando vuelva? Si es para esto último no necesito tanto tiempo, con dos segundos me sobra».

La habitación se me quedaba demasiado pequeña mientras pensaba y recapitulaba qué había querido decirme. Iba de un lado a otro sorteando la diminuta cama. Hasta abrí la puerta del baño para tener mayor recorrido. Aunque de poco sirvió, era acorde con el resto del cuarto. Debían tenerla reservada por si recibían gente menuda, porque aquel tamaño no era normal.

A cada paso que daba me iba dando cuenta de que de nada servía intentar averiguar qué se le podía pasar por la cabeza. Estaba chalado, punto. No había otra explicación a tanto cambio. Una cosa era que fuese un chulito, algo a lo que empezaba a acostumbrarme por mucho que lo detestase. Pero otra muy distinta era su afición a largarse. ¡Un cobarde! Eso es lo que era, un chulo-chalado-cobarde. «Demasiado largo. Tengo que buscarle otro mote más corto», pensé. Mi cabeza no paraba de darle vueltas, necesitaba tener la mente ocupada o acabaría largándome de allí, opción que estaba descartada por el riesgo y las consecuencias que ello conllevaba. A la segunda vuelta entre el baño y el cuarto de *Pinypon*, el sonido de la puerta me distrajo.

—Creí que con cinco minutos te sería suficiente.

—¡Si es para mandarte a la mierda me basta con un segundo! —mascullé plantándome ante él.

Pero mi advertencia no le tuvo que afectar demasiado porque me dio la espalda y se dirigió al baño pasando de mi cara.

—¿Eres siempre tan maleducado? —gruñí siguiéndole únicamente con la mirada.

—No soy yo el que dice palabrotas —me rebatió.

Estaba tan furiosa que me autolesionaba las palmas de las manos con las uñas. A ese paso iba a necesitar un botiquín.

—¡Eres un miserable! —grité fuera de mí.

—Haz el favor de calmarte o acabarán echándonos —sentenció cerrando la puerta.

De nuevo volvía a tener razón. Estaba perdiendo los papeles y sacando lo más ordinario de mí, aunque él fuese el único causante. Respiré hondo y me

obligué a recapacitar la situación. Estaba allí para pagar una deuda. Él era un capullo y yo una dama. Fin.

Don «capullo» —ya tenía mote—, salió del baño y, tras pasar por mi lado rozándome todo lo que quiso y más, llegó hasta la mesilla para dejar sus cosas. ¿Que por qué no me aparté? Fácil, porque no quise, yo estaba allí antes.

—¿No vas a disculparte? —pregunté simulando una calma que no sentía.

—No veo por qué habría de hacerlo.

Sin dejar de mirarme, y con una templanza que me enervaba, de pronto comenzó a desnudarse.

—¿Qué haces? —demandé con los ojos abiertos de par en par.

—¿Hace falta que te lo explique?

Era único sacando lo peor de mí. Se estaba desabrochando la camisa parándose en cada botón, al más puro estilo *streaker*. Menos mal que no había música de fondo, porque un poco más y ya me veía metiéndole billetes en los calzoncillos.

—Haz el favor de parar o no dormirás ahí —dije señalando la cama.

Pero su sobrada sonrisa estaba ahí para desarmarme. Ella, y su pecho, al que ya había tenido el placer de conocer la noche anterior.

—Eso ya lo hemos hablado —comentó quitándose en esta ocasión el pantalón—. Y no sé tú, pero yo mañana tengo que madrugar para llevar cierto coche al taller.

«¡Ay, madre mía, que me va a dar algo! Sé fuerte, Ana, que tú puedes».

—No veo por qué tienes que hacer esto —mascullé.

—Te lo dije, me gusta dormir desnudo. Si no te gusta, puedes mirar para otro lado.

—¿Crees que me voy a asustar por lo que pueda ver? —me defendí.

Y mentí. Porque casi me caigo de culo al verlo en calzoncillos. «¡Madre del amor hermoso, ¿de dónde ha salido este tío?!». No podía —ni quería— apartar la vista de él. Tenía un cuerpo perfecto, parecía la reencarnación de una escultura de Miguel Ángel. Era pura fibra, y con unos muslos del tamaño de dos de los míos. Aguardé en silencio esperando a que se metiera en la cama, aunque para mi sorpresa, siguió deshaciéndose del resto. No quería mirar, lo juro, esta vez lo digo de verdad. Pero, ¿quién en su sano juicio no lo haría?

La mandíbula casi se me desencaja, tenía la boca tan abierta que un cocodrilo a mi lado era un mindundi. Yo creía que lo había visto todo en la vida, creía que por ser joven y haber tenido novio estaba preparada para ver

un miembro sin alterarme. Pero aquello no era de este planeta, al menos no del mío. Se suponía que estaba en reposo y solo de imaginármelo en pleno apogeo ya me veía partida en dos.

—¿Te gusta lo que ves? —demandó con esa prepotencia que tanto me desquiciaba.

—No está mal —contesté con desgana. Un poco más y el Goya me lo daban por abusona.

Aunque para mi sorpresa y satisfacción personal, pronto comprobé que no debió de sentarle nada bien mi respuesta. Su mirada se volvió oscura, y su marca de la casa desapareció para dejar paso a una fina línea que sus labios formaron de tanto apretarlos.

Aquel fue mi momento, y lo aproveché para darme la vuelta e introducirme en el baño. Una vez allí, y frente al viejo espejo con marcas de óxido en los lados, dejé salir el aire que llevaba un buen rato reteniendo. Tuve que obligarme a respirar, dudaba incluso si lo había hecho mientras era testigo de la escena. Abrí el grifo, y me lavé la cara con agua fría para volver a centrarme. Tenía que dejar de pensar en él. Pero cada vez que cerraba los ojos allí estaba. Mi mente recordaba cada centímetro de su cuerpo a la perfección. Su rostro, su cuello, esos anchos hombros, esos brazos delineados con sus venas empujando contra la piel, esos pectorales, los oblicuos, los enormes muslos repletos de fibra, y ese... «¡Agua! Ana, échate agua, hija».

Cuando ya me había lavado la cara hasta dejarla pálida, orinado y limpiado hasta quedar como una ninfa, regresé al cuarto. La luz estaba apagada, y con la del baño, que aún seguía encendida, pude ver el bulto que, de espaldas a mí, su cuerpo formaba bajo la cubierta de la cama. Sabía que no estaba dormido; era imposible pues tan solo había estado ahí dentro, ¿cuánto? ¿diez minutos? Yo necesitaba más de media hora para dormirme.

Apagué la luz del baño, y en cuanto mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y a la poca luz que entraba por la ventana, me acerqué a la cama, me quité los zapatos, y me metí en ella. Por suerte soy delgada, y pude hacerlo sin rozarle. Me acosté mirando hacia el lado contrario, cuanto menos lo viera o pensara en él, más posibilidad tenía de conciliar el sueño. Tan solo debía quedarme allí sin moverme, cerrar los ojos, y dormir las seis horas que aún tenía por delante. ¡Mierda! Eso me recordó que tenía que poner la alarma.

Procurando no despertarlo, me giré para intentar coger mi bolso, que estaba en la mesilla, en su lado de la cama. Alargué el brazo, pero era tan grande que tuve que incorporarme apoyándome en mi almohada. Me estiré

todo lo que pude. Mis dedos ya tocaban una de las asas. Un último esfuerzo y el bolso sería mío.

—Si lo que quieres es sexo desenfrenado, solo tienes que pedirlo —soltó de pronto, haciendo que diera un respingo y acabase tirada sobre él.

—Ni en cien vidas que te reencarnases haría tal cosa —mascullé apartándome de su lado lo más rápida que pude.

—Sé que te mueres por probarme.

«¡Será gilipollas!».

—Me da que es al revés —dije levantándome por no arañarle y cargarme toda su *escultura*.

Pese a que mis pupilas ya se habían acostumbrado a la luz, de camino a mi objetivo, no vi la pata de la cama, y me la comí con el dedo corazón del pie.

—¡Joder! —bramé muerta de dolor.

—Exacto, *morena*, veo que lo vas pillando. Si estoy aquí es por ti.

Aquella última frase no tenía sentido, y fue entonces cuando recordé lo que me había dicho de camino al hostel. ¿Sería cierto que hablaba en sueños? Intrigada, terminé de bordear la cama y me coloqué frente a él. Los ojos los tenía cerrados. «Es don capullo, puede estar fingiendo», pensé antes de pasarle la mano por delante para comprobar si era verdad. Aunque por si no era suficiente, quise probar lo de las reacciones espontáneas y, sin pensármelo dos veces, alejé la mano para, en un rápido movimiento, acercarla contra él. Juro que mi intención no fue darle un tortazo, al menos no en aquel momento, pero no calculé bien y acabé dándole uno de los buenos. «¡La que se va a liar!»., pensé. Aunque para mi asombro y tranquilidad, siguió durmiendo como si nada. ¡Era cierto, el tío hablaba en sueños! Suspiré aliviada, cogí mi bolso, y regresé a mi lado vigilando por dónde pisaba.

No me gusta dejar los bolsos en el suelo, dicen que da mala suerte, pero esa noche no tuve más remedio que hacerlo. Total, ya me había caído la maldición de Don Pepino, ¿qué más podía pasarme?

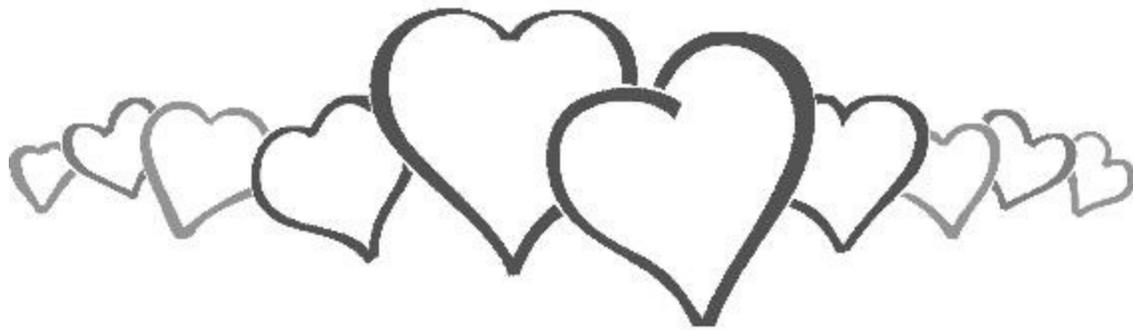
Cuando empezaba a conciliar el sueño, noté un sofocante calor a mi espalda. Pensé que era fruto del cansancio y de que ya me estaba quedando dormida, por lo que no le di importancia... hasta que se movió. Abrí los ojos de par en par, exaltada e inquieta por averiguar qué era aquello. Que no estaba soñando era un hecho, pero... ¿qué era entonces? Un nuevo movimiento rozándome la parte alta del culo me sacó de dudas. Ya no era la única que me había despertado, alguien o, mejor dicho, algo, lo había hecho también. Como pude me escurrí más hacia la orilla para alejarme de «esa cosa». Mi mente

calenturienta no tardó en imaginarlo en todo su apogeo, y casi me da un infarto. «Que te parte en dos, Tami, lleva cuidado», me advertí a mí misma. Me llevé la mano al pecho y descubrí que tenía el corazón latiéndome a mil por hora. ¡Hasta durmiendo me ponía de los nervios! Cerré los ojos intentando calmarme y no darle mayor importancia al asunto, cuando de nuevo «la cosa» volvió a clavarse en mi espalda. Me escurrí y recé porque no volviera a repetirse porque ya no había sitio donde meterme, tenía ya medio cuerpo fuera de la cama. Aguardé un instante, puede que minutos yo qué sé —para contar estaba yo—, a que mis plegarias surtieran efecto. El silencio era sepulcral, tan solo se oían nuestras respiraciones, la suya mucho más calmada, todo sea dicho. Así estuve un rato hasta que, al cabo de un rato, y solo tras comprobar que estaba fuera de peligro y que ya nada me apuntaba por la espalda, conseguí calmarme y cerrar los ojos.

Creo que conseguí dormirme, porque mis recuerdos posteriores son nulos, hasta que, de nuevo, algo me despertó. Notaba un peso sobre mí, algo que me aprisionaba y me impedía moverme. No supe lo que era, hasta que abrí los ojos.

Vale, en esta parte de la historia hago un inciso. Puede que me tachéis de loca —a estas alturas ya qué más da—. Pero os aseguro que me quedé paralizada. Os sigo contando...

Cuando me vine a dar cuenta de lo que ocurría, el corazón casi se me sale por la boca. El peso no era otra cosa que su brazo, con el que me rodeaba todo lo que daba de sí hasta llegar a mi teta derecha, que apresaba con la mano. A mi parecer solo tenía dos opciones, moverme y acabar estampándome contra el suelo y, por tanto, contra la pared del baño por el escaso espacio, o quedarme quieta. Escogí esta segunda opción. Siempre había escuchado que no era buena idea despertar a un sonámbulo, si es que a eso se le llamaba a alguien que tenía vida propia durante la noche. Y no me apetecía volver a discutir pues, a buen seguro, eso sería lo que acabaríamos haciendo si lo desvelaba. Además, necesitaba dormir, apenas faltaban unas horas para que amaneciese, y aún me esperaba un largo día en el trabajo. Así que opté no decir nada, cerrar los ojos, y olvidarme de todo.



La alarma del móvil me despertó cuando aún el sol no había salido. Sus rayos asomaban tímidos por la ventana que teníamos sobre el cabecero de madera. La apagué y me tomé mi tiempo en reaccionar. Tenía demasiado sueño y me costaba despejarme la cabeza. No tardé en hacerlo; en cuanto recordé lo último que pasó por la noche mis ojos se abrieron de par en par. Si es que acordarme de él era más fuerte que la cafeína, y eso que no la tomaba. Bajé la vista hacia mi pecho y vi no que no había nada. Me centré en mi espalda y comprobé que tampoco había nada rozándola. Aliviada, me giré para asegurarme de que estaba a salvo. No había nadie. El sonido de la ducha respondió la pregunta que me rondaba por la mente. Debía estar profundamente dormida para no enterarme de cuándo se había despertado.

Me levanté y aguardé hasta que saliese. Necesitaba entrar a hacer mis necesidades. Mis deseos no tardaron en cumplirse. De pronto apareció ante mí, con el pelo y el cuerpo mojados, envuelto en una toalla a la altura de la cadera.

«¡Vaya, esto sí que es un buen despertar!», me dije sin poder apartar la vista.

—Buenos días, *morena*. ¿Has dormido bien? —preguntó apoyándose con el antebrazo en el marco de la puerta.

«Si es más chulo no nace».

—Buenos días. Sí, gracias —gruñí haciéndole un gesto con la mano para que se apartase y me dejase entrar.

—¿No te han enseñado a pedir las cosas «por favor»?

—¿Esto va a seguir siendo así? ¿Vas a estar todos los días haciéndome la vida imposible?

Pregunté harta de discutir con él. Necesitaba un poco de tregua, pero, sobre todo, necesitaba que se apartase porque me estaba meando encima.

No dijo nada, tan solo se apartó a un lado y yo entré en el baño dando un portazo. Desconozco el tiempo que tardé, pero al salir, me lo encontré de pie frente a mí, vestido de forma impecable, aunque sin su particular sonrisa. Creo que en aquel momento lo agradecí.

—¿Estás ya? —preguntó más serio de lo normal.

Estaba claro que mis últimas palabras le habían surtido efecto y le habían hecho recapacitar.

—Sí —contesté cogiendo mi bolso.

Los dos salimos de la habitación y nos dirigimos hacia el aparcamiento. Allí nos esperaban nuestros amigos. No me hizo falta preguntarle nada a Iris, su cara y la forma en la que el canoso la abrazaba lo decían todo.

—¡Buenos días, chicos! —nos saludó este con una sonrisa digna de anuncio de dentífrico.

Don «capullo» y yo contestamos casi al unísono, a cuál de los dos con más desidia.

—Bueno, aquí tenéis la llave del coche —dije al sacarla, con la firme intención de largarme cuanto antes.

Don «te atrapo la teta mientras duermo», alias «pulpo nocturno y apuntador por la espalda», fue el encargado de cogerla.

—Os lo traeremos en cuanto esté —anunció al cogerla.

—Gracias —manifesté sorprendida por tanta amabilidad repentina.

Aquello confirmaba mi teoría. Lo había desarmado justo antes de entrar al baño. Orgullosa por mi valentía, esperé a que Iris se despidiera de su chico y, tras varios besos y arrumacos, ambas nos subimos a su coche para ponernos rumbo al pueblo. Teníamos muchas cosas que contarnos, y no se me ocurría mejor forma de hacerlo que durante un buen desayuno en La Tapa.

*Entretanto...*

—¡Tío, ha sido la mejor noche de mi vida! —soltó Ataúlfo con una sonrisa que le iluminaba la cara.

—Me alegro por ti —masculló su compañero.

—¿Qué pasa? —le preguntó inquieto.

Esperaba que su amigo se alegrase por él. Su respuesta solo logró descolocarle.

—Ha llamado el jefe —anunció cabreado.

—¡No jodas! ¿Cuándo?

—Hace unos minutos, nada más salir de la ducha.

—¿Y qué ha dicho?

Por la expresión de su cara sabía que, fuese lo que fuese, no le iba a gustar.

—Solo nos concede cuatro días más para dar el golpe.

—¿Solo? Pero, ¿por qué? ¿A qué viene este cambio?

—¡Joder, Giménez, y yo qué sé! —se defendió—. Solo te digo lo que me ha dicho. Lo siento por ti, tío —añadió tocándole el hombro.

La noticia abatió a su compañero. No podía creer que tuviese que separarse de Iris tan pronto. Estaba previsto que su trabajo allí durase mucho más tiempo, y aquel cambio fue un auténtico mazazo para él.

—Gracias, colega —musitó pensando lo injusta que estaba siendo la vida con él en los dos últimos años.

—Aprovéchalo a tope. Te lo mereces.

—¿Para qué? —preguntó con tristeza.

—Tío —A Muñoz se le rompía el alma de ver a su mejor amigo en aquella situación—, algo se nos ocurrirá, te doy mi palabra.

—¿Y tú?

Su amistad era tan fuerte, que con una sola mirada lograban comunicarse.

—De mí no te preocupes. Aguantaré lo que me echen.

—Lo dices como si esa chica fuese una carga, y ambos sabemos que no es.

—Tú céntrate en la tuya, que bastante tienes —dijo dándole un cariñoso golpe en la espalda antes de encaminarse hacia el coche de Ana.

—¡Oye! —lo llamó desde su posición junto al todoterreno—. ¿Y a qué taller vamos? Yo no conozco ninguno.

—¡A diferencia de ti, yo sí hago los deberes! —soltó sin detenerse.

—¡Te gusta esa chica, confíésalo!

Muñoz se limitó a sacarle el dedo corazón sin volverse. No quería que su amigo viera que estaba sonriendo, y mucho menos que al hacerlo comprobara que estaba en lo cierto.



## Capítulo 13

**IRIS**

## Con lo que me gusta el color negro... y ahora lo veo todo de color de rosa

¿Por qué en esta vida nos comemos todo lo que decimos? Me pasé veinticinco años defendiendo que el amor a primera vista no existía. Vale, siempre había sido muy enamoradiza, pero con famosos y con personas que, sabía, eran inalcanzables. Pero yo no era la romántica de las dos; ese papel le tocaba a Ana, no a mí. Recuerdo las numerosas conversaciones que teníamos al respecto. Ella defendía el amor perfecto por encima de todas las cosas, soñaba con el príncipe que algún día la rescataría del pueblo para llevarla a la gran ciudad. Mi mente racional, en cambio, se negaba a creer tal cosa, y siempre confié en que sería yo, con mi esfuerzo y trabajo, la que conseguiría salir de allí por mis propios medios.

Nunca lo confesé, pero siempre supe que lo mío con Gumersindo no llegaría a ninguna parte. Él fue el tronco al que aferrarme, autoconvenciéndome de que era lo mejor para mí, aunque en el fondo sabía que no era lo que quería. Con él me hubiese pasado el resto de mi vida atada a un lugar en el que jamás me he sentido plena. Y ahora, más que nunca, sabía por qué.

Mientras conducía hacia Villa Pepino, me reprochaba a mí misma todos los años que pasé defendiendo la teoría del anti-romanticismo. ¿Cómo iba yo, una persona racional, a veces en exceso, a creer en flechazos o en llegar a tener sentimientos hacia una persona a la que apenas conociese? Pues sí, todo eso... y más. Ahora esas películas románticas, a las que yo catalogaba de ñoñas, en las que todo era perfecto y ellos acababan felices y comiendo perdices, recobraban más sentido que nunca. Ahora era yo la que deseaba que mi príncipe me rescatase y me llevase con él. No importaba dónde, el lugar era lo de menos. Lo que realmente importaba y deseaba con todas mis fuerzas era estar con él, escucharlo, abrazarlo y, sobre todo, dejarme querer por él, tal y como había hecho durante toda la noche. Me sentía la mujer más feliz del mundo, no podía dejar de sonreír, lo veía todo de color de rosa y, para mi sorpresa, me di cuenta de que me gustaba.

—¿Me estás escuchando? —me preguntó Ana alzando la voz.

Llevaba un buen rato hablándome, creo que desde que nos subimos al coche.

—¡Ay, lo siento! La verdad es que no —respondí mostrándole mi cara de niña buena.

—¡No me lo puedo creer! ¡Pues luego no te quejes de que no te he contado lo que ha pasado! —Se enfurruñó.

—Cuéntamelo.

—No.

—Venga, va.

—No.

—Si te mueres por hacerlo —Me encantaba chincharla.

—Para el caso que me haces —Se había cruzado de brazos y no atendía a razones.

—Está bien —dije intentando sonar todo lo mesurada que era capaz, algo difícil con la enorme sonrisa que me cruzaba la cara—. Plazas, lo siento. Iba pensando en...

—En los mundos de Yupi —me interrumpió.

—¡Sí! —respondí bobalicona alargando la vocal.

—¡Tú has *mojao*! —me soltó de pronto.

No hizo falta decirle nada. Mi dentadura al completo tras una enorme sonrisa le dio la respuesta. Ella comenzó a reír a carcajadas, y pronto me uní a ella.

—No sabes cuánto me alegro —comentó cuando ambas nos calmamos.

—Pues anda que yo.

—¿Y qué tal es?

—Perfecto es quedarme corta —confesé.

—¡Ya será menos!

—Lo digo en serio, tía. Es el hombre perfecto. Es atento, cariñoso, amable, tierno...

—¡Eh, para, para, oso amoroso!

Esa vez fui yo la que soltó la primera risotada.

—Lo digo en serio —comenté al cabo de un rato—. Es un hombre increíble.

—No quiero ser una aguafiestas, pero te veo cuesta abajo y sin frenos.

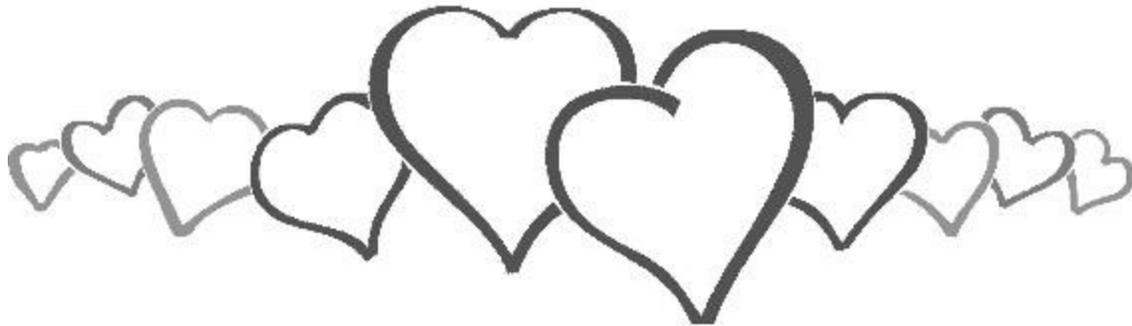
—He de reconocer que un poco de vértigo sí que da.

—Nunca te había visto así —dijo girándose hacia mí.

—Porque nunca había sido tan feliz —admití sintiendo un extraño hormigueo en el estómago.

—Te daría un abrazo, pero ya sabes cómo acabó la última vez —soltó de

pronto, haciéndonos reír de nuevo a ambas.



Ya había amanecido cuando llegamos a La Tapa. Por fortuna era un local que abría temprano, y pudimos desayunar tranquilas sin que nadie nos interrumpiera.

—Y tú, ¿qué? ¿No tienes nada que contarme? —le demandé devorando literalmente lo que Indalecio me acababa de traer.

—Lo hice mientras estabas en el otro mundo —Me encogí de hombros, y ella continuó—. Pero te lo repetiré otra vez.

Durante un buen rato me contó lo que ocurrió en la habitación setenta del hostel. Ana intentaba ponerse seria al relatarme la *nochecita*, como ella misma la llamaba, mientras que yo no podía parar de reír al escucharla. Cuando iba por el momento agarre de teta casi me atraganto, y tuve que dejar enfriar mi café para evitar males mayores. Al principio guardaba la compostura, pero antes de acabar su relato, las dos nos descojonábamos a la par.

—¡Qué bueno, por favor! —dije llevándome la mano a la barriga. Me dolía una cosa bárbara de tanto reír.

—Pero lo puse en su sitio. Cuando salí estaba como un corderito —soltó triunfal.

—No esperaba menos de ti —dije chocando la palma de la mano contra la suya.

—Ese no sabe con quién se ha topado.

—Sois tal para cual —afirmé.

—¡Eh, un momento, pongamos los puntos sobre las íes! —manifestó señalándome con el dedo, poniéndose seria—. Que tú te hayas ligado al bajo no te da derecho a...

—¡De bajo no tiene nada! —la interrumpí—. Que el tuyo sea un armario no es mi culpa.

—¿El mío? —inquirió acompañada de una corta risotada—. ¡Ja! Eso era lo que iba a decirte. Me parece bien que tú con el canoso te lleves a las mil maravillas, que sea tu príncipe azul o tu futuro marido... —«¡Ay, ojalá!», pensé—. Pero yo con don «capullo» no pienso tener nada de nada.

—Si ya os habéis metido mano, ¿qué hay de malo en seguir? —me mofé.

—¡No! Si tienes memoria, que yo creo que sí y te sobra, de hecho, yo no le he tocado ni un pelo.

—Pero tampoco te apartaste.

—Iris, ¿te has leído el manual esta mañana de cómo tocar las narices? ¿Qué parte de que no voy a tener nada con él no entiendes? ¡Es un gilipollas, un chulo, un...

—Un tío que te pone —la corté. Otra vez.

—¡Dios, qué difícil es hablar contigo! —se quejó.

—¿Conmigo? —pregunté señalándome el pecho—. Yo te he dicho la verdad y te he contado lo que siento por ... —Casi se me escapa el nombre, lo que me hizo recordar que no estaba siendo del todo sincera con ella—. Está bien, tienes razón —admití.

—¿Tú reconociendo algo y dándome la razón? —soltó con sorna—. No, si al final va a ser verdad que te me has enamorado.

—Y no sabes cuánto —dije alzando las cejas.

Ana rio al ver mi gesto, y tras un par de minutos y un poco de charla más, nos marchamos del local.

—Te recojo en media hora —dije al parar en la puerta de su casa.

—Vale. ¡No me entretengo o no llego! —gritó saliendo a toda prisa del coche.

Sonreí al verla correr. Conocía a Ana lo bastante para saber que treinta minutos no eran suficientes para ella, pues solo en plancharse el pelo, o adiestrarlo como ella decía, necesitaba al menos veinte.

Al llegar a casa intenté hacer el menor ruido, aunque de poco me sirvió. Mi padre ya se había marchado, y mi madre ya andaba trasteando en la cocina.

—¿Qué horas son estas de venir?

Gracias a su *encanto* no tuve que disimular para borrar la sonrisa bobalicona que llevaba desde que abrí el ojo.

—Son las ocho y media —dije acercándome a ella para darle un beso en la mejilla y, de paso, suavizar su mal genio.

—¡Anda, ve a arreglarte no vayas a llegar tarde! —soltó dándome con el trapo de la cocina en el culo.

Puede que me toméis por loca, pero esa mañana me costó horrores darme una ducha. ¿Por qué? Os preguntaréis. Muy sencillo... con ella haría desaparecer su olor, que aún llevaba impregnado en mi piel. Cualquiera persona que haya estado enamorada me comprenderá.

En cuanto me quité la ropa y me quedé desnuda frente a la mampara, me detuve para olerme los brazos y todo cuanto podía. Con los ojos cerrados, inspiré con todas mis fuerzas para trasladarme varias horas atrás en el tiempo. Era todo tan reciente que aún podía sentir sus caricias y su cuerpo junto al mío. Todavía podía ver con qué dulzura me miraba y me decía aquellas hermosas palabras que, sabía, no olvidaría jamás. «Eres hermosa», me susurró en más de una ocasión mientras nos fundíamos uno en el otro. Nuestra conexión iba más allá del entendimiento, más allá de lo estrictamente racional y lógico. Desconocía lo que me estaba ocurriendo, era una sensación nueva e insólita para mí, pero que por alguna extraña razón no podía dejar de sentirla. Tal vez me faltaba un tornillo y había perdido el norte, puede que sí. Aunque algo en mi interior me gritaba que debía permitirme el sentirlo. Nunca pensé que me pasaría algo así, y pese a que no hice ni cumplí ninguna de las normas que se me habían inculcado desde pequeña, no me sentí culpable en ningún momento. En aquella habitación no hubo lugar para el remordimiento o el arrepentimiento, tan solo éramos dos jóvenes que se deseaban y que se dejaron llevar por lo que el destino les tenía preparados. Sonreí recordándolo. Sin embargo, para mi sorpresa, la curvatura de mis labios no duró demasiado.

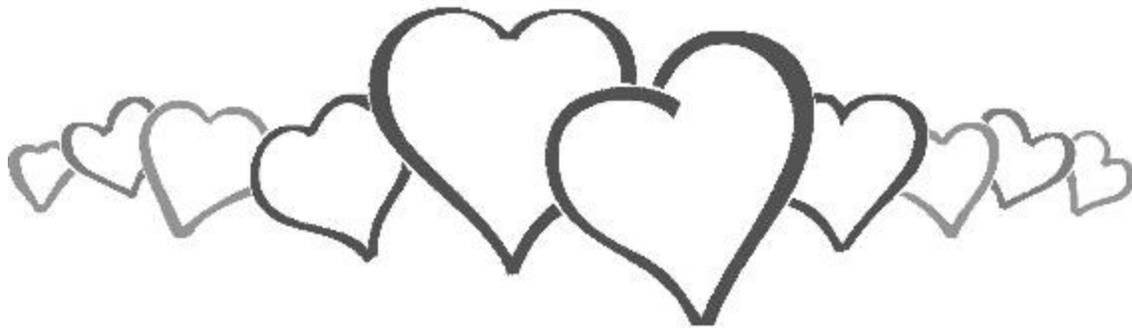
—Ana —susurré abriendo los ojos de golpe.

El sentimiento de culpabilidad finalmente ganó la batalla y se adueñó de mí. Y no por estar viviendo algo que ella no había podido o no había querido vivir, sino por las cosas que Ataúlfo me confesó y por la promesa que le hice de guardar el secreto.

Ya en la ducha, dejé que el agua cayera sobre mí con la esperanza de poder limpiar aquella sensación que me estaba invadiendo y que tanto me incomodaba. Ana era mi amiga desde la infancia, lo habíamos hecho todo juntas, los estudios, la primera comunión, la posterior confirmación, las salidas, las confidencias, el trabajo, hasta los chicos, pues las dos nos echamos novio a la vez. Nuestras vidas habían estado unidas siempre, en lo bueno y en lo malo, y ahora, por primera vez, sentía que le estaba fallando. Pero, ¿qué podía hacer? El hombre que más me gustaba y me había gustado

jamás, se abrió ante mí para demostrarme que podía confiar en él y me contó cosas que me hizo prometerle que no diría a nadie. Ni siquiera a ella. Estaba tan ensimismada que no me había dado cuenta de que con ello tendría que mentirle a mi mejor amiga. Bueno, tal vez la palabra correcta era ocultar más que engañar, aunque dolía de igual forma.

No me percaté hasta pasado un rato que me estaba enjabonando con fuerza e incluso con saña mientras pensaba en todo aquello. Me detuve para tomar aire e intentar calmarme. «No estás siendo justa contigo misma», me dije mentalmente. «Tampoco te ha contado ningún secreto de estado, tan solo te ha pedido que no cuentes lo que sabes de ellos». Y así, con este último pensamiento, terminé de arreglarme y me fui en busca de Ana.



Nada más ver la cara de Arcadia al entrar por la puerta de la tienda supe que algo le pasaba. No paraba quieta un segundo, yendo de un lado a otro, y acabó pagándola con el personal. Ana me hizo un gesto de «preparate la que nos va a caer» antes de girarme y adentrarme en la oficina. No pasó ni un minuto cuando Arcadia hizo su aparición.

—¿Hiciste el informe que te pedí?

—Sí, lo tienes encima de tu mesa —respondí en un tono mucho más calmado que el suyo. Igual si me veía tranquila lograría contagiarme.

—No lo veo —dijo revolviendo entre sus cosas.

Me levanté y sin el más mínimo esfuerzo, cogí la carpeta que tenía ante sus ojos y se la ofrecí.

—¡Dios, no sé dónde tengo la cabeza hoy! —se quejó dejándose caer sobre su sillón.

—¿Qué te pasa?

Arcadia y yo no es que fuésemos uña y carne, pero en más de una ocasión me había confesado cosas que ningún otro trabajador conocía. Suponía que se debía a que yo era la que le pillaba más cerca. Eso, y a que cuando me lo proponía podía llegar a ser una tumba.

—Hoy tenemos una visita muy importante y necesito que todo esté perfecto.

—¿De quién se trata? —pregunté sentándome en una de las dos sillas que había frente a ella, a este lado de la mesa.

—Es una gran empresa que está interesada en nuestros productos.

—¡Eso es fantástico! —solté sin ocultar mi alegría. Aunque ella no parecía pensar lo mismo.

—Eso aún está por ver.

—¿Qué quieres decir?

No entendía nada. Yo en su lugar estaría dando saltos y danzando cual bailarina el día de su estreno.

—Se trata de una operación demasiado importante y no puedo permitirme el lujo de cagarla.

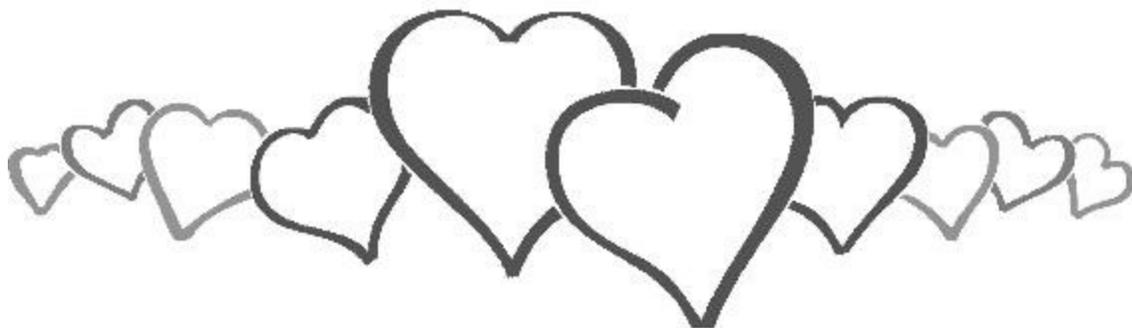
—¿Y por qué piensas eso?

—Porque no quiero que se echen atrás en el último momento.

Algo me decía que aquella respuesta ocultaba algo más.

—Tenemos buenos productos, no debes tener miedo. Deberías confiar en ellos... y en ti.

—Confío, por supuesto que sí. Es solo que... ¡Olvidalo! Vuelve a tu trabajo.



El resto de la jornada fue de mal en peor. Tras mi intento fallido de

averiguar qué le ocurría a mi jefa, vinieron gritos y malas formas hacia mis compañeros. Por suerte no fueron muchos, pero los suficientes para disgustarlos e inquietarlos más de lo habitual.

A mediodía varios, incluida Ana, me preguntaron por Arcadia. No sabía más de lo que me había contado que, al parecer, fue lo mismo que les contó a ellos al ordenarles que todo estuviese impecable y que se esforzasen al máximo.

—¡Pues como no sea un rey saudí o algo así no veo a qué viene tanto alboroto! —dijo Nepomuceno, Nepo para los amigos, un vendedor encargado de complementos para hombre.

—¡Sí, claro! ¡Tus ganas! —le contestó Gervasia, otra vendedora.

—Bueno, chicos, esta tarde saldremos de dudas —dije para terminar. Era absurdo hacerse conjeturas cuando todos sabíamos que no tardaríamos en averiguarlo.

De camino a casa de Ana, esta no dejó de nombrarme a todos los famosos del *Hola*. Estaba convencida que uno de ellos aparecería de pronto por la tienda, rodeado de paparazzis, y que ella acabaría saliendo en las revistas. En más de una ocasión, y sin que ella me viera, puse los ojos en blanco. Ella y su pasión por la prensa rosa.

Por la tarde la cosa no parecía mejorar en la tienda. Arcadia aún no había llegado de la fábrica y los compañeros seguían igual de inquietos. Me fue imposible calmarlos y al final desistí recluyéndome en mi despacho. Así pasaron las horas, hasta que Ana entró echando humo.

—¿Qué pasa? —pregunté al verle la cara. Ni siquiera le importó que estuviese al teléfono, me hizo mil gestos para que colgase y comenzó a caminar de un lado a otro bufando sin parar—. Luego te llamo, Jota Jota —le dije al marido de una vieja amiga antes de colgar.

—¡Lo mato, te juro que lo mato!

—¿A quién?

Sabía que ella y Nepo no se llevaban muy bien, pero nunca había llegado la sangre al río.

—¡Si al final iré a la cárcel, pero por asesinato de verdad!

—¿Quieres calmarte y decirme de una vez qué coño pasa? —inquirí molesta.

—¡Está aquí!

—Pero, ¿quién?

Empezaba a cabrearme.

—Don «capullo», ¿quién va a ser?

Al principio no tenía ni idea de a quién se refería, pero enseguida caí en la cuenta.

—¿Solo? —demandé nerviosa; me moría de ganas por verle.

—Ese no sabe ir solo ni al váter. ¡Pues claro que no!

—¿Y qué problema hay?

Saber que mi chico estaba ahí fuera y que había venido a verme me puso más ancha que larga.

—¿Que han venido en su coche! ¿No te das cuenta de lo que eso significa? ¡Lo sabía, sabía que no podíamos contar con ellos!

—¿Qué te ha dicho?

—¿A mí? Nada.

—¿Perdona? ¿Has entrado como un torbellino, me has dado un susto de muerte y ahora me sueltas que no te ha dicho nada? —Casi me la cargo, pese a que ella era más alta que yo.

—Los he visto bajar del coche, ¿cómo iban a traer el mío, por teletransportación?

—¿Ves normal ponerte así? —la reproché.

—¿Y cómo quieres que me ponga? ¿Qué quieres, que les atienda como si nada cuando lo único que quiero es ahogarlo?

—Todo esto te pasa por no reconocer que te gusta —dije girándome para salir del despacho.

—¡No me gusta! —me gritó a mis espaldas.

—Más de lo que quieres admitir —rematé sin volverme.

Mi chico había venido, y yo no me iba a quedar allí sin poder verle la cara y lo bueno que estaba.



## Capítulo 14

ANA

## ¿Dónde narices está mi coche?

Respiré hondo y me estiré la camiseta antes de salir a la tienda tras Iris. No tenía la menor idea de a qué habían venido, pero estaba segura de que no tardaría mucho en averiguarlo.

En cuanto puse un pie en el que era mi lugar de trabajo, me percaté del murmullo general que se había formado. Los compañeros, y sobre todo las féminas, cuchicheaban entre ellos sin dejar de mirar hacia la puerta. A través de los cristales y del gran escaparate podíamos verlos charlando uno frente al otro.

—¡Qué guapo está! —babeó Iris sin dejar de mirarlo.

—Claro. Estoy segura de que, del taller, precisamente, no vienen — mascullé en voz baja para que solo ella me oiga.

—Eres una desconfiada, Tami. Han podido ir esta mañana, y lo sabes.

Sabía que por más que le dijese nunca iba a estar de acuerdo conmigo. Ella estaba enamorada hasta las pestañas y ciega como un gato de escayola, ¿cómo iba a tenerla de mi lado?

De pronto me di cuenta de cómo iba vestido. Estaba tan molesta por no haber visto mi coche, que ni me había percatado de que ambos llevaban un traje chaqueta impecable. Me puse las gafas que llevaba colgadas del escote, y casi golpeo el suelo con la mandíbula. «¡Un Armani!», me grité asombrada. Reconocí el modelo al instante; era un modelo de la última temporada. El del canoso era un Emporio, mucho más modesto, aunque igual de elegante.

Don chulito se ajustaba los puños de la camisa, que de forma tímida asomaban bajo la chaqueta. Todo el conjunto le sentaba como un guante. De perfil a nosotras, y sin dejar de charlar con su amigo, los ojos se me fueron para la retaguardia. «¡Madre mía, qué culo!», pensé sin poder reprimirme. En la calle las vecinas que pasaban se les quedaban mirando embobadas. No se cortaban lo más mínimo. Y no era de extrañar, en el pueblo no estábamos acostumbrados a especímenes como ellos, aunque no pude evitar que aquello me provocara una punzada en el estómago. «Tienes celos, reconócelo», me taladraba mi vocecilla interna. ¡Ya lo que me faltaba!

Mientras le daba un empujón a mi vocecilla y la estampaba contra la vitrina de la bisutería al otro lado de donde me encontraba, los chicos entraron en la tienda. Iris sonreía emocionada, mientras que yo me esforzaba por no

avasallarlos para someterlos a un tercer grado acerca de mi coche.

—Buenos días —saludó el canoso. Detrás iba míster capullo.

Amonaria, una compañera más fresca que las lechugas al alba, se apresuró a salir a su encuentro. No sé si fue fruto de mi imaginación o realmente ambas lo soltamos, pero me pareció oír que Iris y yo gruñíamos cual perro protegiendo su comida.

—Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo ayudarles?

—Ahogándote en un pozo —masculló mi mejor amiga entre dientes.

Vale, el gruñido había sido real.

—Buenos días. Solo queremos echar un vistazo —intervino mi chulito sin apenas mirarla, y dirigiéndose con paso firme hasta nosotras.

Inciso: lo de «mi chulito» se me escapó. ¿Qué queréis que os diga? Me vine arriba al ver que pasó de Amonaria.

—¿Podéis atendernos vosotras? —preguntó el dandi de Iris.

—Encantadas —respondió ella en un tono más agudo de lo normal.

Era imposible no darse cuenta de cómo ambos se comían con la mirada.

—¡Ella no es dependienta! —soltó doña «lechuga» llegando a nosotros como un miura.

—Pero si el cliente así lo quiere, no podemos hacer nada, ¿verdad, Amonaria? —dijo mi rubia amiga, enfatizando su nombre. Todos sabíamos lo mucho que a ella le molestaba su nombre, era de las pocas del pueblo que no se sentía orgullosa de lo que ponía en su D.N.I.

Tal y como vino se marchó, echando humo y embistiendo cuanto se encontraba a su paso.

Iris se puso a cuchichear con su chico, y yo me dirigí hacia el amigo.

—¿Qué desea ver? —le pregunté como si no lo conociese de nada.

Él me respondió con su particular mirada oscura, esa que ya había visto en nuestro primer encuentro, y pronto me di cuenta de que no me lo iba a poner fácil.

—Ya lo sabes, *morena* —susurró con una voz tan grave que despertó a mi entropierna.

—Venga conmigo, caballero —dije en voz alta, haciendo la mayor representación teatral de toda mi existencia.

Todos mis compañeros nos observaban, y yo solo pedía para mis adentros que se cerrara el telón.

—Y dígame —dije al llegar a mi departamento—, ¿de qué estilo lo está buscando?

Un poco más y lo dejo sordo.

—No lo tengo muy claro. ¿Qué me aconsejas?

Si a través del cristal estaba guapo, en vivo y en directo estaba para hacerle la ola.

—Depende de la ocasión. ¿Quiere ver para diario o para fiesta?

—Me gustaría verlo todo —respondió mirándome los labios.

«¡Ay, que me da!».

—Este modelo es de los más solicitados —aseguré centrándome en el bolso.

Por suerte alguien entró en la tienda, y mis compañeros dieron por finalizado el primer acto.

—Si está muy solicitado, no es lo que ando buscando. Quiero algo más... especial —murmuró acercándose a mí con una seguridad y elegancia que me dejó temblando.

Estaba tan nerviosa que tuve que agarrarme a la vitrina para no perder el equilibrio. Me estaba hipnotizando y no tenía escapatoria.

—Entiendo —balbuceé sintiéndome la mujer más torpe del mundo.

Con todo el esfuerzo del que fui capaz, me alejé de él para coger un bolso de fiesta del que llevaba enamorada desde el día que entró en la tienda.

—Esto es lo que está buscando —afirmé mostrándoselo con delicadeza. Era un modelo exclusivo, que merecía todo el cuidado y mimo del mundo. Eso, y que tenía que moverme despacio si no quería acabar clavando los piños en el suelo.

—¿Cómo estás tan segura? —me retó.

¿Qué me estaba pasando? Me costaba mantenerme en pie y no atinaba a lo que venía a continuación. Siempre que mostraba ese bolso soltaba una retahíla que dejaba a las clientas impresionadas. Nunca lo dije, pero lo hacía para que no se lo llevaran y acabase siendo mío.

—Es mi trabajo —acerté a decir.

—¿Y cómo sabes que no es otra cosa lo que busco?

Si seguía mirándome así no iba a poder mostrarle que realmente me había ganado con creces mi puesto.

—Si me da alguna pista, quizá pueda ayudarlo.

—¿Necesitas más pistas, *morena*? Vaya, creí que eras más inteligente.

«¡¡¡A tomar por saco la hipnosis!!!».

—¿Qué diablos haces aquí y dónde está mi coche? —mascullé por lo bajini recobrando de pronto todo mi equilibrio y mi mala leche.

—Pronto lo sabrás, y en el taller.

Por el rabillo del ojo vi que Nepo volvía a estar pendiente de nosotros.

—¿Y cómo sé que es cierto? —farfullé para a continuación añadir en voz alta—: *Este modelo también tiene el mismo cierre.*

—*Parece un poco difícil de abrir, ¿no cree?* Tendrás que confiar en mí —susurró.

Don capullo lo captó a la primera, y ambos acabamos disimulando del mismo modo.

—Mi instinto me grita lo contrario —musité—. *Venga conmigo. Aquí tengo más modelos que tal vez sean de su agrado.*

—¿Vas a pasearme por toda la tienda?

—Lo haría con tu cabeza en mi mano como trofeo, pero en esta época está mal visto.

Avancé hasta el extremo de mi sección, y pude ver que Amonaria tampoco perdía detalle de cuanto hacíamos. Al parecer ya íbamos por el segundo acto. Aunque lo que más me molestó fue la forma en que repasaba de arriba abajo a mi adversario. ¿Quién se había creído que era?

—*Este bolso es perfecto para usted* —añadí en voz alta para continuar con la representación y, de paso, marcar territorio—. *Disculpe que insista, ¿va a usarlo para diario o para una fiesta?*

Mi plan funcionó a la perfección. Amonaria al oírme, se echó las manos a la boca antes de poner mil caras, empezando por la de asombro, pasando por la de negación, y acabando por la de pena, a la que acompañó sacudiendo la cabeza y girándose para ocuparse en otros menesteres. «¡Una menos!», pensé para mis adentros, imaginándomela levantándose de su butaca y abandonando el teatro sin esperar siquiera a los aplausos.

—¿Celosa, morena? —me preguntó el chulito para estropear el momento. Al parecer él tampoco había perdido detalle de lo ocurrido.

—Aunque fueses el último hombre de la tierra y te paseases por el pueblo agarrado del brazo de todas las mujeres, no sentiría el más mínimo resquicio de celos por ti —mentí como una bellaca—. *Se puede adaptar a cualquier ocasión. Puede llevarlo en la mano o colgárselo del hombro* —añadí para fastidiarlo.

—Cena conmigo esta noche y demuéstreme que no te gusto —dijo de pronto.

De nuevo tuve que agarrarme a la vitrina. Este hombre iba a acabar conmigo.

—Sé de sobra cómo acaban las cenas contigo. No, gracias —respondí intentando sonar digna—. *Su doble utilidad lo convierte en un modelo muy práctico.*

—Esta vez será distinto, te doy mi palabra.

—*Es un modelo muy práctico.*

—Eso ya lo has dicho —susurró regalándome su sonrisa, marca de la casa. «¡Joder, con el moreno!».

—*Como verá tiene un asa que puede poner y quitar sin dificultad, no le costará mucho adaptársela* —comenté haciendo uso de mi memoria para no volver a fastidiarla—. ¿Y por qué he de fiarme de tu palabra? —mascullé todo lo bajo que pude—. Has venido sin el coche que, según tú está en el taller. ¿Quién no me dice que lo has dejado aparcado en el hostel?

—Punto número uno: el coche está donde te he dicho. Y si tanto desconfías no haberme pedido el favor. Y punto número dos: sé que no va a acabar igual que anoche porque en esta ocasión no pienso hacerme el dormido. *Me llevo ese, a mi novia le va a encantar* —remató, dejándome conmocionada en un estado de cabreo, de desconcierto y de pringada digno de premio.

Su confesión lo cambiaba todo. Llegué a creer que estaba dormido, yo misma lo comprobé al darle aquel guantazo. Él no se inmutó, lo que ahora me dejaba claro que formaba parte de su plan. Ambos sabíamos que de ser consciente de que en realidad estaba despierto, jamás le hubiese permitido tocarme, y mucho menos del modo en que lo hizo. Pero él parecía leer en lo más profundo de mi alma como ni yo misma era capaz. Supo ver que ardía en deseos por gustarle y por provocarle todas aquellas sensaciones que nublaban mi buen juicio.

En aquel instante ni veinte vitrinas hubiesen sido suficientes para nivelarme. Pese al esfuerzo, mis brazos no tuvieron la fuerza necesaria para aguantar mi limitado peso. Las rodillas dejaron de sostenerme y por más que lo intenté..., mi cuerpo cayó.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación impresa en la voz.

Para mi sorpresa, me encontré entre sus brazos. No supe cómo lo hizo. Tal vez perdí el conocimiento durante unos segundos, los suficientes para que él me agarrase e impidiese que acabase dándome de bruces contra el suelo.

No pude responder. Nuestros ojos se encontraron y de pronto la tierra dejó de girar. Era la primera vez que me abrazaba, la primera vez que me protegía o se preocupaba por mí, y eso me desconcertó. No podía pensar en nada que no fuese quedarme allí, en aquella posición con él... y para siempre. Entre sus

brazos me sentía segura y más yo que nunca. Nada ni nadie cuanto nos rodeaba me importaba, solo él y la forma en que me miraba.

—Estoy bien. Gracias —murmuré aún atrapada en su intensos y penetrantes ojos.

Eran los más bonitos que había visto jamás. Y por alguna extraña y sorprendente razón, no podía dejar de mirarlos. Acababa de conocer una parte de él que desconocía, una amable y protectora que me resultaba arrebatadoramente sexi y seductora. No pude evitar preguntarme por qué desde que nos conocimos se había empeñado en mostrarme su cara más arrogante, su otro «yo» que tanto me sacaba de quicio y que nada tenía que ver con el hombre que ahora tenía ante mí. No tardó en darme una respuesta.

—Me alegro —dijo apartándose como si le quemase—. Una dependienta que se precie no puede ir por ahí perdiendo el equilibrio ante los clientes.

«¿A que se come el bolso?», bramé para mis adentros, imaginándome estampándole uno en la cabeza para después ahogarlo entre forros y cremalleras varias.

Don «capullo», rey de los chulos y dios de los «si soy más gilipollas no nazco» había vuelto a la luz para devolverme a la realidad y dejarme claro que todo había sido un sueño.

—¿El bolso se lo envuelvo o va a llevárselo puesto? —mascullé todo lo alto que pude para que todos lo oyeran.

A esas alturas me daba igual quedarme o no sin comisión. En mi mente aún seguía asfixiándolo con el puñetero bolso.

—Envuélvelo para regalo, *si es que eres capaz de sostenerte* —remató bajando la voz al final de la frase, justo antes de girarse para reunirse con nuestros amigos.

Ni la maleta más grande que había en la tienda hubiese sido suficiente para acabar con él. Estaba tan furiosa que lo único que hice fue volverme para que nadie viera mi cara, y mucho menos mis intenciones.

Mientras él se unía a la conversación con Iris y el canoso, cogí el bolso y me dirigí hacia el mostrador donde teníamos el rollo de papel. Si quería un regalo, lo iba a tener. Cuando ya tenía el trozo necesario para envolverlo, cogí una tarjeta de la tienda y escribí en ella. Lo de que tenía novia no me lo había creído, era algo que veía imposible, pues no creía a nadie capaz de aguantarlo. Pero por si las moscas, tanto si era cierto como si no, quise que ambos se llevaran una sorpresa. En mis años de experiencia como dependienta, sabía a ciencia cierta que ningún cliente miraba en el interior de un bolso; los hombres

solo se encargaban de regalarlo a sus parejas, madres o quienes fueran las destinatarias, y ellas las únicas en abrirlos. Así pues, tras escribirle en una tarjetita que no aceptaba su invitación de irnos a cenar, y mucho menos la de volver a acostarnos, la introduje en el bolso sin que nadie me viese para, a continuación, comenzar a envolverlo como si nada. Estaba tan contenta con mi hazaña que hasta le puse un lacito de lo más mono como regalo cuando acabé. Solo entonces pude sentirme fuerte y curvar mis labios. Aquella fue mi venganza hacia él. Y solo en el caso hipotético, aunque poco probable, de que fuese cierto que tuviese novia, mi acto de salvación para ella.



## Capítulo 15

**IRIS**

## Una promesa es una promesa

Mi chico no podía estar más guapo. Casi me desmayé al verlo. No era de extrañar que él y su amigo se convirtieran en el centro de atención de todos mis compañeros. ¡Como para no hacerlo! Vestía un traje que le sentaba como un guante. No sabía de qué marca; eso era lo de menos. Lo importante era que había venido a verme, y eso no tenía precio.

—¡Hola! —le saludé con toda la emoción que me invadía cada milímetro del cuerpo.

—Buenas tardes, *señorita* —me respondió dándole un tono lascivo a la última palabra.

—Estás impresionante —lo adulé embobada. Era imposible no hacerle un repaso de arriba abajo. Aquel hombre era puro espectáculo.

—No todos somos como tú, y necesitamos adornos —respondió comiéndome con la mirada.

«Que me derrito y tienen que recogerme con fregona». Apenas había puesto un pie en la tienda y ya estaba deseando arrancarle el traje a jirones.

Puede que me estuviese volviendo loca, pero para mí era el hombre perfecto. Sí, ya sé que la perfección no existe y que nadie lo es, pero, ¿qué queréis que os diga? Por más que lo hubiese intentado yo no lograba verle ningún fallo. Era atento, amable, educado, y todos los adjetivos calificativos positivos habidos y por haber. Eso sin contar lo bueno que estaba, que era bastante, ya os lo confirmo yo, y lo mucho que me ponía.

—¿Y a qué se debe la visita? —pregunté para apartar mis calenturientos pensamientos—. No salimos hasta dentro de tres horas —aclaré.

Su gesto cambió, y mi cuerpo reaccionó al instante.

—No he venido por ti, Iris.

—Vaya —dejé salir con entonación apenada.

—¿Recuerdas lo que te dije? —me preguntó bajando la voz.

En ese instante giré la vista hacia Ana, que estaba al otro lado de la tienda charlando con su amigo. Ella desconocía lo que yo ya sabía, y eso me hizo sentirme una vez más la peor amiga del mundo.

—Sí —contesté sin disimular el remordimiento que me consumía por dentro.

—Necesito que lo hagas, por favor —insistió.

—Te he dicho que sí —me defendí—. Es solo que...

—Mírame —Lo hice, y él continuó—. Quédate con lo que te dije anoche. Necesito que confíes en mí. En nosotros —aclaró señalando con la vista hacia su amigo.

—Pero es que no entiendo por qué no puedo contárselo a ella —dije sin poder retenerlo más—. Tampoco es nada del otro mundo —me justifiqué.

—Puede que a ti no te lo parezca, pero para mí sí lo es. Necesito que confíes en mí. ¿Podrás hacerlo?

Volví a mirar a Ana y cuál fue mi sorpresa cuando la vi en brazos del moreno. Era la primera vez que los veía así de cariñosos, y pese a que me sorprendió que mostraran sus sentimientos en público, debía reconocer que me encantó. Aquello me hizo darme cuenta de que tal vez Ataúlfo estaba en lo cierto, y que solo era cuestión de tiempo que lo supiéramos todo. Mi voz interior se fiaba de él y me recordaba que fue el primero en confiar en mí y en confesarme cosas que juró que nunca diría. Yo no lo veía para tanto, si apenas me había contado nada y no lo veía de gran importancia. Pero por algún motivo para él sí la tenía, y por eso me pidió que le guardase el secreto. Ya se había saltado, según él, una norma al hacerlo, y no podía arriesgarse a que nadie más lo supiera. El resto de la historia aún era un misterio para mí, y aunque él me había dado su palabra de contármelo, necesitaba estar segura.

—Está bien. No diré nada —cedí—. Pero siempre que me asegures que cumplirás con tu parte —agregué.

—Te lo prometo —declaró con firmeza.

Ambos nos miramos un instante en silencio. En su caso supongo que para corroborar que le creía. Y en el mío para confirmar que estaba en lo cierto al afirmar que podía confiar en él.

—¿Te he dicho ya que vas muy guapo? —pregunté dando el tema por zanjado. Ya tendríamos tiempo más delante de retomarlo. Ahora solo quería centrarme en él y en lo atractivo que estaba.

—Eres increíble —declaró sacudiendo levemente la cabeza, acompañado de su mejor sonrisa.

—Y eso que aún no has visto nada, chato —respondí coqueta alzando las cejas, y orgullosa de haber conseguido mi objetivo.

Él rio al verme, y yo acabé contagiándome como lo haría una colegiala ante su ídolo. Por muy racional que fuese y que siempre me hubiese considerado, en el fondo sabía que aquel hombre me tenía completamente hechizada y que con tan solo mirarme de la forma en que lo hacía, se había

ganado mi lealtad.

—Hola, rubia —me saludó su compañero, llegando hasta nosotros.

—Hola, moreno —le respondí antes de buscar a Ana con la mirada.

La encontré en el mismo lugar que antes, y al instante supe que algo había pasado entre ellos. Y no porque estuviese enfadada, sino por su sonrisa. Ana era alegre y era usual verla sonriendo, sobre todo con los clientes, a los que trataba de forma impecable. Pero aquella risita era más bien perversa y, a buen seguro, escondía algún maléfico plan. Al volverme de nuevo para mirarlo no pude evitar compadecerme. Conocía a mi amiga, y sabía que algo anda tramando.

—¡Oh, perdonen que no estuviera para recibirles! —irrumpió de repente nuestra jefa, entrando en la tienda como un torbellino—. Soy Arcadia Genara.

—Encantado. Soy de Haro, y él es mi socio, el señor de Castro —le respondió Ataúlfo estrechándole la mano, seguido de su compañero.

—Vengan conmigo a mi despacho, si son tan amables. Allí les atenderé como se merecen. —les invitó alargando el brazo.

Todos los compañeros e incluso los pocos clientes que en ese momento se encontraban en la tienda, fueron testigos de la conversación. Si tener a alguien como nuestros chicos era algo inédito, más aún lo era ver a nuestra jefa perdiendo el culo de la manera en que lo hizo.

Los tres se adentraron en las oficinas, y Ana vino corriendo a donde me encontraba.

—¿Se llaman así? —cuchicheó nerviosa.

—Son los apellidos —musité.

—Eso ya lo sé —se defendió—. Varios días con ellos y tengo que enterarme así.

—No le des importancia —dije con la esperanza de que lo dejara correr.

—¡Aquí hay algo que no me cuadra!

«Estado actual de esperanza: abatida».

—¿Qué ha pasado antes? —le pregunté por si aún había una probabilidad de resucitarla.

—No me cambies de tema.

«Misión abortada. Resultado: se va a liar parda».

—No lo hago porque no sé de qué estás hablando —me justifiqué en un vano intento por salir airosa.

—Sí lo sabes. ¿Qué tienen que ver ellos con Arcadia?

«Me está acorralando. Chungo lo veo».

—Igual quieren comprarnos las carteras de todo Correos —respondí.

En mi mente, mi esperanza yacía en el suelo y yo le hacía la reanimación cardiopulmonar con su correspondiente boca a boca.

—Ese tipo de negociaciones no las hacen los carteros sino los... ¡Tócate las narices, son altos cargos de Correos! ¡Qué fuerte, tía! —soltó agarrándome del brazo.

«Estado actual de la esperanza: resucitada. Estado emocional de buena amiga: aniquilado».

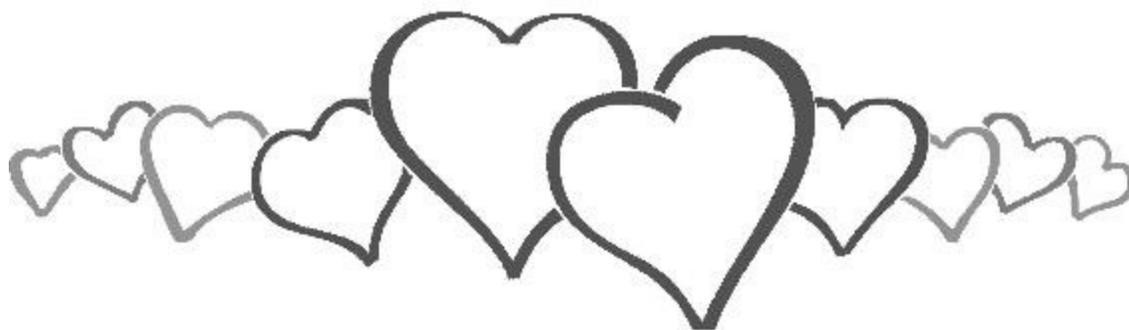
—Iré a ver si averiguo algo —dije antes de alejarme sin darle opción a réplica.

Cada paso que daba hacia la oficina me costaba la vida. La conciencia pesaba tanto que apenas me dejaba levantar un pie del suelo. Era la peor amiga del mundo. Había hecho una promesa y no podía decirle lo poco que sabía, pero eso también conllevaba no poder ser sincera con ella y desviar sus pensamientos hacia el lado donde mi chico estuviese a salvo. Sabía que no se lo iba a tomar a bien cuando se enterara de todo, y que quizás dejase incluso de hablarme durante días, o tal vez semanas, pero no se me ocurría otra forma de hacerlo. Ella era mi mejor amiga, y me costase lo que me costase, acabaría perdonándome. O eso creía.

El despacho de Arcadia estaba junto al mío. En todos los años que llevaba trabajando para ella, habían sido muy pocas las veces que había cerrado la puerta para hablar en privado con clientes o proveedores, y aquella fue una de ellas. Me moría por escuchar lo que decían, por averiguar qué era lo que llevaban entre manos. Ataúlfo me pidió que no dijese nada, pero sobre todo que le siguiera la corriente y que no pensara mal de él. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que allí había algo más. De representantes de Correos, no hubiesen tenido la necesidad de ocultarnos su identidad. La cabeza me daba vueltas, intentando encontrar una respuesta que, cuanto más la buscaba, menos aparecía.

Cerré la puerta de mi despacho para mitigar cualquier sonido que viniera de la tienda. Necesitaba el máximo silencio posible para captar lo que hablaban al otro lado. Sin hacer ruido, me senté en mi silla. Nada. Escuchaba voces, pero ninguna palabra inteligible. Miré a mi alrededor y urdí un plan. Lo primero que hice fue descolgar el teléfono para dejarlo sobre la mesa; nada de llamadas. Después cogí un expediente y me lo llevé hasta el mueble archivador que había al otro lado de la oficina; era lo más cercano a la puerta de su despacho, y la coartada perfecta por si me pillaba husmeando. Con todo

el cuidado del mundo para no hacer ruido, pues era uno de esos de hierro cromado en gris que crujen con solo mirarlos, abrí el dichoso armario. Debía también ponerme en situación, y simulando buscar un expediente, introduje los dedos en uno mientras que con la otra mano sujetaba el que había cogido de mi mesa. Ya estaba preparada, solo necesitaba agudizar el oído, y sacar la parte más maruja que llevaba dentro.



*Entretanto...*

—Si hemos contado con usted es porque confiamos en su discreción — comentó Giménez.

—Pueden estar seguros de ello. Y en nombre de esta empresa, les doy las gracias por dicha confianza —aseguró Arcadia, sentada en su sillón frente a ellos, al otro lado de la mesa.

—Permítame que se lo aclare —intervino Muñoz, mostrándose el más serio de los dos—. Ambos sabemos que esta operación es muy importante y nuestro jefe no va a conformarse con su palabra. Espero que lo entienda.

—Claro. Díganme qué necesitan.

Los dos hombres se miraron y, tras concederse el consentimiento con un rápido gesto, el más alto de los dos añadió:

—Los nombres de sus clientes.

—Caballeros, permítanme que ahora sea yo quien les aclare una cosa —se defendió mostrando las palmas de sus manos en señal de pausa—. No puedo darles lo que me piden.

—Entonces entenderá que no hay trato —sentenció Muñoz tan seguro de sí mismo, que intimidó a Arcadia.

—Por favor, señores, estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo.

Necesito que entiendan que, si lo hago, faltaría a la confidencialidad que tengo con ellos.

—Señora, permítame que se lo explique —dijo inclinándose hacia delante, con una mirada que la hizo temblar—. Nuestro jefe quiere exclusividad y no le importan sus otros clientes. Pero una inversión del volumen de esta operación no puede hacerse sin una prueba por su parte de que está dispuesta a cumplir el trato. ¿Lo entiende?

Arcadia tragó saliva. Aquel hombre había conseguido amedrentarla como ningún otro. Ella estaba acostumbrada a lidiar con gente de todo tipo, algo que había aprendido a lo largo de los años de experiencia en el negocio. Pero ninguno le había hablado de aquella forma, como tampoco nunca había estado tan cerca de un trato tan suculento y magnífico como el que ahora tenía entre manos. Los beneficios iban a ser tan inmensos que ella estaba segura de que rozarían lo incalculable. Era una oportunidad de oro que no podía dejarla pasar. Había trabajado muy duro toda su vida, y merecía lograr el éxito que aquel trato le brindaba en bandeja. Y si ello conllevaba perder a unos pocos clientes, cuya rentabilidad distaba mucho de la que esos dos hombres le estaban ofreciendo, bien merecía la pena arriesgarse.

—De acuerdo. Lo haré —aceptó Arcadia—. Díganle a su jefe que lo tendrá todo para la semana que viene.

—Lo necesitamos antes. Solo estaremos aquí unos pocos días más.

—Está bien. Lo tendrán mañana mismo. ¿A esta misma hora?

—Sí.

—Hay una cosa más —comentó Ataúlfo.

—Usted dirá.

—Necesitamos que saque todas las muestras de la fábrica.

—¡Eso es imposible!

—Entenderá que si sus clientes, a los que les dirá que ya no les va a suministrar la mercancía, ven las muestras allí, su credibilidad y su capacidad como empresaria quedará en entredicho.

—Ahí tiene razón. Pero no tengo dónde dejarlos.

—¿No tiene un almacén?

—¡Que más quisiera! El que tengo ahí detrás es demasiado pequeño. Llevo tiempo queriendo hacerme con uno más grande, pero no ha habido manera. Ustedes no lo saben porque no son de aquí, pero les aseguro que a la gente de este pueblo le cuesta deshacerse de sus propiedades.

—Pues tráigalas a la tienda —comentó Muñoz.

—Eso sí que no puedo hacerlo. ¿Se imaginan todo lleno de cajas? ¿Qué pensarían los clientes? No me he pasado la vida levantando este negocio para dar esa imagen. No, definitivamente no.

—Cierre la tienda —Arcadia estaba a punto del infarto. Aquello era como pedirle que hiciese *puenting*—. A los trabajadores no les vendrán mal unos días de vacaciones, y usted siempre puede poner un cartel de «cerrado por reformas».

—No sé, no lo veo claro.

—Arcadia —intervino Giménez—. Entienda que no es culpa nuestra que no tenga almacén. En cuanto esté aquí la mercancía, mandaremos un camión a recogerla. No es nuestra intención molestarla, pero entienda que nuestro jefe quiere exclusividad, y necesita un compromiso por su parte para poder cerrar el trato.

Estaba tan confusa, que no sabía qué decir.

—Mírelo de esta forma —volvió a la carga Muñoz. —, los beneficios que obtendrá superarán con creces a las pérdidas que le supondrá cerrar un par de días. ¿No cree?

Aquello acabó por convencer a Arcadia. Amaba su trabajo, pero aún más el dinero y lo que este podía reportarle. Así, pues, tras sopesar lo que allí había en juego, acabó aceptando.

—Perfecto —dijo el más alto, abrochándose el botón de la chaqueta al levantarse.

—Tenemos un trato —comentó su compañero estrechándole la mano a Arcadia para cerrar el acuerdo.

—Así es. Gracias, caballeros por la visita. Les acompaño a la salida.

—¡No! No hace falta —intervino Muñoz de un modo excesivamente cortante. No le gustaba aquella mujer, la negociación ya estaba cerrada y lo único que quería era largarse de allí lo antes posible.

—Como quieran —se conformó ella—. Les llamaré cuando lo tenga todo preparado.

—Gracias —le respondió Giménez. Su compañero ya estaba con un pie fuera del despacho.

A la salida se encontraron con Iris, que andaba trasteando entre expedientes.

—Te llamo luego —le susurró Ataúlfo al pasar por su lado.

—Vale.

No fue capaz de decir nada más. Su cabeza no dejaba de dar vueltas tras lo

que había escuchado. Todo era demasiado confuso. Había excesiva información que debía ordenar y procesar. Aquel hombre le había despertado sentimientos increíbles que jamás imaginó que experimentaría, pero también le había creado serias dudas e inquietudes que no lograba apaciguar. Sabía que allí se estaba tramando algo, y pese a que ella estaba enamorada de él y le había dado su palabra de que confiaría en él ciegamente, prefirió confiar en su instinto y decidió averiguar por sus propios medios qué estaba tramando.



## Capítulo 16

ANA

## ¿Y el coche *pa'* cuándo?

Ya había envuelto el bolso para regalo y guardado en una de nuestras bolsas más chic. Miré el reloj y vi que solo habían pasado diez minutos desde que comenzó la reunión. Me sentía inquieta, no dejaba de mirar hacia las oficinas, y cuando me vine a dar cuenta había reorganizado dos veces el mismo estante. «¿Quieres calmarte, tonta?», me reñí a mí misma. «Solo es un hombre, tampoco es para tanto», continué con mi retahíla de reproches. «Como si fuese uno cualquiera. Tú no has conocido a alguien así en tu vida. Y reconócelo, estás colada por él hasta los huesos». ¡Maldita voz interior!

Tras atender a una cliente que, a buen seguro no era del pueblo porque no la había visto en mi vida, los vi salir. Sin pensármelo dos veces —o más bien ninguna—, crucé la tienda en tiempo récord y fui a su encuentro, bolsa en mano, sin esperar a que él viniese a recogerla.

—Son cuarenta, con diez céntimos —dije al entregársela.

—¿Tanto por un bolso? —inquirió sin darme tregua, escudriñándome con la mirada.

—Si crees que cuarenta euros es mucho para un bolso, pocos has debido de comprar tú antes —argumenté pensando en un Hermès—. Además, la calidad hay que pagarla —añadí sin tener claro si con esa última frase estaba defendiendo el producto o a una servidora.

—¿Y los diez céntimos? —preguntó sacando su cartera.

—De la bolsa. La nueva ley obliga a ello.

¿En serio no sabía eso?

—Pues ya que pago por ella, al menos deberíais quitarle la publicidad, porque conforme yo lo veo, debería ser justo al revés —se quejó.

Llegados a este punto me paré a pensar en las tres cosas que odiaba en la vida: una era el maltrato animal, otra era acabar poniéndome siempre en la cola equivocada del supermercado, y la última y la más irritante... que don «llevo un traje de ochocientos pavos, pero diez céntimos por una puñetera bolsa, me parece un robo» tuviera razón.

—¿Quieres la bolsa o no? —le pregunté molesta. No sabía si quitársela, dejársela o asfixiarlo con ella.

—Sí —respondió entregándome un billete de cincuenta.

—¿No llevas diez céntimos sueltos? —inquirí blandiendo el billete al

comprobar que no siguió buscando en su cartera.

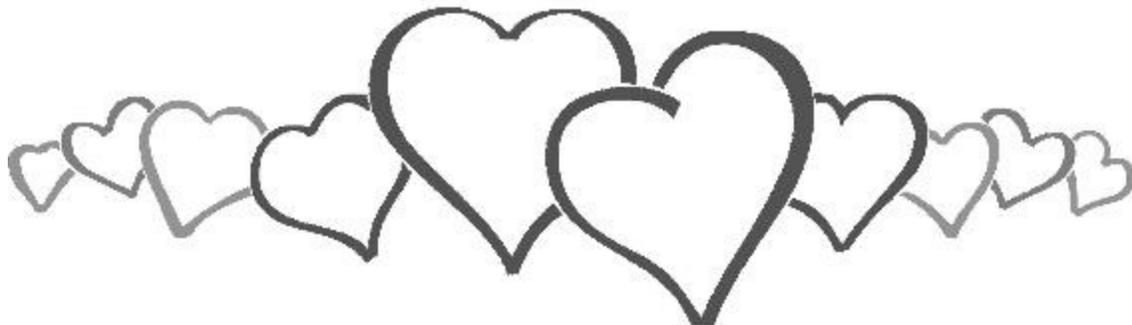
—¿Me ves con cara de hucha? —gruñó.

Llevarse bien con él era como pretender ir guapa con chándal y tacones. ¡Un imposible, vamos!

—Yo llevo —intervino su amigo quien, hasta ese momento, no había abierto la boca.

—Menos mal que aún existen hombres en el mundo —mascullé dirigiéndome hacia la caja con el dinero en la mano.

No tuve que girarme para saber que mi respuesta no le gustó. Su bufido se escuchó en media tienda, y a mí me arrancó una sonrisa, lo que me vino bien en el momento de entregarle las vueltas y de agradecerle su compra de forma alegre y educada. Él no dijo nada, se limitó a tensar la mandíbula, dedicarme una oscura mirada, y a salir disparado hacia la calle. Solo cuando los vi subirse al todoterreno me permití el beneplácito de relajar los hombros y soltar el aire que, ni sabía, llevaba un buen rato reteniendo.



El resto de la jornada se me hizo eterna. Por más que lo intenté no dejaba de pensar en don chulito y en recordar uno a uno cómo habían sido nuestros encuentros. Era frustrante ver que en todos ellos siempre acabábamos de la misma forma: enfadados. ¡Con lo feliz que era yo en mi cotidiana vida sin que nadie me molestara! ¿Qué necesidad tenía yo de calentarme la cabeza por un tío tan arrogante, chulo, prepotente, inquietante, guapo, inteligente, sexy... «Ya estás desvariando otra vez, Ana», me reñí; siempre caía en la misma parte.

Para colmo de males, a última hora se dejaron caer dos clientas sin ninguna prisa. Odiaba cada vez que me ocurría eso. La gente no suele tener empatía con los dependientes. Cuando por fin llegó la hora del cierre y las dos

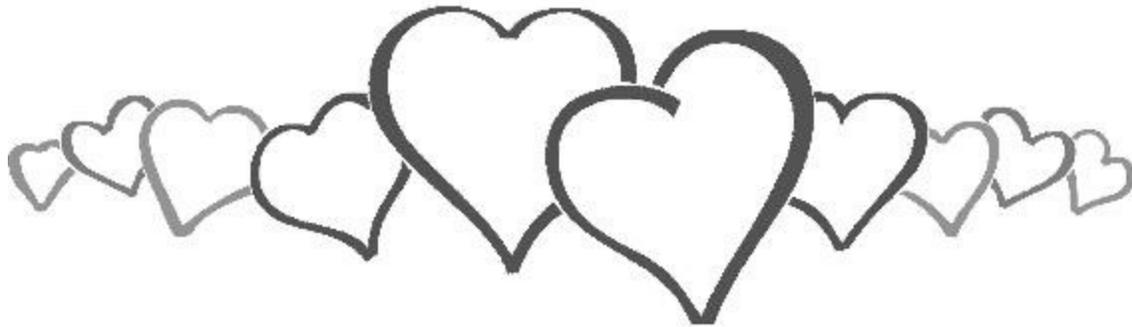
mujeres se marcharon, sin compra, por cierto, me costaba creer que fuese verdad.

—Menuda tardecita —me quejé en cuanto Iris y yo pusimos un pie en la calle. Necesitaba que me diera el aire, respirar y sentir la brisa acariciando mi cara.

—Pues prepárate porque esto aún no ha acabado.

—¿Qué quieres decir? —demandé curiosa.

—Sube, te lo contaré por el camino.



El lugar elegido para vernos fue el mirador de Villa Pepino. En los últimos días habíamos ido allí más veces que en los últimos quince años. Iris fue lista al no decirme con quién habíamos quedado hasta no estar en el coche. De haberlo sabido, ambas sabíamos que me hubiese negado.

Cuando llegamos, los dos nos estaban esperando. Aún vestían los trajes, aunque sus corbatas ya no rodeaban sus cuellos.

—Hola —nos saludó su chico nada más bajarnos.

Las dos le respondimos. Era como estar viviendo un *déjà vu*.

Me sorprendió ver que Iris no se lanzase a su cuello nada más verlo. Aquello me hizo sospechar que no me lo había contado todo durante el trayecto, aunque decidí pasarlo por alto y centrarme en lo que habíamos ido a hacer allí.

—¿Dónde está mi coche? —pregunté de forma directa, sin anestesia, y dirigiéndome a don «capullo».

—En el taller. Pero no hemos venido aquí por eso —apuntilló para dejar zanjado el asunto.

Cuando Iris me explicó que la habían llamado y que querían que nos

reuniéramos con ellos allí, pensé que se trataba de eso. Ahora veía que estaba equivocada. Ambas lo estábamos.

—Vosotros diréis —manifestó ella. Su tono y su posición la delataban. Algo había cambiado entre ellos.

Estábamos frente a frente los cuatro. Su chico a escasos centímetros de ella, y don «diez céntimos me parecen mucho» a tres o cuatro pasos de mí, apoyado en la puerta del copiloto.

—Queremos proponeros algo —anunció el canoso.

—Si es matrimonio, no me molestes —respondí molesta por la actitud de su amigo, que aún seguía sin acercarse a nosotras y con su habitual mirada taciturna.

—Tía, déjalo hablar —me pidió Iris. Yo asentí e hice el gesto de cerrarme la boca con cremallera—. ¿De qué se trata?

—Queremos que paséis el fin de semana con nosotros —anunció mirándola a ella.

—Conmigo no contéis —solté sin dejar opción a réplica.

Por nada del mundo iba a pasar más tiempo con aquel cabezota, y aún menos compartir techo donde quiera que fuese.

—¿Tienes algo más importante que hacer, *morena*?

¿Por qué cada vez que abría la boca era para fastidiarme?

—Pues mira, sí. Arrancarme las uñas con unas pinzas —Prefería mil veces eso antes que dormir con él.

—Existen los cortaúñas —se burló sin inmutarse.

—Y los bozales —me defendí.

—Y la gente educada —añadió.

—¡Quién vino a hablar! —dije antes de soltar una risotada.

—Ven a pasar el fin de semana conmigo —intervino el canoso, tomando a Iris de las manos.

Ellos eran como el día y la noche, comparados con nosotros.

—No puedo.

—Ya la has oído, ella tampoco puede —interferí poniéndome de su parte. No sabía que había pasado entre ellos, pero era la primera vez que nos veíamos en una situación así y debía aprovecharla.

—Lo que yo decía —soltó don «no soy más gilipollas porque no nazco».

—En serio, ¿me puedes explicar por qué entre todos los espermatozoides tuviste que ser el más rápido?

—Tú lo has dicho, *morena*, porque soy el más rápido.

—Que no el más listo ni correcto —aclaré.

—Yo al menos no voy mintiendo por ahí.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me tenía harta.

—Dime por qué no puedes —le pidió el canoso a Iris.

Al menos ellos, supieron mantener la calma.

—El sábado trabajamos.

—No es cierto —cuchicheé inclinándome hacia ella para que ellos no me escucharan. A última hora Arcadia nos avisó de que iban a hacer reformas en la tienda, y nos daban el viernes y el sábado libres.

—Así no ayudas —me riñó de igual forma.

—Perdón. ¿Ves? Para que luego digan que soy una mentirosa —me defendí volviendo a mi posición anterior.

—Vuestra jefa nos ha dicho que va a cerrar la tienda —aclaró su chico.

Estaba claro que él sí quería de verdad que fuésemos. Al contrario que su amigo, que aún seguía con las posaderas en la puerta del coche.

—Tengo cosas que hacer.

—Iris, por favor, ven a pasar el fin de semana conmigo. Necesitamos hablar.

¡Un momento! Punto número uno: ¿cómo es que él sabía su nombre y nosotras no sabíamos el suyo? Y punto número dos: ¿en qué momento habían discutido estos dos para que ella no quisiese aceptar la invitación?

—¿Alguien va a contarme qué coño pasa aquí? —inquirí molesta por ser la única que parecía no estar al corriente.

—Hola, soy Ataúlfo, encantado de conocerte —se presentó de pronto el canoso ofreciéndome la mano.

—Será una broma —dije sin pensar.

—¿Qué pasa, no te gusta su nombre? —masculló mi *amigo*, acercándose por fin a nosotros.

—¿De qué va todo esto? ¿Acaso hay una cámara oculta? —cuestioné mirando en derredor—. Decidme dónde está que salude.

—Ana.

—Porque si voy a salir en la tele, más vale que salga...

—¡Ana! —me gritó Iris.

—¿Qué?

—No hay ninguna cámara. Te está diciendo la verdad.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que estoy harta de los juegucitos! Tal vez al

principio pudo hacerme algo de gracia, pero te aseguro que a estas alturas no me hace ninguna. Si quieres irte con ellos, ¡adelante! Tienes carta blanca. Pero yo no pienso irme a ninguna parte, y mucho menos pienso volver a acostarme con este...

—¿Pensabas que iba a creerme lo que decía la nota? —inquirió acercándose hasta mí.

¡Hala, ya estábamos en la misma posición de marras! ¿Acaso no veía que teniéndolo tan cerca rozándome el cuerpo no podía pensar con claridad?

—¿La has leído? —pregunté sorprendida.

—Es obvio, *morena*.

—Ningún hombre hace eso a no ser que... ¡Un momento! Era para ti. Al final yo tenía razón. ¡Eres gay!

—Tía, este no pierde aceite ni aunque lleve un boquete del tamaño de una pelota de baloncesto —musitó Iris.

—¿Te quieres callar? ¿Quién es ahora la que no ayuda? —la reñí.

—Sabes tan bien como yo que no lo soy, por mucho que te niegues a aceptarlo, *morena*.

Estaba a una décima de segundo de acabar derritiéndome. Apenas me rozaba y ya podía sentir cómo el vello se me erizaba bajo la ropa.

—No sé de qué me hablas —balbuceé.

—No es eso lo que dice tu lenguaje corporal.

—Mi corporal lenguaje está perfecto.

«¡Joder, así no vas bien, Plazas!», me reñí. Ya no sabía ni lo que decía. Necesitaba que se apartara o me iba a dar un algo, un yo qué sé, o un qué se yo.

—Vendrás conmigo a pasar el fin de semana —aseguró rozándome los pechos con su estómago.

Si seguía así iba a acabar quitándole el puesto al tonto del pueblo. ¿En qué momento la provocación había cambiado su significado más sustancial? ¿Por qué no se metía conmigo y acabábamos antes?

—No pienso hacerlo —mascullé agotando uno de los últimos cartuchos que me quedaban.

—Y dormirás conmigo —añadió.

—No lo haré —susurré sin sonar convincente. No es fácil aparentarlo cuando tu parte íntima está haciéndole la ola al tío que tienes delante.

—Lo harás —Su voz sonaba tan grave como su osadía.

—No —Me estaba quedando sin repertorio.

—Y yo te digo que sí.

Tenía tanta seguridad en sí mismo que hasta a mí me hizo dudar de dónde estaba.

—Entre tú y yo solo hay un coche de por medio —argumenté dando un paso hacia atrás. Por fin había encontrado la forma de alejarme de él y de recobrar el aliento—. No hay coche, no hay *finde*.

—Vuelves a equivocarte, *morena*. No es eso lo que nos separa, sino esto.

De pronto se abalanzó sobre mí, abrazó mi cara con sus enormes manos y me besó. Lo hizo sin pedir permiso y sin esperar respuesta, demostrando una vez más que las cosas había que hacerlas a su modo. ¿Iba a ser siempre así? ¿Iba a tener él siempre la última palabra? ¡No! No podía permitirlo. Yo también contaba, yo también tenía algo que decir. Él no podía llegar aquí y marcar los pasos a su antojo. Estaba harta de aquella actitud, harta de tener que estar siempre alerta, y harta de que no me tuviera en cuenta.

—¡Así no! —grité al apartarme, dándole un guantazo con todas mis fuerzas.

—¿Me acabas de pegar? ¿Por qué? —Pude ver el asombro y la rabia en sus ojos mientras se llevaba la mano al lado izquierdo de la cara.

—¡Porque las cosas no se hacen así! —gruñí encarándome a él llena de ira—. ¡Llevas días sacando lo peor de mí y al mismo tiempo enviándome señales de que dentro de ti existe otro hombre, uno de verdad! —Había abierto la caja de pandora y ya no estaba dispuesta a cerrarla—. ¡Desde que apareciste no has hecho más que poner mi mundo patas arriba! ¡Me has hecho chantaje, te has burlado de mí y ni siquiera sé quién eres!

—¿Por qué te interesa más saber quién soy y no cómo soy? —bramó furioso.

—¿Acaso estás tan ciego que ni te has dado cuenta de que sí quiero saberlo? —Podía sentir cómo las lágrimas amenazaban con salir, pero aun así decidir seguir—. ¡Eres tú quien se empeña en ocultármelo!

—No es fácil.

—¡Y una mierda!

—¡No, no lo es! —se defendió—. ¡A veces las cosas no son tan sencillas!

Su cuerpo irradiaba tensión, la misma que mostraba la fina capa de piel blanquecina que cubría sus nudillos.

—¡Porque tú te empeñas en complicarlas! —grité con todo el resentimiento que llevaba guardado y que durante días me estaba consumiendo por dentro—. ¡Ya no sé a qué atenerme contigo! ¡Tus cambios de humor van a

volverme loca! ¡Yo llevaba una vida normal hasta que tú apareciste!

—¿Quieres que me vaya? —La gravedad de su voz acompañaba a la dureza de sus ojos.

—¡Quiero que me muestres quién eres en realidad! ¡En apenas unos días sabes más de mí que mucha gente con la que llevo conviviendo años, y yo, sin embargo, no sé nada de ti! Ni siquiera...

—Vivo en Ávila —me interrumpió de pronto.

—... ¡Ni lo que haces aquí! —continuó.

—Por trabajo.

Detenía cada frase para concederme las respuestas. Pese a todo, no me contuve. La mecha estaba encendida y era incapaz de apagarla.

—... ¡Ni cuánto te vas a quedar! —añadí.

—Hasta el domingo.

Aquello me pilló por sorpresa.

—¿Solo?

—Sí, por eso os hemos invitado a pasar el fin de semana con nosotros.

—¿Por qué?

—Pensábamos que estaríamos más tiempo, pero nuestro jefe nos ha ordenado volver a Ávila.

—¿Y por qué él sabe su nombre? —pregunté volviendo a exaltarme señalando a Ataúlfo. Sentir que era la última en enterarme de todo me molestaba sobremanera—. ¿Y por qué yo sé el suyo y sin embargo no sé...

—¡Filomeno! —me cortó alzando la voz y dando un nuevo paso hacia mí—. Me llamo Filomeno Muñoz, trabajo y vivo en Ávila.

—Tío, ¿qué haces? —le advirtió Ataúlfo—. No deberías...

Hasta ese momento no caí en la cuenta de que él e Iris seguían a escasos metros de nosotros. Estaba tan centrada en él que ni siquiera había reparado en que no estábamos solos. Para mi sorpresa, hizo oídos sordos y continuó hablando sin dejar de mirarme.

—Fui destinado aquí por trabajo y ahora debemos volver —manifestó ignorando el consejo de su amigo.

—¡Eso ya lo has dicho! —solté recordando su frase en la tienda.

—¡Venir aquí no fue cosa mía, pero así son las cosas! ¡Y sí, lo reconozco, la idea de grabaros para divertirnos fue mía!

—¡Así que lo reconoces! —grité fuera de mí.

—¡Sí! ¡Como también reconozco que no quería volver a veros! ¡Pensé que todo quedaría en un juego aquella noche!

—¡Genial! —escupí.

—¡Pero ese que está ahí —continuó señalando a Ataúlfo—, mi compañero y mejor amigo, se coló por tu amiga y tuve que tragar! —Me estaba haciendo tanto daño que no pude soportarlo más, y dejé que las lágrimas cayesen desoladas por mi rostro. No me importaba que me viese. Al contrario. Quería que fuese consciente del daño que me estaba haciendo. Pero contra todo pronóstico, su mirada cambió, y donde antes había rabia, de pronto asomó dolor—. ¡Y para tu información él no es el único! —bramó acortando la ínfima distancia que quedaba entre ambos—. ¿Quieres saber más sobre mí? ¡Está bien! ¡No estoy casado, no tengo novia ni la quiero! ¡Lo único que quiero, mujer testaruda y cabezota, es pasar el puto fin de semana contigo porque si no lo haces, el que se volverá loco seré yo!

No pude responderle. Al menos no con el sonido de mi voz. En esa ocasión fui yo quien se abalanzó sobre él. Abracé su nuca y busqué sus labios con desesperación. Ya todo carecía de valor, todo cuanto habíamos pasado ya no tenía el menor sentido. Lo único que contaba era el ahora. Aquel beso marcaba un antes y un después en nuestra relación. No importaba cuándo acabaría, lo único que quería era que me besara como nunca nadie lo había hecho. Y él supo responder a mi deseo. Respondió a mi beso con la misma intensidad con la que me estrechó entre sus brazos y me abocó contra su cuerpo. Ambos nos fundimos en el otro, formando un solo ser. Era la primera vez que me besaban de verdad, y fue entonces cuando supe que no había otro lugar en el mundo en el que quisiese estar. Sus labios fueron para mí como el arroyo de un sediento o la comida de un hambriento. Su lengua invadió la mía reclamando un territorio que de forma irremediable había conquistado. Aquel hombre me había calado hondo, mucho más de lo que había imaginado, y me prometí a mí misma que disfrutaría cada segundo que nos quedase de estar juntos. Como si me leyese el pensamiento, me abrazó y me besó con más fuerza. Había saña en aquel beso. No me importó. Era la demostración de demasiados sentimientos reprimidos y deseos escondidos. En mi estómago danzaban seres alados y mi corazón les puso música con la potencia de sus latidos. Ya era inútil negarlo, estaba completa y plenamente enamorada de él.

Cuando nuestros labios se separaron, me topé con el brillo que desprendían sus ojos. Aquello me hizo saber que era real, que no había sido parte de un sueño. Sus labios se curvaron, y los míos no dudaron en acompañarle. Tenía la sonrisa más bonita que había visto jamás, y pese a que hasta hacía escasos segundos no lo hubiese creído, me la estaba dedicando

solo a mí.

Con su mano aún en mi espalda y subida en una nube, ambos nos giramos hacia nuestros amigos quienes, sin disimular la alegría que sentían al vernos, se acercaron para felicitarnos.

—Tía, ha sido de película —musitó Iris.

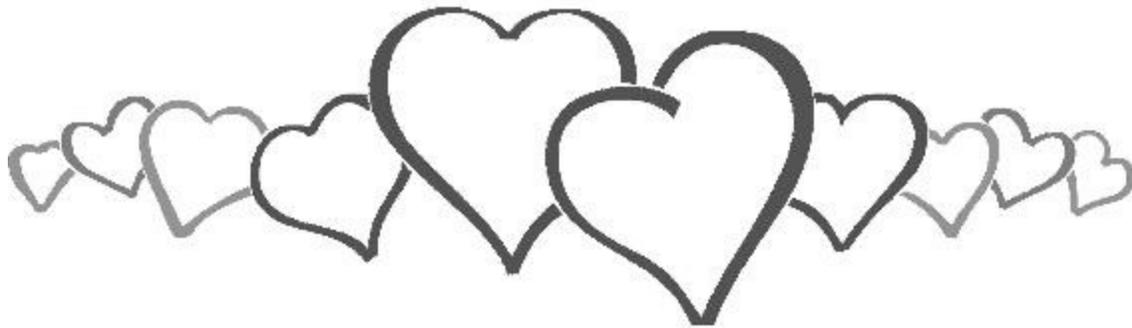
—¿En serio?

No podía ni quería esconder la felicidad que recorría todo mi cuerpo.

—Ya estaba bien, colega —le dijo Ataúlfo dándole una palmada en el hombro.

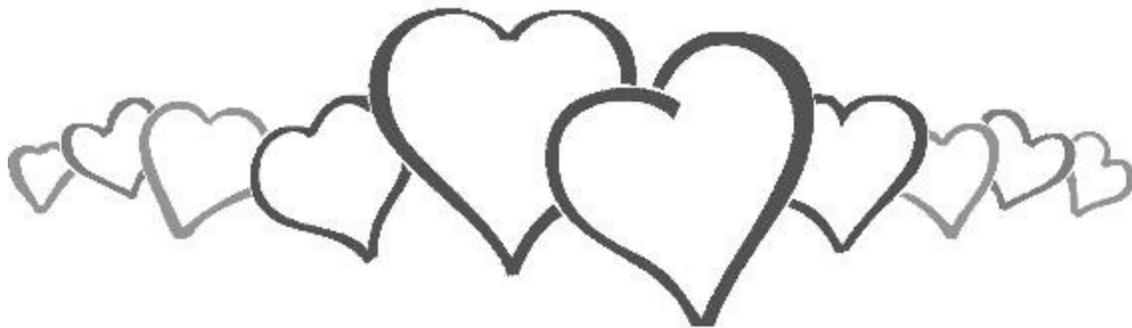
—No me toques las pelotas, tío.

¡Ese era *mi* chico! Sí, yo también lo llamaba como Iris al suyo, se lo había ganado, no me diréis que no.



Los siguientes minutos los pasamos riendo y comentando lo que había ocurrido. Llevábamos demasiado tiempo jugando al gato y al ratón, y por fin le tocaba el turno a la tregua. Tal vez era mucho decir, pero en mi interior sentía que había logrado arrancarle la coraza que tanto se había empeñado en mostrar. Parecía otra persona, pendiente de mí, sin dejar de acariciarme mientras me abrazaba o permitiéndome hablar sin meterse conmigo. Aquello parecía un sueño hecho realidad, y mi corazón no dejó de sonreír en todo momento.

Como era de esperar, las dos aceptamos encantadas irnos a pasar el fin de semana con ellos. No quisieron decirnos a dónde íbamos, pero estaba segura de que, estando con él y mi mejor amiga, iban a ser los mejores días de mi vida.



Al llegar a casa, con la sonrisa tonta aún en la cara, me sorprendí al ver que mi padre estaba en el porche, sentado en su sillón favorito con un whisky en la mano.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté. Era tarde, y había refrescado.

—Te estaba esperando.

—¿A mí? —cuestioné frunciendo el ceño.

—Siéntate —ordenó de modo tajante.

Su voz sonaba dura, y obedecí sin percatarme de que las manos me temblaban.

Mi padre, pese a ser el hombre al que más quería en el mundo, era un hombre muy estricto; a veces demasiado. Era muy respetado en el pueblo, de los que más, diría yo. Solía imponer bastante, y que me estuviera esperando, no presagiaba nada bueno.

—Papá, me estás asustando. ¿Le ha pasado algo a mamá?

Podía sentir cómo el temor me subía hasta la garganta convertido en quemazón.

—No. Tu madre está en la cama durmiendo.

—¿Entonces? ¿Por qué estás aquí?

—Porque lo que tengo que decirte debe quedar entre tú y yo.

Aquello me hizo recordar tiempos pasados. Mi padre solía elegir el porche como lugar para hablar conmigo, sobre todo cuando tenía que reñirme o castigarme por algo malo que hubiese hecho.

—Claro, descuida. Tú dirás.

—Hoy he llamado al abogado —admitió con la mirada aún perdida en la balaustrada del porche.

—¿Vais a divorciaros? —inquirí con apenas un hilo de voz.

Aquella era la peor noticia que podría darme.

Mi padre pasaba demasiado tiempo en «chirona», y era el principal motivo por el que en más de una ocasión lo había visto discutir con mi madre, pero nunca imaginé que entre ellos la cosa fuese tan mal como para llegar a dar ese paso.

—Le he preguntado cuáles son las posibles alternativas, y solo hay una.

—Papá, estoy segura de que podréis arreglarlo. Debe haber algo que podamos hacer.

—Sí lo hay, y por mucho que me pese, es la que debo tomar.

Me dolía verlo así, tan triste y destrozado, incapaz de mirarme siquiera, con la vista perdida y sin dejar de dar pequeños sorbos a su bebida.

—Papá, hay personas que se dedican a ayudar a parejas como vosotros, personas que os pueden orientar y ayudar a pasar el bache, porque estoy segura de que no es más que eso. Mamá y tú os queréis y...

—¿Quieres parar? —me gritó girándose para mirarme a los ojos por primera vez desde que llegué. Los suyos estaban húmedos y rotos de dolor. Aquello me partió literalmente el corazón—. No se trata de mí, sino de ti —dijo bajando el tono, pero no así su angustia—. Sé que has sido tú quien se ha cargado la escultura Don Pepino, hija, y mañana a las once vienen a inspeccionar tu coche.

*Continuará...*

## AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias en primer lugar a mi familia, por el apoyo y la paciencia que tienen conmigo. Y en especial a mi marido y mi hijo, por estar o, mejor dicho, no estar cuando lo he necesitado. Gracias infinitas. Os quiero con locura.

A mi madre, Salvi, por ser mi principal apoyo, mi mayor fan y mi mayor crítica. Gracias por tus consejos, por todo lo que me das y lo que me has enseñado. Yo no sería la mitad de lo que soy sin ti. Te quiero, mamá.

A mis niñas, Mari y Mariola. Sois mis musas, y sin vosotras la documentación no sería la misma. Gracias por estar siempre ahí, por vuestra amistad y cariño. Sois mis súper nenas, y siempre lo seréis. Os quiero una *jartá*.

A mis compis, Iris T. Hernández y Ana Forner, pues sin ellas esta historia no hubiese nacido. Me hicisteis una propuesta, un reto más bien, y aquí está el resultado. Sí, ya sé que Ana se empeñará en que no he ganado la apuesta, pero ambas sabemos que sí. Gracias por retarme a hacer esta obra que tantos ratos buenos me está haciendo pasar. ¡Os quiero!

A mi compi, Anabel García. Sandía, sin ti no hubiese podido llegar hasta aquí, y sabes que te lo agradeceré toda la vida. Gracias por tus consejos y por enseñarme lo que tú y yo sabemos. ¡Te quiero, sandía!

A mis Gamberras de mi grupo de Facebook. Chicas, me faltan palabras para agradeceros todo vuestro apoyo e incondicional cariño. Ya sabéis lo importantes que sois para mí. Vosotras habéis elegido que esta historia fuese bilogía, y aquí la tenéis. Algunas me decís que os tengo mimadas. ¿Y qué? Puede que tengáis razón, pero no me importa. Quiero seguir haciéndolo, ahora y siempre. ¡Os quiero!

Y, por último y no menos importante, quiero dar las gracias a todos esos lectores que me leen y a los que no tengo el gusto de conocer... aún. Gracias por leer mis libros y por darme la oportunidad de entrar en vuestras vidas.

Espero seguir contando con vosotros muchos años más. Gracias, de corazón.

## BIOGRAFÍA



García de Saura es mi nombre artístico, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me

llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Pero no fue hasta la primavera de 2015, cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ser autora de novela ha logrado completar esa parte de mí que no alcanzaba a conseguir, y que me ha hecho ver la vida de otro modo. Mi primera novela acabada, pese a que mis primeros intentos se remontan a 2010, fue La culpa es de D.I.S.N.E.I., un trabajo al que le tengo un especial cariño, no solo por lo dulce que es, sino porque fue el que me dio a conocer un mundo maravilloso y a personas que lo son aún más. Gracias a todos ellos mi sueño se ha hecho realidad.

WEB:  
[www.garciadesaura.com](http://www.garciadesaura.com)

## REDES SOCIALES:

Facebook

Perfil: García de Saura

Página: García de SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

Instagram: @garciadesaura

YouTube: GarciadeSaura

## BIBLIOGRAFÍA

- 09/07/15: LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. (papel) 1ª Edición. GdS.
- 15/12/15: LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. (digital) Incluye escena inédita. Zafiro (Grupo Planeta).
- 05/07/16: LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA (papel y digital) - Bestseller. Esencia (Grupo Planeta).
- 10/11/16: SOÑANDO A LO GRANDE, PENSANDO A "LO CHICO" (papel y digital). Zafiro (Grupo Planeta).
- 20/06/17: AQUÍ LE ECHAMOS MUCHOS HUEVOS... A LA TORTILLA (papel y digital). Esencia (Grupo Planeta).
- 19/09/17: HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA (papel y digital) - Bestseller. Zafiro (Grupo Planeta).
- 06/02/18: HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE (papel y digital) - Bestseller. Zafiro (Grupo Planeta).
- 03/07/18: MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS (papel y digital). Esencia (Grupo Planeta).
- 04/10/18: HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA (papel y digital). Zafiro (Grupo Planeta).
- 27/10/18: LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. (papel) 2ª Edición. GdS.
- 15/11/18: EL CUMPLEAÑOS DE NURIA. LA GENEROSIDAD (Cuento infantil). (Papel y digital). GdS.

# ÍNDICE

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

REDES SOCIALES:

BIBLIOGRAFÍA